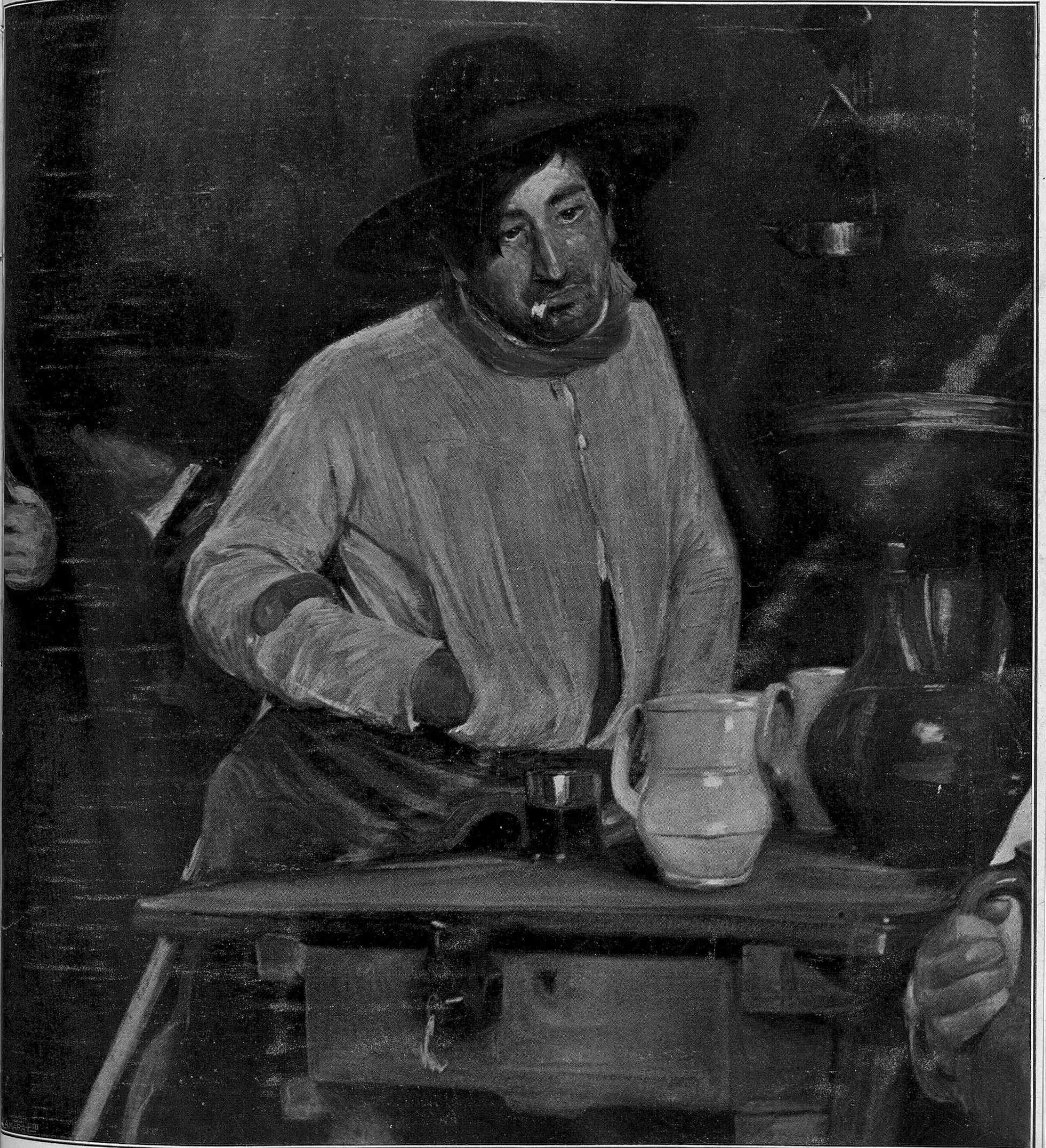


La Esfera



Año II * Núm. 101

Precio: 50 céntos.



EN LA TABERNA, por Carlos Vázquez

SIROLINE "ROCHE"

CURA LAS AFECCIONES PULMONARES



F. HOFFMANN—
LA ROCHE & C^o
PARIS

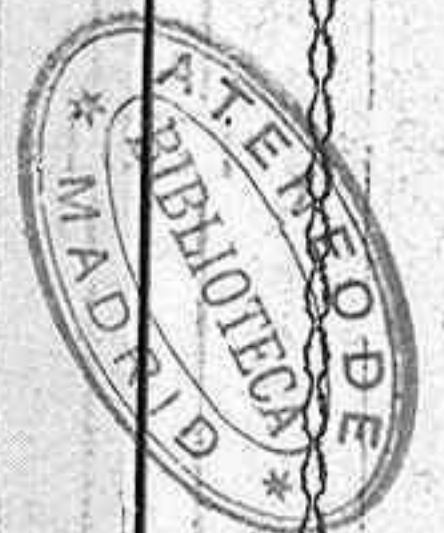
REPRESENTANTE: A. AMBROA CLARIS, 80-BARCELONA

La Esfera

Año II. — Núm. 101

4 Diciembre 1915

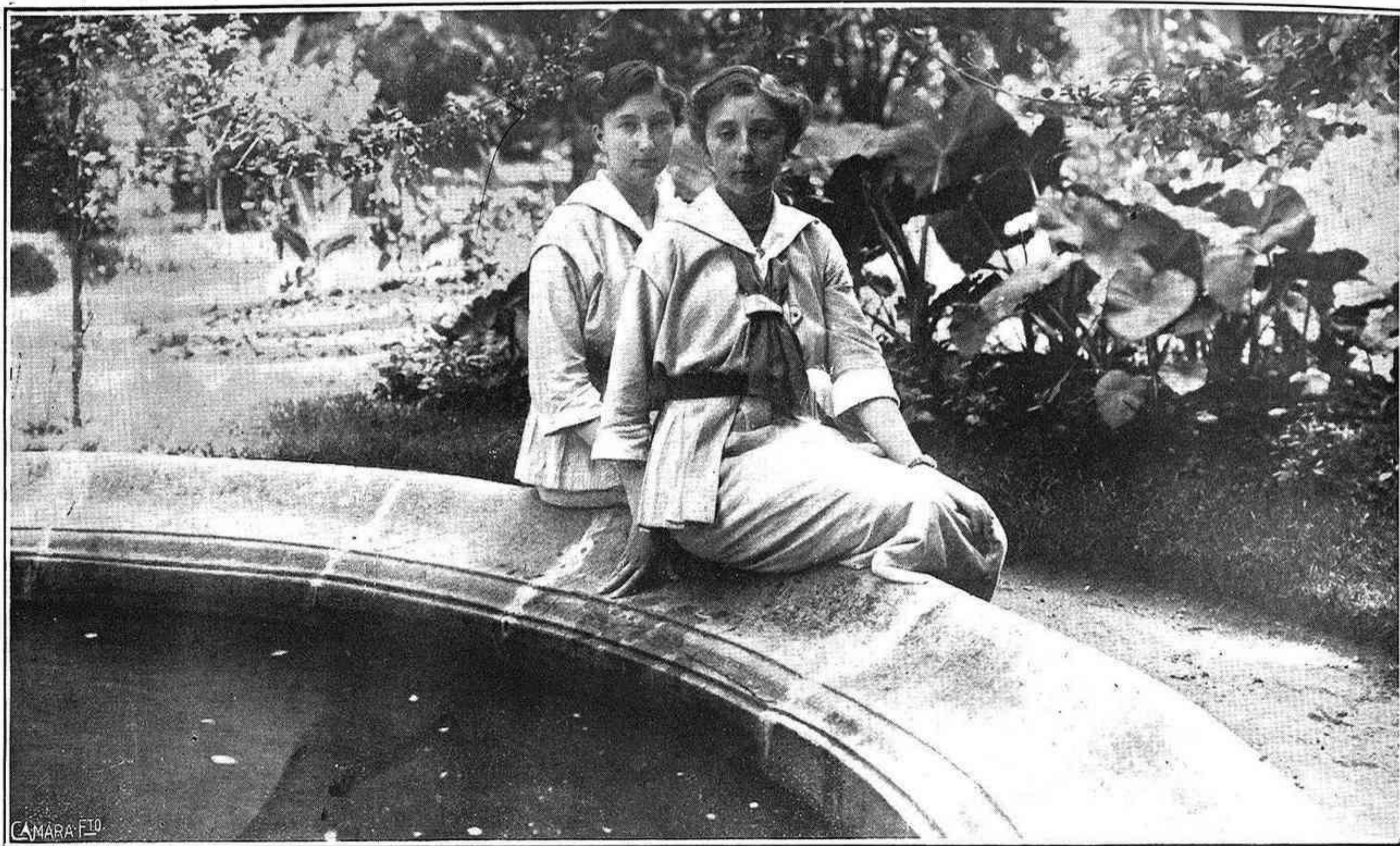
ILUSTRACIÓN MUNDIAL



PRINCESA ALEJANDRA VICTORIA, DE SCHLESWIG-HOLSTEIN DIBUJO DE GARNONVAL
Esposa del príncipe Augusto Guillermo, de Prusia, cuarto hijo del Kaiser alemán

DE LA VIDA
: QUE PASA :

BULGARIA Y SUS PRINCESAS



Las princesas Eudoxia y Nadejda, hijas del Rey de Bulgaria

FOT. UNDERWOOD

Como hace pocos años vimos á las tropas búlgaras caer fieramente sobre Turquía y llegar hasta las cercanías de Constantinopla, las vemos ahora desbordarse sobre Servia y buscar salida al mar Adriático á través de Macedonia y Albania. Era éste un ideal que vivió muchos años en el corazón de la raza oprimida. Ya en la paz de San Estéfano, cuando Bulgaria renace, se advierte que la ambición definitiva de aquella raza fuerte que supo vivir en esclavitud sin confundirse con el dominador, era esa: no permanecer encerrada entre los demás reinos comarcanos, sin más salida que la del mar Negro, que al cabo, cuando no es un lago ruso, es un lago turco.

Europa ha sido muchas veces cruel con los pueblos débiles. El espíritu de efusión, de justicia, de cordialidad que nace de la civilización, no ha penetrado jamás en los corazones de los diplomáticos. Con la misma dureza de corazón con que tres emperadores hicieron el reparto de Polonia, se discutieron en la Conferencia de Berlín los límites de Bulgaria, y olvidándose de que el tratado de paz de San Estéfano había sido aceptado por Turquía, vencida, se fueron recortando las lindes que la victoria había dado á la nación nueva y se la encerró entre la orilla derecha del Danubio y las crestas bravías de los Balkanes meridionales. ¡Pues qué! ¿Toda la guerra que más tarde había de ensangrentar la península turca no tiene su origen en ese malhadado Tratado de Berlín, en el que las grandes potencias, como en la Conferencia de Algeciras, disponen de tierras que no son suyas y determinan la condición política en que han de vivir pueblos que provienen de otras razas? ¿Se invocaba, entonces, los intereses de la civilización, y en nombre de la civilización se entregó luego á Bélgica todo el centro africano, donde se consumaron las tremendas crueldades de los explotadores del caucho, que Inglaterra, misericordiosa, cuando coinciden el espíritu cristiano y su interés, denunció fieramente, intentando levantar á Europa contra aquel galante rey Leopoldo, mundano y camastrón, que se negaba á escuchar sugerencias diplomáticas...!

Por segunda vez Bulgaria, vencedora de Turquía, habiendo realizado un esfuerzo militar que asombra, tiene que renunciar á recoger en sus fronteras las tierras de Macedonia y Albania, donde viven sus hermanos y desde donde se ven las ondas azules del Adriático; el camino libre de Occidente, la ancha y fácil vía que puede

llevar hacia la civilización y la riqueza, que puede transportar hasta el lejano Atlántico y hasta la costa americana los cargamentos de trigo y de maderas y los frascos del perfume misterioso de las rosas que hoy van á las destilerías por medio de comerciantes ingleses, todo codicia... Es todo esto como un atavismo nacional, como una resurrección en toda una raza de un ensueño ancestral; de un ensueño fenicio que parecía olvidado y muerto á través de las edades. Porque los búlgaros, á quienes una terca adversidad ha tenido recluidos siglos y siglos entre estas montañas, son aquellos que iniciaron toda civilización en Sidón y Tiro y todo tráfico en el lago Mediterráneo cuando Hércules aún no había descargado su mazazo sobre el monte Calpe y abierto el estrecho de Gibraltar para provecho de Inglaterra. En el alma de estos rudos montañeses hay la añoranza de aquella playa asiática en que Fenicia supo ser industrial y comerciante cuando toda nobleza se fiaba al estrépito de las armas.

¿Y ahora, realizará Bulgaria su ideal? ¿Los montaraces pastores y leñadores se trocarán en navegantes? ¿Un nuevo Tratado de Berlín declarará á Bulgaria potencia mediterránea? ¿Será Valona ó será Santi-Quaranta el puerto donde se establecerá el mercado de perfume de rosas, que hasta aquí estuvo en Londres, como si las flores abrieran sus corolas esplendorosas bajo la niebla gris?

Esta desviación de la guerra, que creíamos limitada al campo simbólico de Sedán ó á las llanuras esclavas de Polonia, debiera estremecernos. Porque no sabemos á qué otras tierras de morería ó cristianas se correrá el incendio ni siquiera en qué lado de los combatientes se garantizará el derecho á la paz de las naciones que no quieren entrar en la contienda. Nos parecía Bulgaria una nación extenuada por el tremendo esfuerzo militar de sus dos guerras, ferroz con Turquía, dolorosa con sus aliados de la víspera Grecia y Servia; nos parecía desengañada de la generosidad que haya de esperarse de las grandes naciones que primero la obligaron á dar compensaciones á Rumanía sin contienda y luego la abandonaron á la codicia de sus aliados; nos parecía agotada económicamente, habiendo repercutido en ella extremadamente la perturbación comercial que produjo la conflagración... Y he ahí que se ha lanzado á buscar en un azar y en la fe de su propio esfuerzo, la realización del ideal tantos siglos añorado en

el alma dormida de la raza: tener un trozo de playa y un puerto en el Adriático.

Acaso al acabar el invierno, la guerra, habiendo asolado ya tantos campos europeos, se corra, como el incendio en la mies, por todo el norte africano. Se dice: la amenaza sobre Egipto... ¿Y sobre Trípoli para herir á Italia? ¿Y sobre Túnez y Argelia para herir á Francia? ¿Y Marruecos mismo, que es un litigio reciente y fácilmente modificable y cuya compensación del Congo ha sido ya arrebatada?... No basta en esta perturbación cruzarse de brazos; no basta negar el asentimiento y el concurso á los grandes que se ven en peligro; á los viejos imperios formidables que se ven ahora con la cabeza de oro y los pies de barro, como el gigante soñado por Nabucodonosor; á las democracias, herederas de Roma, que se iban apoderando del dominio del mundo... Cuando el turbión llegue á nosotros, no tendremos más remedio que ir con el turbión abarrisco adelante...

Allá, en la corte de Bulgaria, como un símbolo que no pudiera ser cantado sino en los conturbados metros de Rubén Darío, hay dos lindas Princesas que tenían cierta la hora de su amor.

En los recientes tratados, en cuyas páginas quedaban las huellas de sangre de las manos de los negociadores, recién llegados de los campos de batalla, nacían unas flores de azahar para estas princesitas de ensueño... Acaso una alianza matrimonial con Rusia asegurara la protección del gigantón oriental; acaso diera más seguridades enlazar la dinastía búlgara con la rumana; acaso la hermandad griega fuera más propicia para procurar días felices... Los estadistas búlgaros vacilaban sin saber qué hacer con los corazones perfumados de pasión de estas dos princesitas... Todavía en la corte alemana quedaban unos guapos mocetones; acaso en la misma Inglaterra... Pero la guerra, que tantos millones de corazones ha desgarrado ya, ha sido cruel también con estas princesitas, que soñaban aguardando que el hada de Rubén Darío ó el Presidente del Consejo de Ministros les anunciara la llegada del Amor... Las tropas de vuestro padre y vuestro reino van abriendo un ancho cauce por donde la sangre corre y corre, y por encima de esa sangre no puede saltarse con un vestido de boda para ascender al trono de Inglaterra ni al de Rusia ni al de Italia...!

DIONISIO PÉREZ

EL REAL MONASTERIO DE SIGENA



Vista general del Monasterio de Sigüenza

ERA un día de Julio de 1913. Varios automóviles corrían por la carretera que enlaza a Huesca con la ciudad de Fraga. Pasaron por debajo de Villanueva, patria adoptiva del famoso Servet, tomaron el desvío que conduce al Monasterio de Sigüenza, y allí se detuvieron frente a la puerta monumental, por la que tantas veces entraron príncipes y reyes.

Dos damas se apearon de uno de los autos. Una de ellas era la egregia infanta doña Isabel de Borbón, gran española, amante de nuestras glorias y tradiciones, conocedora como nadie de las bellezas y monumentos de la Península.

Acompañábanla su dama de honor y su secretario el ilustre D. Alonso de Coello; llevaba un automóvil de respeto y en otro le daban escolta el Capitán general de la región Sr. Huertas, con su ayudante, y el oficial de Estado Mayor señor Carriello.

Esperaba allí a los expedicionarios el que estas cuartillas escribe, ansioso de darles a conocer la antigua fundación de los reyes aragoneses Alfonso II y Doña Sancha.

Los pueblos comarcanos habían enviado sus autoridades y sus ayuntamientos. Numeroso público invadía la plaza del Monasterio.

En ella se abre el ingreso del templo, se-

vero, imponente, con sus arcadas y columnas en gradación, del cual dijo D. José M. Quadra, que más parecía la entrada a un capítulo de caballeros que a un coro de vírgenes.

Entró en el templo la Infanta, pasó al coro, donde todas las religiosas la aguardaban, soltó el órgano sus más poderosos registros, se entonó el *Te Deum*, y doña Isabel, impresionadísima, no pudo menos de volverse hacia su se-

cretario y decirle: ¡Qué hermoso! ¡Lástima que esto no sea conocido en Madrid!

El Sr. Coello, vicepresidente de la Orden de San Juan en España, quedó sorprendido al encontrarse en medio de un capítulo de religiosas de su Orden, las cuales ostentaban en sus mantos la cruz blanquísima de las ocho puntas, salvo la priora, Gran Cruz de la Orden, que al modo de los antiguos maestros y castellanos, la llevaba en el pecho.

Era priora de Sigüenza la muy ilustre señora doña María Ignacia Perella, la cual mostró a Su Alteza la antiquísima imagen de Nuestra Señora del Coro. Oró la infanta breves momentos ante la santa imagen y comenzó su visita al famoso convento, cuyo séptimo centenario fué conmemorado no hace muchos años.

ooo

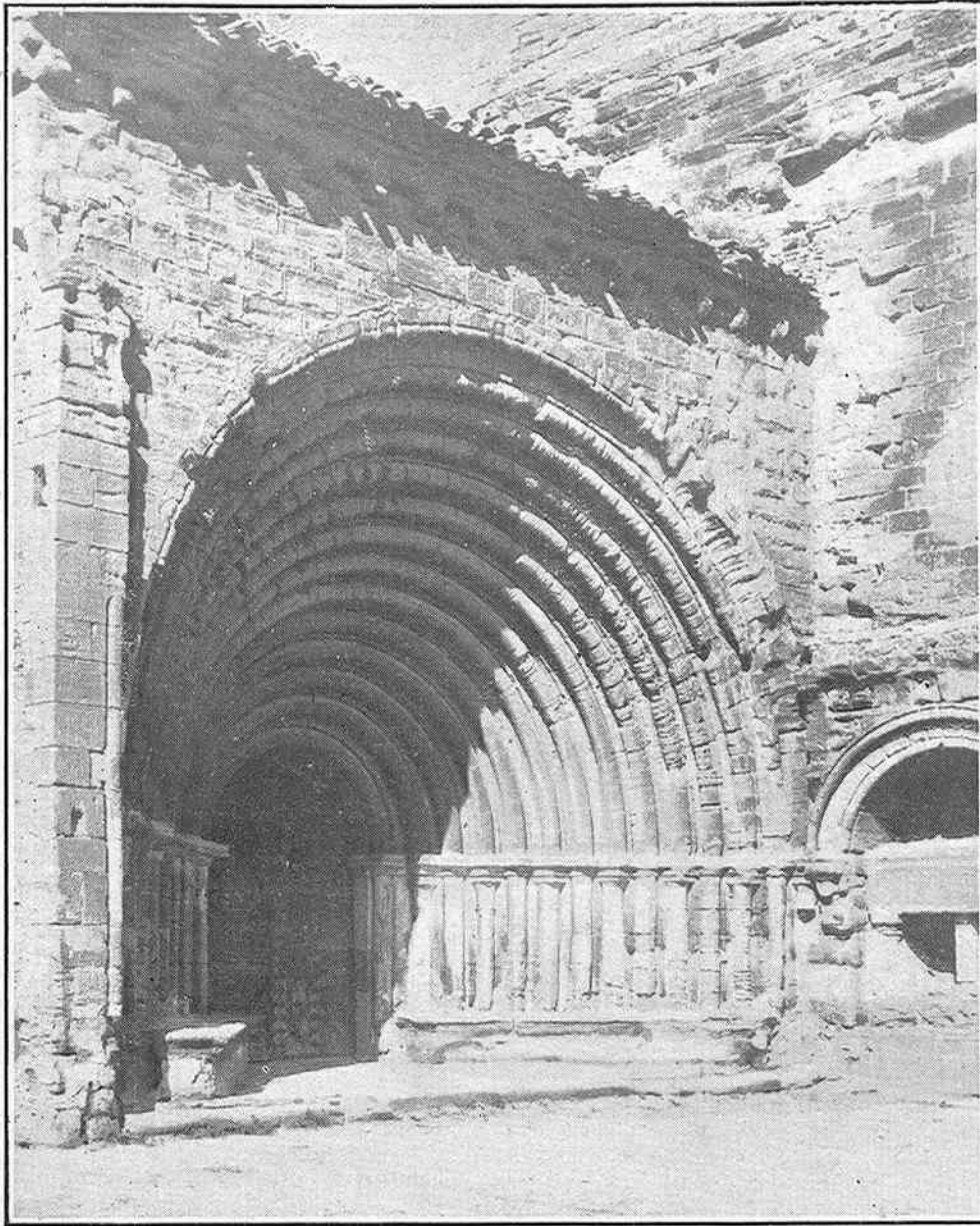
Fué necesario a nuestros antiguos reyes, a medida que avanzaba la Reconquista, la fundación de grandes monasterios, verdaderos centros de cultura, de los cuales irradiase la luz y la verdad.

El de Sigüenza fué debido a la reina doña Sancha, que en él se encerró por fin, haciendo vida de oración, y en él murió en olor de santidad. Su sepulcro y el de su hijo Pedro II el Católico,

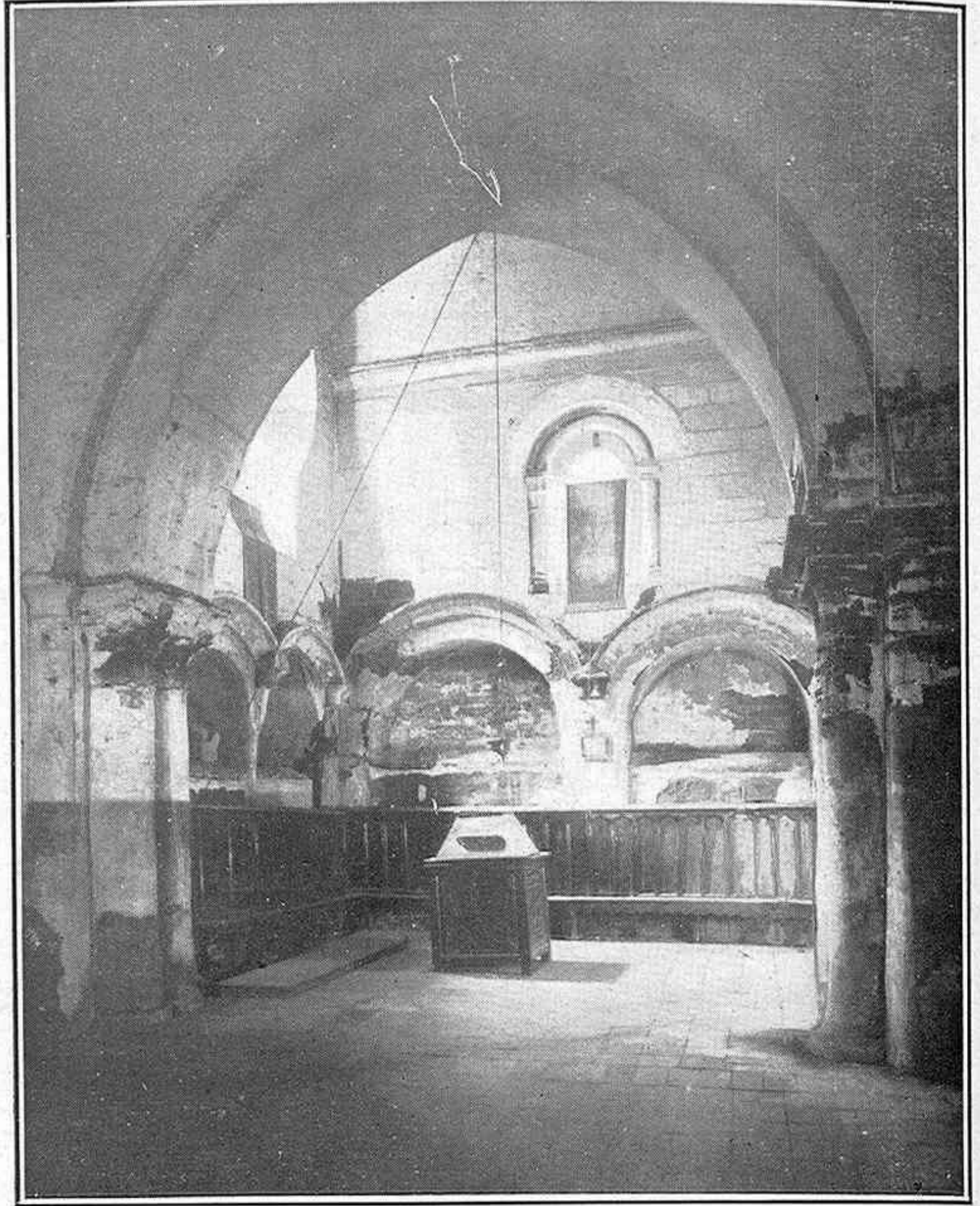


Parte izquierda del crucero y sepulcros de los reyes D. Pedro II y Doña Sancha





Puerta principal del templo, en el Real Monasterio de Sigüenza



Capilla de San Pedro, en la que existen varios sepulcros reales

héroe de las Navas de Tolosa, allí se veneran y aún se honran hoy día con frecuentes sufragios. Varios sucesos prodigiosos acaecidos con la imagen titular, dieron ocasión inmediata á la fundación de la Casa de Sigüenza.

ooo

Dice un historiador que el aspecto del edificio retrata la índole del instituto. El antiguo monasterio parece estrechado y oculto dentro de construcciones posteriores, hechas por las mismas religiosas, á su gusto y capricho, para que les sirvieran de particular habitación; así es que, en

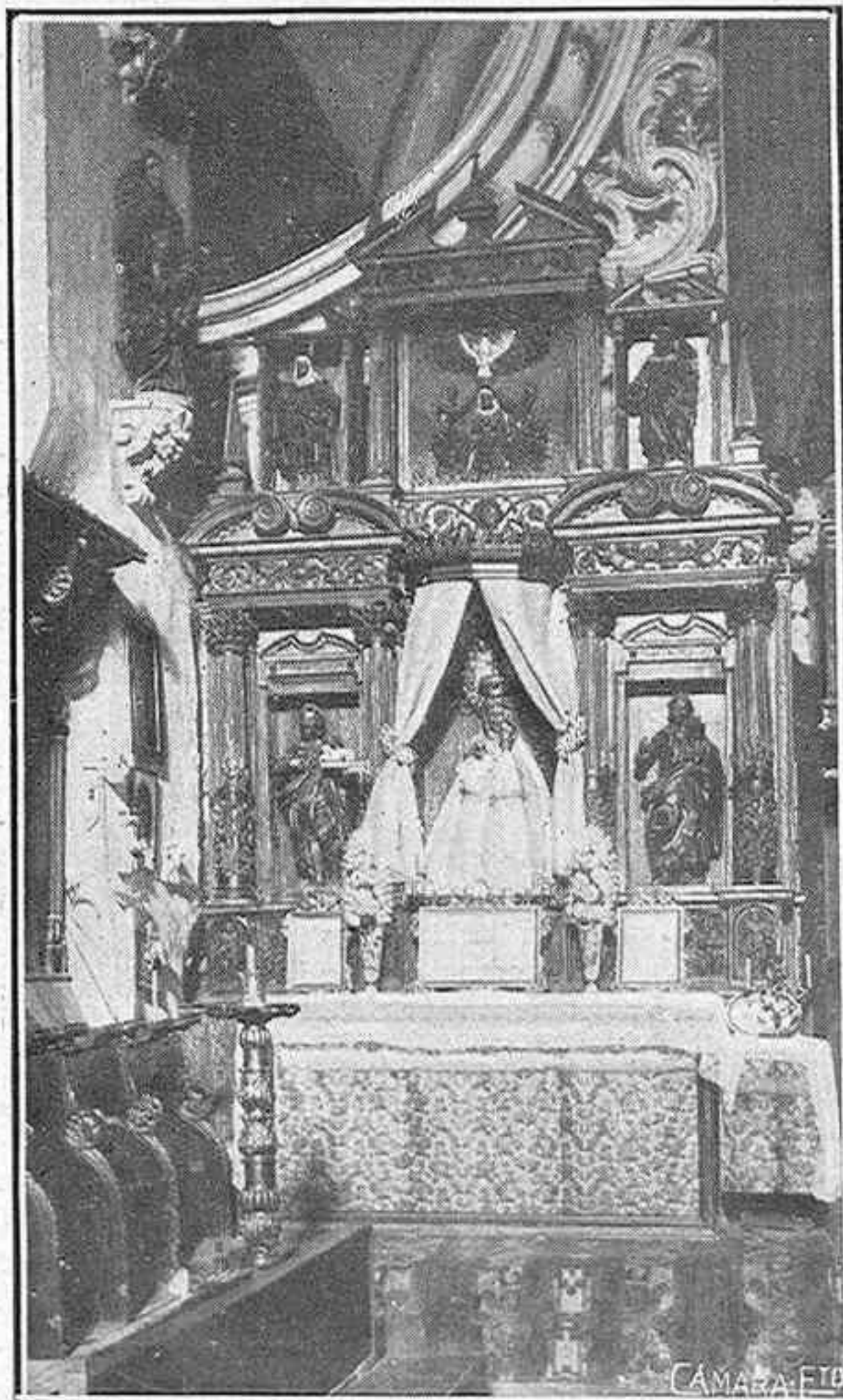
la parte exterior del Real Monasterio de Sigüenza, falta la uniformidad del conjunto y hasta la suntuosidad grandiosa que por lo general ostentan esta clase de fábricas dedicadas al culto en comunidad. Sin embargo, esta falta de plan y de concierto en el conjunto de la edificación, no deja de darle una perspectiva que rompe la monotonía del cuadro general.

El color rojo de las paredes, los fuertes y salientes estribos que aguantan las torrecillas y el desorden é irregularidad de las ventanas, le dan un aspecto vetusto que hace meditar á los espíritus cuando se contempla por primera vez aque-

lla regia fundación, en cuyos muros está en gran parte escrita la historia de Aragón.

Son en Sigüenza importantes, desde el punto de vista artístico: el templo, el claustro, el Capítulo ó Sala Capitular y el Palacio Prioral.

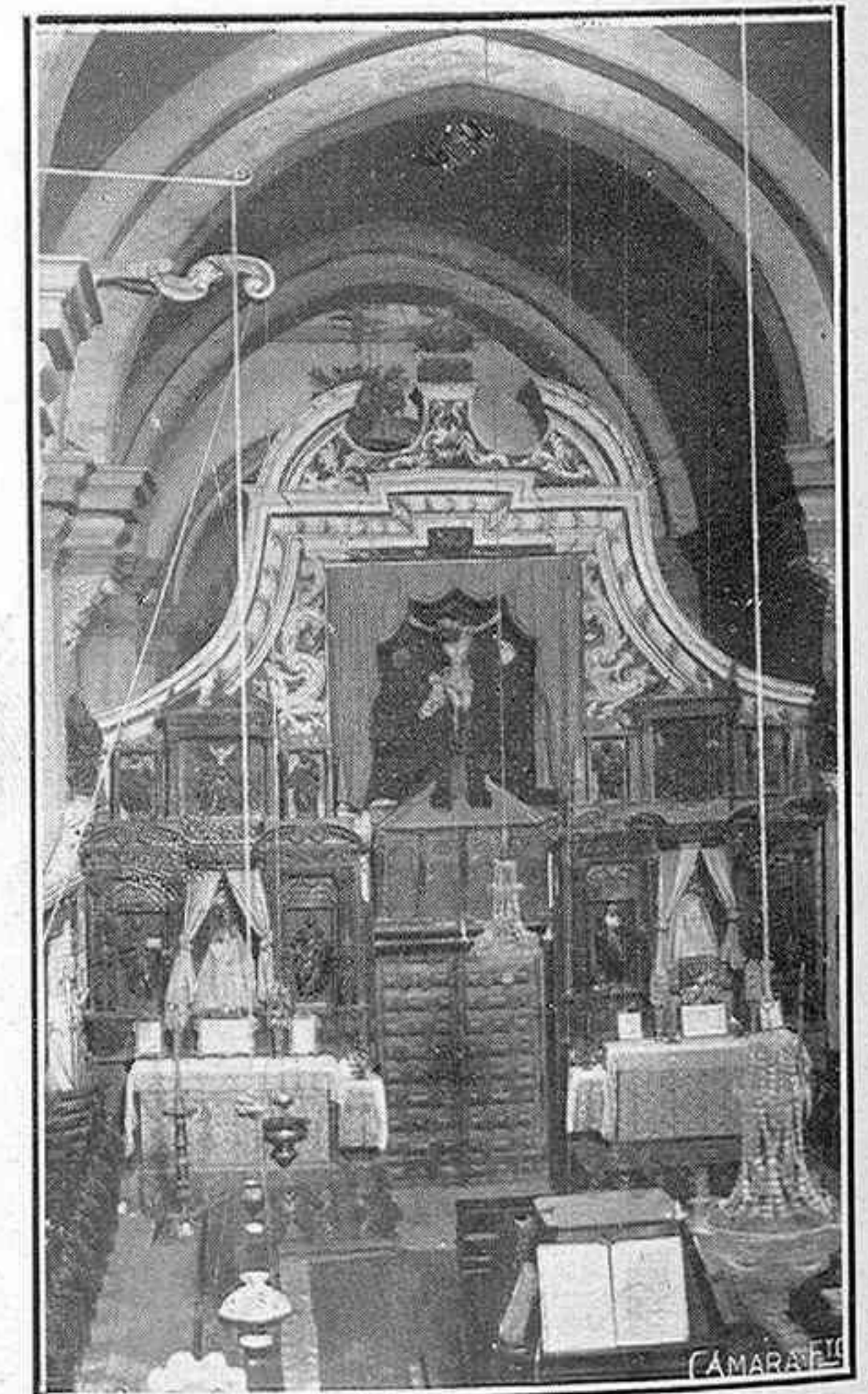
Es el templo románico de una sola nave, de amplio crucero y de tres capillas absidales, mutiladas dos de ellas, desgraciadamente. Son de admirar allí, además de las tumbas de los reyes fundadores, las arcos sepulcrales con pinturas de los siglos xv y xvi, el primoroso retablo de San Pedro de la misma época, el coro con su magnífica sillería gótica y con sus hermosos



Retablo de Nuestra Señora del Coro, construido en 1608



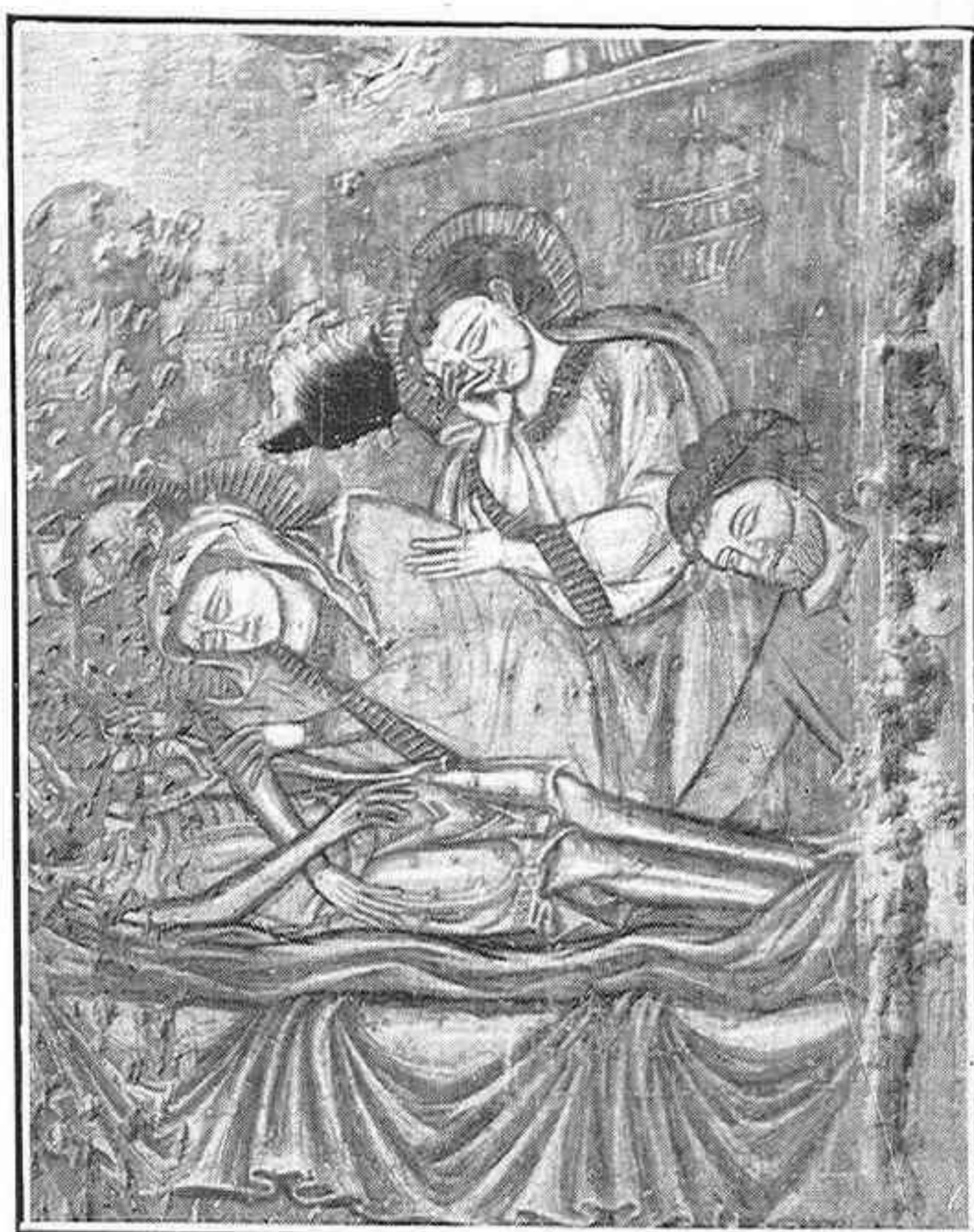
Magnífico retablo de la capilla de San Pedro, de extraordinario valor



Retablo y relicario del coro, de gran mérito artístico



Imágen de Nuestra Señora de Sigena



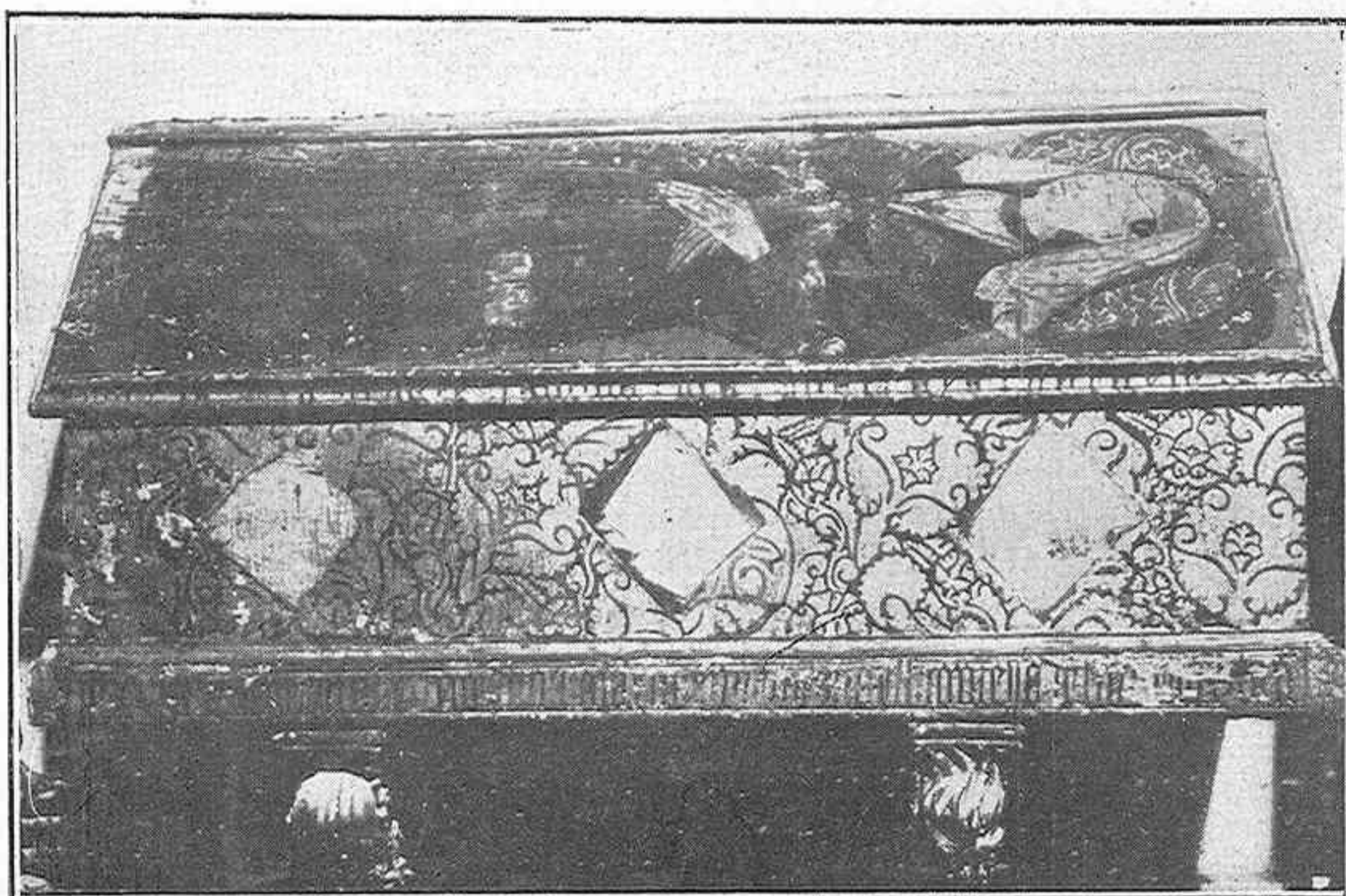
Pinturas del siglo XIV, existentes en el ábside del templo



Imágen de Nuestra Señora del Coro

retablos, en uno de los cuales se venera la Virgen de Sigena, imagen románica, de gran mérito y de grandísima devoción. Guarda el presbiterio medio ocultas algunas pinturas del siglo XIV.

El claustro es profundamente ascético y severo. En sus cuatro cruías de bóveda de cañón ábrense diferentes capillas; en todas hay algo que admirar: en la de San Juan, que es la primera, las pinturas de un retablo del siglo XVII, que son primorosas; en la segunda, dos retablos: de Santa Catalina de Sena el uno, plateresco del siglo XVI; de Nuestra Señora de los Desamparados el otro, tal vez del siglo XIV; sigue el retablo de Santa Waldesca, primoroso también y del siglo XVII; asimismo son de notar en el claustro el retablito de Santa Ana, esculpida en alabastro, y el de Nuestra Señora del Parto y varios otros de menor importancia. El claustro abre paso á diferentes dependencias y oficinas de la casa; el refectorio presidido por una magnífica imagen del XVI; el primitivo dormitorio, notable por la forma que dió el arquitecto al encuentro de dos cruías del cuerpo



Sarcófago de la condesa de Barcelhos

principal del Monasterio y el Capítulo que lo merece aparte.

La Sala Capitular de Sigena es una de las estancias más importantes que nos legó la antigüedad. Merece un libro y hemos de dar su descripción en pocas líneas.

Son en ella de admirar: la disposición general en que se ve la primitiva construcción del monasterio; las pinturas murales con que fué decorada aquella estancia en el siglo XIV; los admirables arcos de la misma época y la capilla del siglo XVI, que allí se abre para guardar el Santo Sepulcro de alabastro, obra de uno de nuestros grandes escultores del XVI.

Las pinturas decoran el intradós de los grandes arcos torales, con los personajes de la genealogía de Jesucristo; adornan las enjutas de estos mismos arcos con pasajes del Antiguo Testamento y los muros con grandes cuadros tomados del Evangelio, entre ellos el Nacimiento que publicamos en estas páginas.

Palacio Prioral. Llama la atención en él, en primer término, la interesante puerta de entrada ornamentada con escudos pintados; y luego el gran Salón Prioral con bóveda artesonada y pintada en el siglo XV. Los muros estuvieron en otro tiempo colgados de tapicerías; pero á fines del XVII fueron pintados por el cartujo Fr. Manuel Bayeu, hermano de D. Francisco, de quien guardan los reales palacios de la Corona de España tantas maravillas.

Todos los siglos, desde el duodécimo, dejaron muestras en Sigena de las artes pictóricas y escultóricas. Todos los siglos dejaron en aquella santa casa glorias y tradiciones. Monumento viviente que durante cerca de ochocientos años ha venido dando albergue á la cultura aragone-

sa, bien merece una mano protectora que lo levante de la ruina con que le amenaza la pesadumbre de los tiempos.

Es de toda importancia la conservación de la Casa de Sigena, no solamente desde el punto de vista de la cultura y del arte, de la religión y de la historia, sino como centro social singularísimo, centro de educación regional, único en España, en que la mujer haya venido siendo ejemplo de virtud y de santidad, no interrumpido durante tantos siglos, y hoy continúe como en tiempo de las religiosas de las grandes familias aragonesas: Lunas y Urreas, Lizanas y Alagones, Eriles y Corneles, Azlores y Pomares; como cuando Sigena era la corte de tres reinas y como cuando el Monasterio era regido por la ilustre hija de Jaime II, doña Blanca de Aragón.

Lástima grande que no sea ésta la ocasión propicia para cantar las glorias de El Escorial de Aragón, como llamaron en otro tiempo al Real Monasterio de Santa María de Sigena.

MARIANO PANO



Imágen de la Virgen en el antiguo refectorio



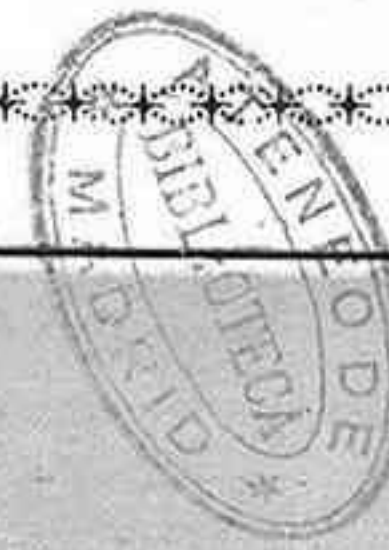
Religiosa de la Orden de San Juan de Jerusalén



PÁGINAS ARTÍSTICAS



EL AVE MARÍA, cuadro de Juan Limona



Toledo.—Puente de Alcántara, sobre el Tajo

FOT. SOLLMANN

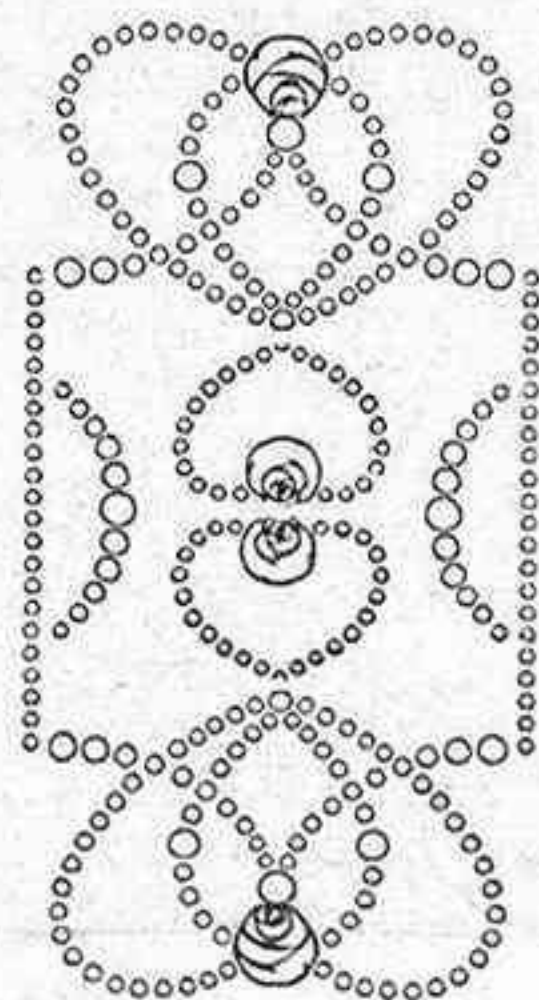
LA MUSA DEL RIO

¡Viejo puente de Alcántara, sobre el Tajo armonioso!
¡Musa eterna del río que junta en su raudal
la voz de *Garcilaso*, el divino, á un saudoso
melancólico *fado* del dulce Portugal.

El Tajo musical es el viejo trovero
que canta del terruño las grandezas pasadas;
cuando clama la heroica canción del *Romancero*
le responde, á lo lejos, la voz de *Las Lusiadas*.

¡Oh, el clamor de las presas, como un rugir de fraguas,
noble y preclaro río; tus armoniosas aguas
templaron las espadas de la Fe y de la Gloria.

Aurea y vieja Toledo, en tu insigne recinto,
igual que en una cumbre de la Raza y la Historia
brilló el sol, en la testa del César Carlos Quinto.



¡Oh, puente toledana, en tu ojo negro y hueco
hay una eterna lágrima por la gloria ancestral;
tú viste la pupila visionaria del Greco
siguiendo la corriente del río musical.

¡Toledo! ¡Ciudad maga, legendaria y moruna
que aromas de leyendas las piedras herrumbrosas!
¡Yo he visto desclavadas, á la luz de la luna,
del Cristo de la Vega las manos milagrosas!

¡Vieja puente de Alcántara que escuchas la canción
del agua, que palpita igual que un corazón;
borde del Tajo poeta que nuestros fastos llora,
que cantó la conquista de América y el paso
de Lepanto. ¡Oh, trovero río de Garcilaso!
¿qué glorias de la Raza puedes cantar ahora?

E. CARRÉRE

NUESTRAS VISITAS

EMILIO CARRÉRE

Fué en una noche de estas últimas.

¿De dónde venía yo á las cuatro de la madrugada?... No recuerdo, ni falta que hace; el caso es que en busca de las calles céntricas é iluminadas me había perdido en el laberinto obscuro de esa pía de callejas silentes, tortuosas y estrechas, que parten de la plaza de la Cebada hasta la plaza de la Villa y que, tan tangiblemente, nos recuerdan los románticos tiempos de capa y espada. Había dejado á mi espalda la cruz de Puerta Cerrada, las dos Cavas, la plaza del Conde de Miranda, y en aquel momento subía por una callejuela muy angosta y muy empinada, llamada «Puño en rostro». No llovía ya, pero la noche era oscura como un abismo. El frío helaba las orejas y llegaba hasta los huesos. Ni una estrella, ni un transeunte... Todo por allí dormía y, yo, influido por este silencio solemne, procuraba producir el menor ruido posible con mis pisadas, que resonaban escandalosamente. De pronto sentí tras de mí otros pasos... Volví la cabeza y me encontré con un embozado... No llevaba capa turquí ni roja; pero iba cuidadosamente abismado en una pañosa negra; tampoco llevaba chambergo de amazona, pero iba tocado con un fieltro de anchas y desaliñadas alas... Como me pareciera conocer la pequeña silueta y los andares desconcertados de aquel individuo, me detuve en el centro de la calle. Pasó por mi lado sin siquiera advertir mi presencia. Tan sumido iba en su interior y aunque llevaba el rostro recatado por el embozo de la capa y bajo las anchas alas del sombrero, le reconocí...

—¡Carrére!—grité.

Se detuvo sorprendido, levantó la cabeza y al encontrarse conmigo correspondió á mi grito...

—¡«Audaz»!

Nos tendimos las manos... Yo estreché la de Carrére, porque él la entrega siempre rígida, sin hacer ninguna expresión con ella.

—¿A dónde va usted á estas horitas?—le pregunté.

—Son «mis horas»...

—repuso.—A las dos me echo fuera del café y gusto de andar, sin rumbo fijo, por estas callejuelas del Madrid clásico.

—¿Siempre?...

—Casi siempre... Estoy dando vueltas hasta el amanecer...

—Y ¿no se aburre usted?...

—¿Aburrirme?... No; porque mientras que camino voy mentalmente laborando... La noche, y este ambiente es un excitante magnífico para mi inspiración... Mis mejores poesías las he hecho vagando por las calles, de madrugada.

Y como viera que yo le miraba sorprendido, prosiguió:

—No le extrañe á usted: ¿algunos escritores no trabajan con la taza del café al lado, ó con la copa de coñac?, pues yo necesito empaparme en la noche:

cuando ya mentalmente llevo construída una estrofa, entro en un *tupi*, en una botica, ó en el primer establecimiento que hallo abierto y la escribo...

—¿Entonces de día no trabaja usted nunca?

—Jamás... Al amanecer huyo á acostarme... Le tengo al sol un horror espantoso... Nunca me ha sorprendido en la calle.

Sin darnos cuenta, animados por el diálogo, nos habíamos puesto en marcha, y ya caminábamos por la calle Mayor... Nuestra conversación resonaba en el silencio de la noche. De vez en cuando el poeta se detenía para hacer una afirmación.

El amigo Carrére es un hombre pequeño, y más bien grueso... Su rostro es redondo y está casi siempre renegrido por el barbecho de una barba de ocho días. Su grueso bigote lleva habitualmente las guías en el mayor desorden: una de punta, la otra caída. Carrére es descuidado y absurdo en la indumentaria, por que jamás fué condición de poetas el atildamiento y la pulcritud en el vestir, y Emilio Carrére es uno de los poetas más grandes que ha tenido España, aunque en la mollera de los que le ven un poco mugriento y bohemio no quepa esta rotunda afirmación... Pero sí. Después de Rubén Darío, el Divino, Carrére es el primer poeta de nuestros tiempos, siendo muy superior á todos los antepasados... En fin, prosigamos.

Carrére había sacado un cigarrillo; comenzamos á fumar y continuamos hablando.

—¿Cómo se manifestó en usted la afición á la poesía, Carrére?—inquirí.

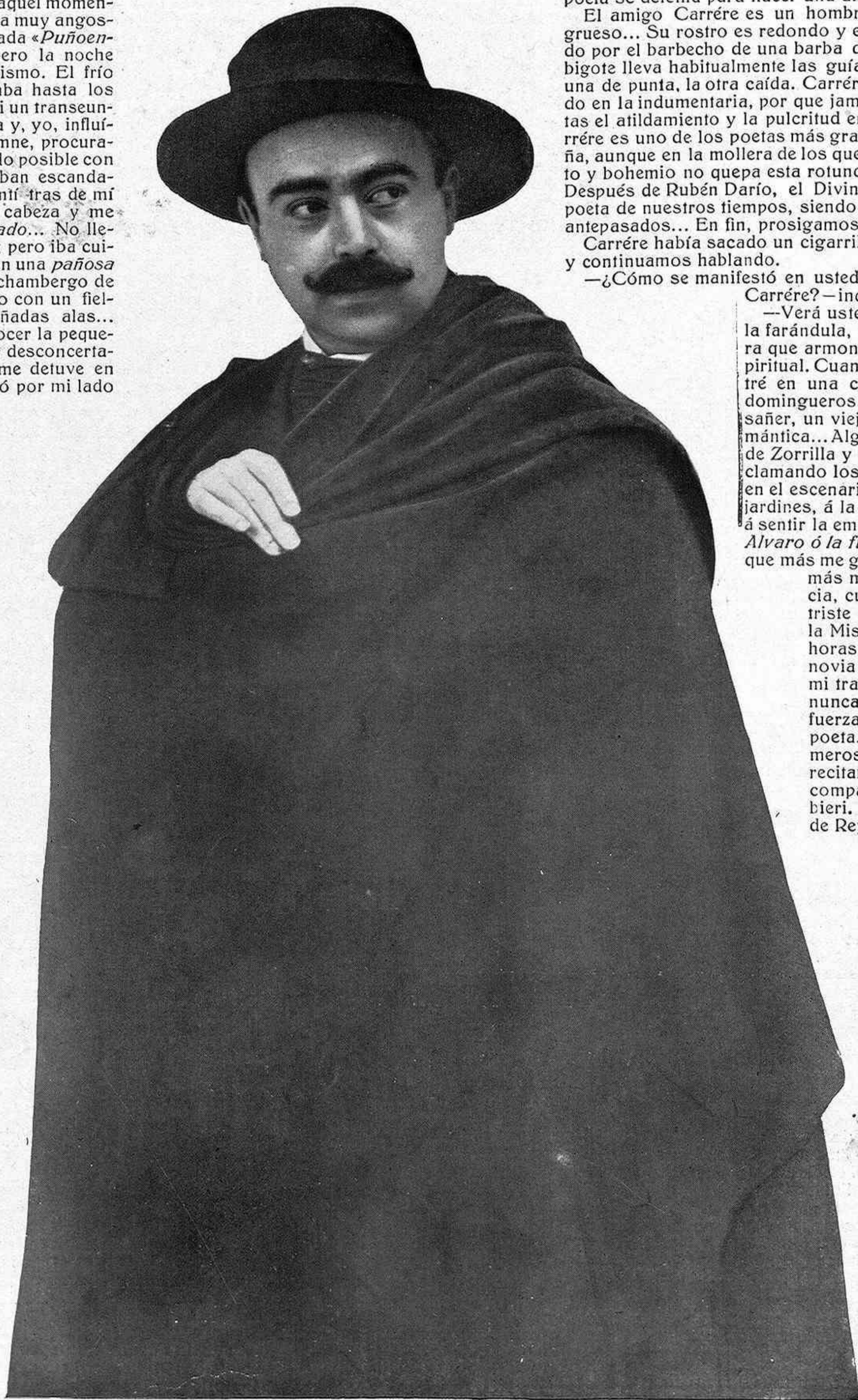
—Verá usted. Me gustaba la vida de la farándula, de inquietud y de aventura que armonizaba con mi rebeldía espiritual. Cuando apenas tenía bozo, entré en una compañía de melodramas domingueros, que dirigía D. Juan Casañer, un viejo actor de la época romántica... Algunas veces hicimos obras de Zorrilla y del Duque de Rivas y declamando los versos de *Don Alvaro* en el escenario ó por las calles y los jardines, á la luz de la luna, comencé á sentir la emoción de la poesía... *Don Alvaro ó la fuerza del sino* es la obra que más me gusta de esa escuela. Además me recuerda la adolescencia,

cuando yo era un niño muy triste y muy pobre,—siempre la Miseria, desde las primeras horas de mi vida!—y tenía una novia que se burlaba un poco de mi traje deslucido, y á la que nunca besé en los labios... A fuerza de dolor comencé á ser poeta... Recuerdo que mis primeros versos los escribí para recitarlos en público. Estaba la compañía de Casañer en Barbieri. Me repartieron un papel de Rey mago en *El nacimiento del Mesías*. La obra era detestable; yo tenía que decir dos quintillas realmente repugnantes... Yo abomino de las quintillas: son ramponas, rellenas de rípios y de latiguillos, son versos dignos de los poetas del siglo pasado—Camprodón, Rodríguez Rubí y demás paladines del cascote poético.—Pues bien, entonces escribí ocho endecasílabos y se los dí al apuntador, y ya en escena, cuando tenía que decirle mi pequeño parlante al Niño Dios, me equivoqué; el público me largó una grita enorme, me echaron á la calle y... me hice poeta.

—¿Y le costaría á usted mucho trabajo abrirse las puertas de los periódicos?...

Carrére se entristeció.

—Mucho. En los periódicos se reñan de mis pelos largos y de



EMILIO CARRÉRE

mi cachimba y me llamaban «modernista». Me devolvieron sistemáticamente, durante cinco años, todos mis poemas, los mismos que he publicado después en todos los periódicos... Pude al fin romper el hielo gracias á Luis Bello, que me publicó cosas en *Nuevo Mundo* y después en *El Imparcial*... En seguida Vicenti, López Ballesteros y Verdugo, su director y mi entrañable amigo, dieron hospitalidad á mis versos con entera libertad, sin cortapisas... y me pagaron recibos anticipados... Eso de cobrar las cosas adelantadas lo recuerdo de siempre. Es una segunda naturaleza mía...

—¿Qué poetas han influido más en su gusto y en su espíritu?...

—Edgardo Poë, Enrique Heine y más tarde Rubén Darfo... Rubén es el mejor poeta contemporáneo. El nos ha enseñado á escribir, á amar el estilo y á afirmar la suprema aristocracia de la poesía.

—Entonces usted no creerá que estamos en un momento de decadencia poética y literaria.

—¡Oh!... Quien diga eso es un imbécil. Al contrario. Estamos en un momento de florecimiento literario. En la novela, Galdós, Palacio Valdés, la Pardo Bazán, Valle Inclán, Baroja, Zamacois... Y también Felipe Trigo, que es un formidable temperamento de novelista. Esto sin contar la nueva generación, que viene con más savia que la anterior. De poetas me gustan más los de ahora que los del siglo pasado, aparte de Campoamor, Zorrilla y el duque de Rivas. Echegaray, que tiene una mentalidad superior, fué un poeta muy mediocre. Y, en poesía, lo mediocre es intolerable.

Hubo un silencio. Ibamos por la calle de Campanas.

—¿Y cómo vive usted, Emilio?...

—Muy mal—lamentó él con absoluta tranquilidad—. Vivo al día; de la colaboración periodística. Haciendo versos y cobrando enseguida cinco duros por cada poesía. El porvenir se presenta torvo... En cuanto caiga enfermo y tenga que estar ocho días en la cama, ¡la catástrofe!... Esta es descarnadamente la verdad... Me paso la vida en un café, en uno de esos cafés solitarios y viejos donde van parejas de enamorados. Allí tengo montado mi *despacho*.

—¿Qué vicios le dominan á usted?...

—Ninguno. Fumo bastante; nada más. ¡¡Odio el alcohol!! No tomo vino ni en las comidas... Buscar la inspiración en el fondo del vaso me parece un tópico de bohemia lúgubre, trasnochada é impotente. Verlaine, Baudelaire y Poë fueron geniales, no por el alcohol, sino á pesar del alcohol...

—Cuénteme usted alguna anécdota.

—Con mujeres me han ocurrido muchas cosas; pero casi todas son impublicables. De otra índole, le hablaré del odio que me profesaba el Presidente del Tribunal de Cuentas, don Mariano Catalina. Yo creo que me tenía envidia literaria. Este señor era un engendro de poeta y era mi jefe burocrático. Tenía unas barbas bermejas y una oreja putrefacta. Un día me llamó á su despacho. «Me han dicho que hace usted co-



El poeta Emilio Carrère en "su despacho"

plas en la oficina». —«Versos, Sr. Catalina, y mejores que los de los académicos.» Catalina era Secretario de la Academia, y aquella impertinencia me costó un mes de suspensión de sueldo.

—¿Usted, como poeta, rendirá un ferviente culto al amor y será un exquisito romántico?...

—Sí, señor... Siento y he sentido siempre una gran inquietud por el amor en toda su multiformidad... Las mujeres muy bellas y muy ardientes son una racha de fuego que perturba la vida... Precisamente sé toda la desolación de la vida andariega, dentro de una carreta de la farándula, porque á esa vida me llevó una mujer. Sí, amigo mío, me arrastraron á esas aventuras de que le hablé antes los ojos bellos y un poco tristes de una gentil farandulera que tenía quince años y era muy linda... También por ella sé lo que es entrar en la posada por la puerta y salir por la ventana, huyendo de los posaderos, y andar con hambre y con fiebre por las carreteras interminables.

—¡Es usted un bohemio empedernido...!—comenté. El protestó.

—Eso de la bohemia ha llegado á fastidiarme por la falta de comprensión de la gente. Mi bohemia nunca ha sido la del andrajo y la pipa... Es una indisciplina espiritual, falta de adaptación á los ambientes vulgares y antiartísticos... Yo he satirizado ferozmente á los grotescos polichinelas de la bohemia. Si yo fuese millonario sería un bohemio...—á mi manera, que no es lo que

entiende la gente—. Yo creo que la bohemia es, para los artistas jóvenes, una especie de puente, desde el anónimo y la pobreza, hasta el triunfo ó el hospital. Pero entremos aquí...

Carrère me indicaba un café nocturno que hay en la Plaza de Santo Domingo... «El Oso Negro»... Penetramos. Carrère se desembozó torpemente y tomamos asiento en un rincón. Un muchacho, adormilado, nos sirvió un poco de «recuelo» con churros...

—¿Cuántos libros tiene usted publicados?

—Ocho.

—¿Prefiere usted?...

—Prefiero *Del amor, del dolor y del misterio*, que es el último; después *El encanto de la bohemia*; éste es el que más se ha vendido.

—¿Por qué no hace usted teatro?...

—Quiero hacerlo. No sé si sabré. Me gusta el teatro poético á la manera de Valle-Inclán, porque el de los románticos del siglo pasado es abominable... Pienso hacer una obra recogiendo el espíritu de la Corte de Carlos II.

—¿Qué es lo que le inquieta á usted más de la vida?...

—Lo que más me angustia de la Vida es la Muerte. Tengo el terror físico de que me echen en un ataúd y me entierren, aunque yo creo que se vive después de morir. Perderse en la Nada sería cruelmente absurdo, y alrededor nuestro todo es lógico y armonioso en la vida universal.

—¿Cuáles son sus estudios predilectos?...

—Mire usted, me interesa el universo. Todo lo que es para mí un misterio me inspira una enorme sed espiritual... No sé nada de nada. De chico no he podido estudiar. Desde muy joven he tenido que ganarme la vida de una forma absurda. Lo poco que he aprendido es por esa gran curiosidad... He vivido muy intensamente la vida del arroyo y aspiro á hacer una labor de anarquismo sentimental, violento y noble, dentro de un estilo elegante y armonioso. Veremos si puedo. *La musa del arroyo*, *La voz de los mendigos* y *El elogio de las ramerías*, son una muestra. Amor para el dolor universal y comprensión de todas las cosas... El alma abierta sobre las angustias de la carne y del espíritu, y una protesta contra esa agravación del dolor natural de la vida, que es el dolor social creado por el egoísmo y la estupidez. Me interesa más que la literatura, la química, las matemáticas, la medicina. Todo á ciertas alturas, en las cumbres, es emoción poética.

A nuestro lado, dos *gofillos* astrosos y mal encarados nos miraban con idiota curiosidad... Cuando terminó de hablar Carrère le dijo el uno al otro:

—*Ninchi*... ¿Te has enterado de algo?... Yo, ni gota...

Comenzaba á grisear el nuevo día...

Y yo, mirando á mi poeta amigo, me acordaba, no sé por qué, de los días miserables de Zorrilla... ¡La vida!... ¡La gloria!... ¡Bah!...

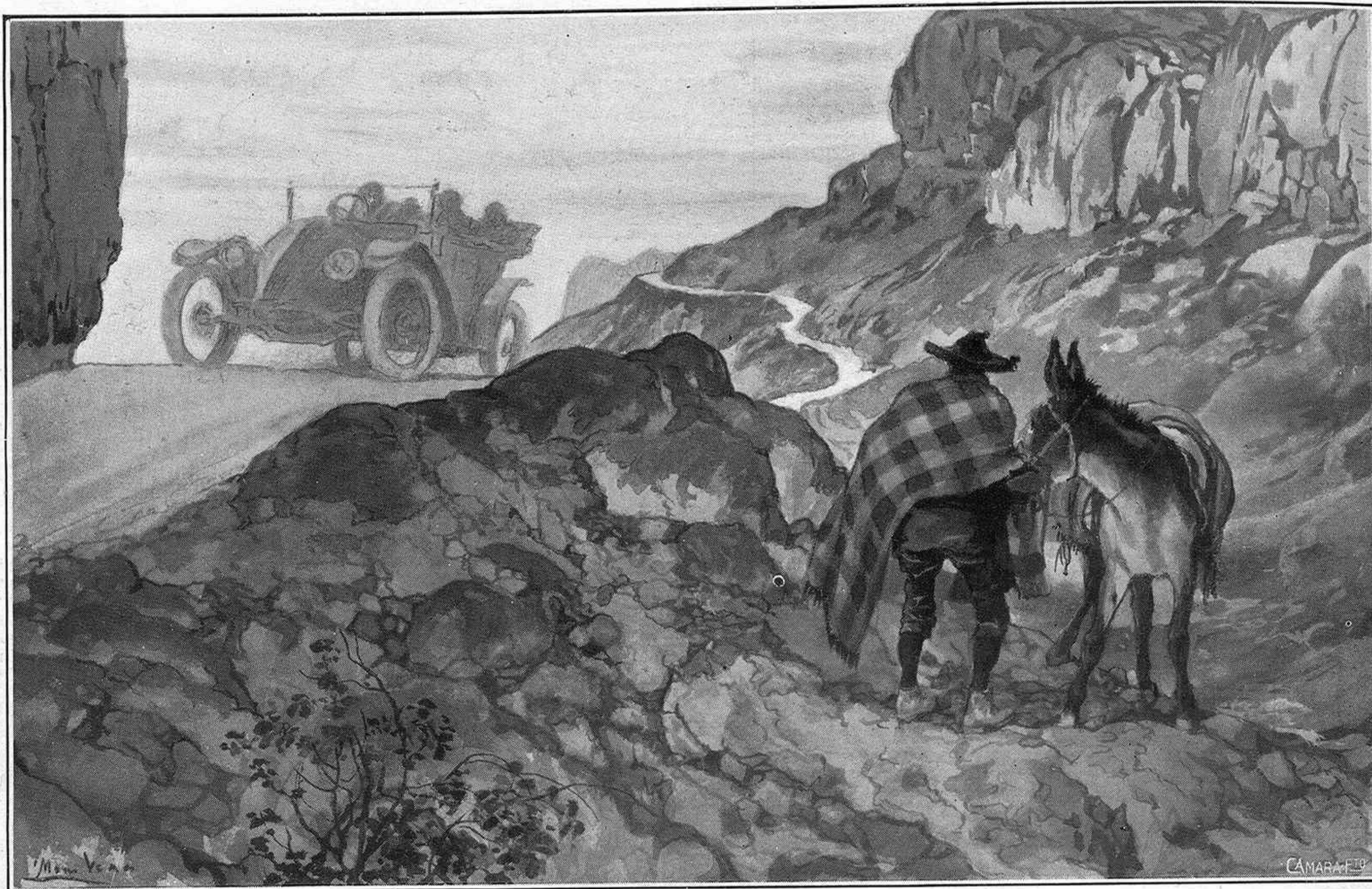


Emilio Carrère, rodeado de los íntimos de su tertulia

FOTS. SALAZAR

EL CABALLERO AUDAZ

CUENTOS ESPAÑOLES
LANCE DE HONOR



CORRÍA el automóvil. No cesaba de correr desde las cinco de la tarde anterior; no había cesado de correr en toda la noche, y, ahora, apagados los faros, porque iba amaneciendo, continuaba su carrera con las precauciones convenientes en el verde laberinto de montañas.

Era un gran torpedo gris con tal aspecto de formidable fortaleza ambulante y tripulado por tales monstruos de pieles y anteojos, que un pobre arriero, rato antes, viéndosele venir encima, se quedó con su burro temblando al borde de un barranco como si hubiese visto volar un fantástico tren de todas las artillerías y demonios del infierno.

La carretera, costecando abismos, torcíase, y torcíase siempre de un modo inverosímil, á la izquierda, á la derecha, en amplias curvas ó en recodos bruscos, en eses, á veces tan cerradas, que hacíanla tomar inversa dirección. Unos ratos les daba á los excursionistas de frente el resplandor de la aurora; otros, francamente de espaldas. Cuando creían haberse alejado de un puerto ó de un picacho en torno al cual cerníanse las águilas, á cien metros sobre sus cabezas, volvían á encontrárselo en la próxima vertiente.

San Román y el joven duque no decían una palabra. Nuevo el doctor en estas lides, procuraba acomodarse á las dignidades del trágico silencio, dominando su temor de estrellarse entre tantos precipicios y su emoción de ir á ver romperse el bautismo á dos cristianos. Sólo el bilioso Pancho Cruz iba perdiendo la paciencia.

—Pero, bueno, tú, *chauffeur*—decía,—¿dónde diablos vamos? ¿Estás seguro de que no hemos pasado veinte veces por aquí? ¿Es ésto algún tío vivo?

Creyérase, á la verdad, que, perdidos en las entrañas de la sierra, no hacían sino dar vueltas sin salir nunca de un paraje. El otro auto, del conde de Rialta, que seguía los con media hora de retraso, tan pronto allí atrás y lejos descubríase pequeñito bajando también la carretera,

como se ocultaba largo trecho en los peñones para reaparecer en frente y en la contraria dirección de un zig zag, valle al medio, cual si tornárase á Madrid harto de buscar la finca donde el horrendo duelo debía verificarse.

Horrendo; muy grave. Precisamente su gravedad traía los de cabeza desde ayer. Público el escándalo que lo originó entre el duque y el conde, el conocimiento de sus condiciones durísimas (pistola, espada después, hasta quedar alguno fuera de combate) puso en danza al ministro, al gobernador, á la policía, resueltos á evitarlo. Primero un inspector y diez guardias cerrándoles el paso al frontón de la Ciudad Lineal; luego dos *taxis* policíacos persiguiéndoles á El Pardo; enseguida, y á la vista de más guardias, el camino de Toledo, donde no tardaron en perderse de los *taxis*, sin sospechar que á media noche en la histórica ciudad fuese á recibirles su gobernador en persona; el probo funcionario, no pudiendo arrancarles la palabra de renunciar al lance, les avisó que había movilizad contra ellos toda la guardia civil que le dejaba libre la persecución del célebre bandido el *Chato de Charrasca*, terror de la provincia, y, en fin, como por lo visto funcionaba el telégrafo de punta á punta del reino, dos kilos de salchichón, pan y vino, único *menú* hallado para cenar en un café de Zocodover, y á *Las Gargalias* los tercios, los tenaces..., á *Las Gargalias*, la dehesa de San Román, que aún distaba, quién sabe cuánto, de estas sierras cruzadas en la eterna noche con un frío espantoso, á pesar de tantas pieles de cabra de la China.

Llevaban el auto abarrotado de espadas, de pistolas, de más armas y pólvoras y balas que un ejército en Marruecos. —«Sí, sí—pensaba el pacífico doctor—, acabará la cosa en un desastre». Por primera vez asistía á uno de estos lances, con la triste suerte de *debutar* en el de mayor resonancia deseable entre los dos hombres más famosamente fieros de Madrid y no dudaba que su ciencia tendría que esforzarse en salvar

á cualquiera de los rivales moribundo de un boquete en la cabeza ó en el pecho. Incapaz de haber conciliado el sueño durante la excursión, había venido admirando cómo tranquilamente roncaba el duque sin la más leve inquietud porque unas horas después hubiesen de reconducirlo á su palacio, vivo ó muerto. ¡Ah!, la verdadera valentía, la verdadera intrepidez. Un joven rico, guapo, con todos los halagos de la vida y que no perdía el sueño en la molesta trepidación de un automóvil que le llevaba á situarle nada menos que frente al terrible conde de Rialta. Este pasaba los cinco oros de un cinco de oros, de cinco tiros de pistola. ¡Horrible! ¡Horrible!... Y por una tontería, que resultaba lo peor: un *cine*, una cupletista coqueta sonriéndoles á ambos en palcos diferentes y una refriega á bastonazos en la puerta... Claro que éste no era sino el motivo de explosión de antiquísimos rencores; el conde y el duque se aborrecían á celos de sus sendas famas de audaces y de altivos.

Y el gris torpedo enorme cargado de espadas, pistolas y hombres valerosos, corría y corría incesantemente cuesta abajo al borde de hondos precipicios de rocas y de robles que sólo al menos avezado doctor poníanle de cuando en cuando pavora en las entrañas. Aquello era peor que irse deslizando por la cornisa de un tejado, como él hacía para cazar pájaros cuando pequeño, porque era irse resbalando sobre unas ruedas locas por cornisas del abismo. Angustiadora soledad para águilas y lobos. Ni un alma que los acorriese si cayesen despeñados, y siempre la carretera retorciéndose en difíciles revueltas. Gracias á que las tablillas del R. A. C. E. avisaban los sitios peligrosos.

Ahora, por ejemplo, al final de una larga pendiente cerrada por dos canchos, una previsora tablilla con una Z agudísima habíales advertido la conveniencia de embocarla con mucha precaución. Refrenado el auto, avanzaba lentamente; torció; enfiló la especie de punta infernal que formaban las ingentes rocas llenas de óxidos



cobrizos y de musgos; volvió á torcer en la angostura, salvando un perfil desde cuya alcantarilla, y con grande estrépito, caía un arroyo al fondo de una sima oscura y pavorosa, y cuando salía á una meseta rodeada de malezas y todavía avallada entre peñones... ¡ah!, un hombre á caballo y dos á pie en mitad de la carretera, encinturados de pistolas y puñales y apuntando con fusiles, interceptábanle la marcha é intentaban detenerlo.

—¡Alto! ¡Alto, señores! ¡A parar!

El conductor moderó la velocidad un poco más y los viajeros alzaron en los asientos para mirar á los extraños personajes.

—¡Alto! ¡Alto!—seguía apremiando el jinete.

—¿Qué quieren?—le preguntó San Román al mecánico.

—Que paremos.

El duque se indignaba.

—¡Sigue!—mandó con voz de trueno—. Habrán teleografiado aquí también y serán los guardas de cualquier próxima aldeilla. ¡Tendría que ver! ¡Sigue, y arróllalos si no se quitan!

Fue el *chauffeur* á obedecerle; sin embargo, le hizo parar en seco un disparo cuya bala le silbó junto á la frente.

—¡Qué bárbaro!—Acabaron de sublevarse San Román, el duque y Pancho Cruz, dispuestos á aparearse é imponerle á aquel idiota guarda el correctivo.

Pero, ganándoles la acción, el *guarda*, el jinete, á una arrancada del potro habíase acercado al coche, y bajo la boca misma del fusil conminaba á los viajeros, más explícito:

—¡Manos arriba y pie á tierra to el mundo! ¡Alto al *Chato de Charrasca!*

Endiablada sorpresa la del nombre. Cayó como una bomba. Era el del feroz y sanguinario foragido. Ninguno de los excursionistas había pensado en él durante el abandono de la noche y de la sierra, y he aquí que el alba poníasele delante. Feo, tétrico, horroroso, con su cara de perro echada hacia el fusil, volvió á invitarles á bajar ó «á tostarle á uno la sesera...»; y como no cabía dudar de que lo hiciese, tras aquel ejecutivo disparo que le sirvió de bestial presentación, y como, además, en el trémulo estupor que había paralizado á todos, el *chauffeur* y el médico fueron los primeros que saltaron al camino, Cruz, San Román y el duque acabaron imitándolos.

Otra brutal arrancada del potro, que lanzó al duque casi rodando del estribo, dispersó también á los demás atónitos en el espacio de unos metros.

—Así, y manos arriba, manos arriba, señores.

No se trata de jacerle daño á naide; pero al que tan siquiá me rechiste, lo abraso.

Algo tranquilizó al doctor la aclaración. Temblando dentro de las pieles, con los brazos hacia el cielo, y viendo á los otros cuatro en la misma guisa dentro de las suyas, como osos amaestrados, sólo temía que el intrépido corazón de sus amigos les lanzase en cualquier descuido á buscar las armas para empezar un fregado de tiros que diese con unos cuantos en el suelo.

Mas, no; bajo el fusil implacable, los bravos sorprendidos se dejaban mansamente despojar de pieles y caretas.

Corría la faena á cargo de los dos auxiliares del *Chato*, que les iba dirigiendo:—«¡Los abrigos!» «¡Las chaquetas!» «¡Las cartetas y sortijas, á ver por los bolsillos!»... Uno desnudaba y registraba; otro ataba atrás los codos al que quedaba en mangas de camisa, lo llevaba al tronco de un roble y terminaba de amarrar-

lo; y, últimamente, cuando todos lo estuvieron, el *Chato*, el espantoso *Chato de Charrasca*, se desmontó, llegóse al automóvil, y pistolas y espadas y botiquín y todo cuanto había lo trasladó en un santiamén á las alforjas del caballo.

De pronto el clamor de una bocina lanzó á los bandoleros con su botín en dirección de ella á la angostura de peñones, y no supo el maniata-do doctor si acoger aquello como oportunísimo socorro ó colmo de desdicha: era el auto de Rialta, del fiero é indomable Rialta, con su gente que para mal de todos irían quizás á emprenderla con el *Chato* á tiros y mandobles...

Rato de nueva angustia. Ni veían á los bandoleros sumidos en los canchos, ni aparecía el automóvil ni se podía saber lo que pasaba allí detrás, con el ruido del torrente. Solo aquí los infelices amarrados, ocultando en el silencio su bochorno, y sufriendo con noble resignación la segadura de las cuerdas en los brazos y la dureza de los robles en la espalda.

A la media hora, otro grupo de hombres en mangas de camisa asomó por el porillo, dando tiritones.

Los amigos de Rialta, uno de los cuales había logrado desatarse y desatar á los demás.

Guiados por los gritos con que rato antes clamase el doctor á algún cabrero de la sierra, venían caritativamente á libertarles.

Con la libertad, y ante la muda dignidad de caballeros que ostentaban los llegados, no tardaron éstos tampoco en recobrase á su grave condición de caballeros. Tanto más cuanto que la ausencia de Rialta, que se había quedado allí detrás por odioso respeto al adversario, parecía indicar su ansia de acabar el tremendo duelo cuanto antes. No se habrían llevado los ladrones, tal vez, sus espadas y pistolas.

Aparte el incidente que á todos les tenía en situación algo equívoca, y acerca del cual no había para qué decir ni una letra, restaba siempre la realidad de dos bravos dispuestos á morir. San Román y Cruz apartáronse á conferenciar brevemente con el duque; luego volvieron al grupo y dijo San Román:

—Señores, prontos estamos á no demorar más este azaroso desafío. Aquí mismo se puede efectuar. Traigan las armas y acabemos.

Los padrinos de Rialta se miraron.

—Las... armas!?—lamentó uno, tragando algo de saliva.

Comprendió San Román y prosiguió:

—Bien, señores..., también á nosotros esos sinvergüenzas... Pero, ya que nos han dejado los autos, porque no los necesitarán ó no los sepan guiar, regresemos á Madrid sin pérdida de tiempo, comprándonos algún gabán por el camino, y... ¡Decídselo á Rialta!

—A... Rialta!?—Volvió á atragantarse el que antes contestó.

Y la consternación que expresaron mirándose otra vez los representantes de Rialta fué tan honda, que el duque y los suyos se estremecieron de piadoso horror á la idea de que hubieran matado aquellos miserables.

«No. Se lo habían llevado, únicamente. Por la corona y algún papel de la cartera vieron que era conde, y lo habían secuestrado á la husma de una fuerte suma de rescate».

Estupefacción. ¡Pobre Rialta!

El primer hidalgo impulso de los que tal oían, fué echarse mano á los bolsillos para reunir la suma, y... pero... no tenían ni las chaquetas. Contrariados, apartáronse unos de otros en triste reflexión.

Imponfáseles por lo pronto la evidencia de que sin Rialta era tan imposible el duelo como sin perdiz un guisado de perdiz.

Después de larga é inútil meditación de cada uno, tornó á reunirlos San Román con sonrisa melancólica:

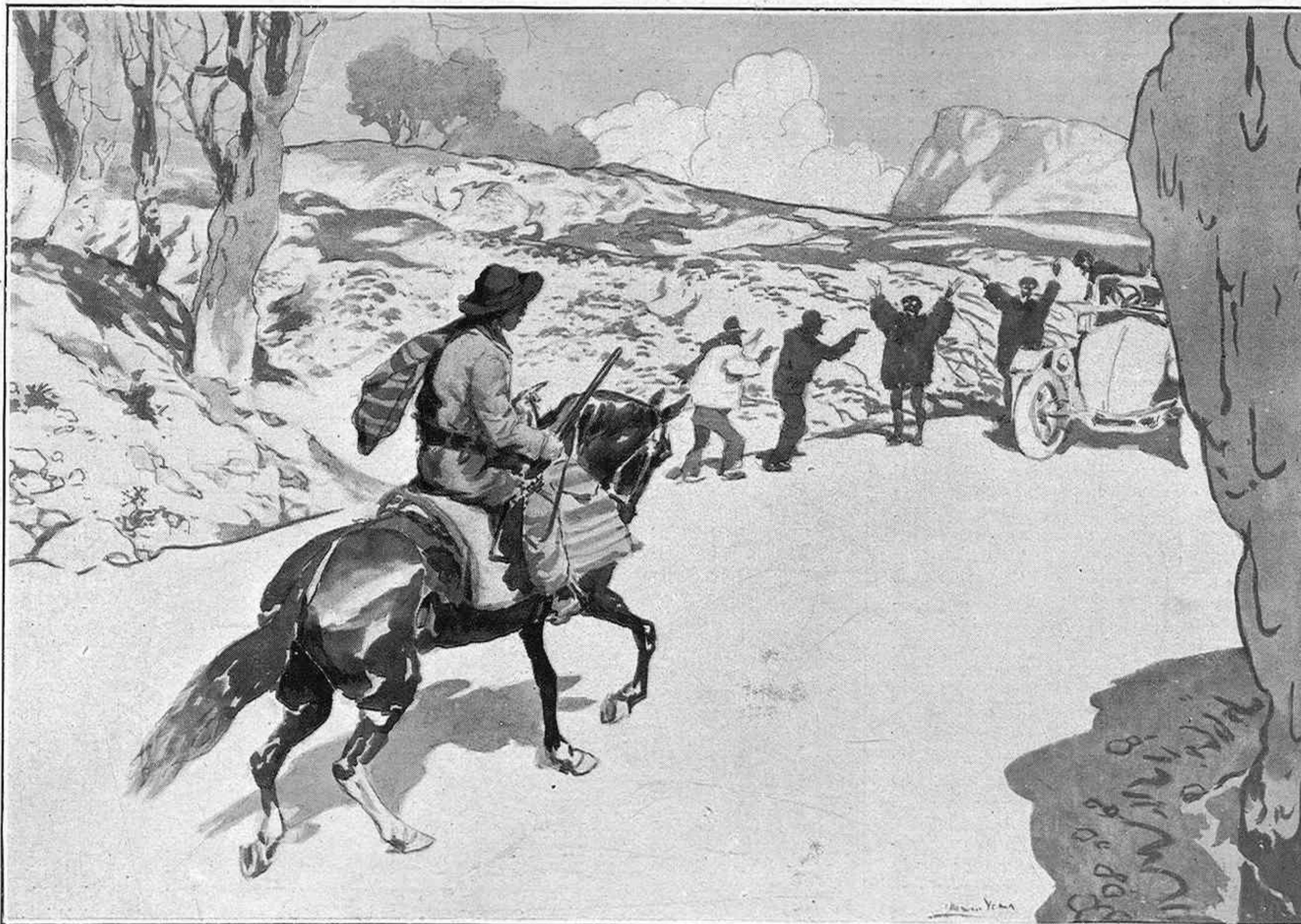
—Señores, seguramente á ustedes se les ha ocurrido, si tuviésemos armas, arrojarnos á la persecución de esos granujas á fin de liberar al conde é imponerles la pena merecida; mas... no las tenemos; le sería por otra parte peligrosa tal persecución á la vida misma de Rialta, y entiendo que debemos regresar á Madrid olvidando para siempre y para todos la hazaña de que á traición nos han hecho objeto tan cobardes y haraposos sinvergüenzas.

Asintió el concurso. Hacía demasiado frío para esperar y se lanzaron á los autos. Sin decirlo, todos manifestaban en la cara la angustia convicción de que quedaban perfectamente á salvo sus honorabilidades. El duelo no dejó de efectuarse por su culpa, sino por la de los tres cobardes y desastrados sinvergüenzas. No estaba previsto el caso en el código del honor, y nada les había obligado, pues, á ponerse á pelear con ellos á trastazos, lo mismo que gañanes.

Únicamente el doctor no iba enteramente persuadido de que fuesen tan cobardes aquellos tres haraposos sinvergüenzas que, á más de cargar con uno, habían dejado en camisa á ocho ó nueve indomables caballeros.

FELIPE TRIGO

DIBUJOS DE MEDINA VERA



HISTORIAS DE ANTAÑO



EL CONDE DE ARTOIS
á los quince años



EL CONDE DE ARTOIS
antes de ser Carlos X

UN amigo mío, gran coleccionador de antiguallas, posee una estampa notable por varios conceptos, que representa á la encantadora actriz de la Comedia francesa Mademoiselle Contat, ataviada con el traje de cierta obra de Molière.

Es un retrato que según la moda reinante á fines del siglo XVIII, tiene al pie el nombre de la persona retratada y una dedicatoria del autor. En el caso presente cuatro renglones cuya traducción, sin quitar punto ni coma, es como sigue:

«La señorita Contat en la Celimena del Misántropo. A monseñor el Conde de Artois, decidido protector de las artistas.

1781

BAUDOIN»

¿Por qué esta dedicatoria tan parecida á un epigrama? He aquí un enigma que me ha costado algún trabajo descifrar, ya que los biógrafos del Conde—más tarde Carlos X—no hablan generalmente de los amores de tan alto personaje con la bella y graciosa retratada.

ooo

Yo no recuerdo, la verdad ante todo, si la imagen de Mlle. Contat figura en el saloncillo de la Comedia francesa junto á los retratos de las señoritas Clairon, Lecouvreur y Dumesnil, codeándose, si así puede decirse, con Mlle. Mars, la Rachel y Magdalena de Brohan. Creo que no, pues la distinguida artista de quien nos ocupamos fué, según mis averiguaciones, más notable por sus encantos físicos que por su talento.

Es exacto que en las Memorias del mariscal de Richelieu se dice de ella que produjo verdadero furor representando las «Folies amoureuses», pero como el malicioso autor no expresa claramente dónde alcanzó la linda comedianta sus sonados triunfos, lo mismo puede suponerse que se refiere al Teatro des Fosses Saint-Germain que al escenario mucho más amplio de la vida galante.

Fué realmente la «petite marchande de marée»—así llamada porque su digna madre tuvo el mismo oficio que Madama Angot—, una belleza tan célebre por sus «locuras amorosas» como las señoritas Arnould y Guimard, asemejándose bastante más á la segunda que á la primera. No habría sido capaz de imitar á la gran Sofía en sus soberbios rasgos de generosidad y desinterés; pero emulaba en locas elegancias y excentricidades á la amada del montero mayor, príncipe de Soubise.

Mlle. Contat llegó á ostentar un lujo escandaloso. Tenía palacios, doradas literas, carrozas, caballos y tantos diamantes, esmeraldas, perlas y rubíes, como serían necesarios para seducir á veinte Margaritas.

Era una mujer, que—á pesar de su humildísimo abolengo—no podía comprender cómo vivían las gentes que sólo poseían treinta mil libras de renta.

ooo

Fué el año de 1780, cuando el hermano menor de Luis XVI pretendió que la Contat honrara con sus gracias la preciosa finca de recreo nombrada «Bagatela», propiedad de aquel *truhán divertidísimo* como le llamaba su real cuñada María Antonia.

La actriz, que se hallaba perfectamente entretenida en arruinar á cierto Maupeon, parricida del famoso canciller, y á dos caballeros de San Luis, cuyos nombres no ha conservado Clío en sus anales, contestó al futuro Carlos X con una carta de poquísimos renglones:

«Se hallaba dispuesta á complacer á S. A., pero necesitaba estar convencida de que no se trataba de un capricho momentáneo.»

El conde, algo asombrado por tales manifestaciones, incomprensibles, tratándose de una mujer de teatro como la Contat, fué á visitarla y, con perfecta cortesanía, le pidió puntualizara sus deseos.

—Quiero—dijo ella—que monseñor me prometa amarme tiernamente, fielmente, y si no eternamente, durante largo tiempo. Nada más. El príncipe se echó á reír.

—Yo no sé cómo se hacen esas cosas—respondió.

—Entonces, V. A. debe permitirme que continúe con aquellos que las saben hacer.

No ocurriéndosele nada que contestar á estas palabras, Monseñor tomó su sombrero, hizo un saludo parecido á una pirueta y, para ocultar su despecho ó distraerse, se refugió en el Trianón, donde la reina, los dos Polignac, Dillon, Vandreuil y Benseval, ensayaban una de aquellas comedias caseras que silbaba con la fruición el infeliz Luis XVI.

A pesar de tan jocunda compañía S. A. pasó toda la tarde aburridísimo, y no habiendo podido dormir aquella noche pensando en las absurdas pretensiones de la señorita Contat, al día siguiente, muy temprano, encaminóse á casa de la

rante algunas semanas: tres ó cuatro. Al cabo de ellas, un día, el conde—quien, según refiere M. de Haussonville, estaba acostumbrado á vencer los obstáculos mayores merced á su afabilidad, discreción, cortesía y conocimiento de las mujeres y los hombres—se encaminó á casa de la hermosa.

Como era lógico, sabida la versatilidad del corazón femenino, el nieto de Luis XV, llegó, habló y venció. Costóle tan poco la reconquista de la bella ofendida, como á César triunfar de Farnaces.

Firmada la paz, proscriptos Maupeon y sus comanditarios que habían vuelto á serlo porque los hombres somos esclavos de nuestras malas costumbres, reducidos á la condición de duendes, seres que se filtran por una pared y se ocultan en cualquier parte, los amantes del corazón—quizá M. Parny que luego llevó al altar á nuestra gran coqueta—, la flor, entiéndase Mlle. Contat, logró que la mariposa dejase de mariposear durante varios meses; pero habiendo comenzado á representar la comedia del perfecto amor, fiel y sobre todo desinteresado, las relaciones con monseñor fueron, para la codiciada y codiciable artista, causa de serios trastornos creatísticos.

Ella no había sido una hormiga sino una cigarra. Los montes de oro que depositaran á sus pies los enamorados habíanse fundido ante cien caprichos costosos, como se funde la nieve ante el sol de los países tropicales: habiendo podido competir en riquezas con cualquier Arrendador general veía dibujarse en no lejano porvenir años enteros de enojosas economías, para ella primas hermanas de la miseria.

Entonces como primeras paralelas puestas al bolsillo de monseñor, imaginó imitar sobre un papel timbrado una citación judicial motivada por cierta deuda insignificante—el adjetivo pertenece á la Contat—; por miserables 20.000 libras.

Colocado el falso documento como al descuido en sitio bien visible, Carlos de Borbón, que tenía la censurable costumbre de curiosear en los cajones de sus amadas, vió y quiso leer.

Mlle. Contat imitando maravillosamente la actitud de una mujer disgustada, contrariada, avergonzada, confusa, luchó porfiadamente con el príncipe para arrebatarle aquel papelucho «que contenía cosas desagradables que sólo á ella interesaban, que él no debía saber...» Vencida á la postre, el príncipe después de reconvenirla blandamente por haberle ocultado aquellas pequeñas dificultades pecuniarias, pidió autorización para arreglarlas satisfactoriamente, y otorgada ésta entre dulces lágrimas de reconocimiento, á las veinticuatro horas recibía la actriz el documento siguiente dentro de un sobre sellado con tres flores de lis:

«De parte del Rey: Deseando S. M. facilitar á la señorita Contat el arreglo de sus asuntos, le ha concedido este salvoconducto valedero por un año, durante el cual, los acreedores de dicha señorita no podrán ejercer sobre ella ni sobre sus bienes, ninguna violencia.»

ooo

No hay qué decir la cólera de «Celimena» al ver burlada su hábil combinación. Lo agrio, lo amargo, lo punzante del desengaño la movieron á escribir al príncipe una carta pobre, vulgar, desmañada, insolente...

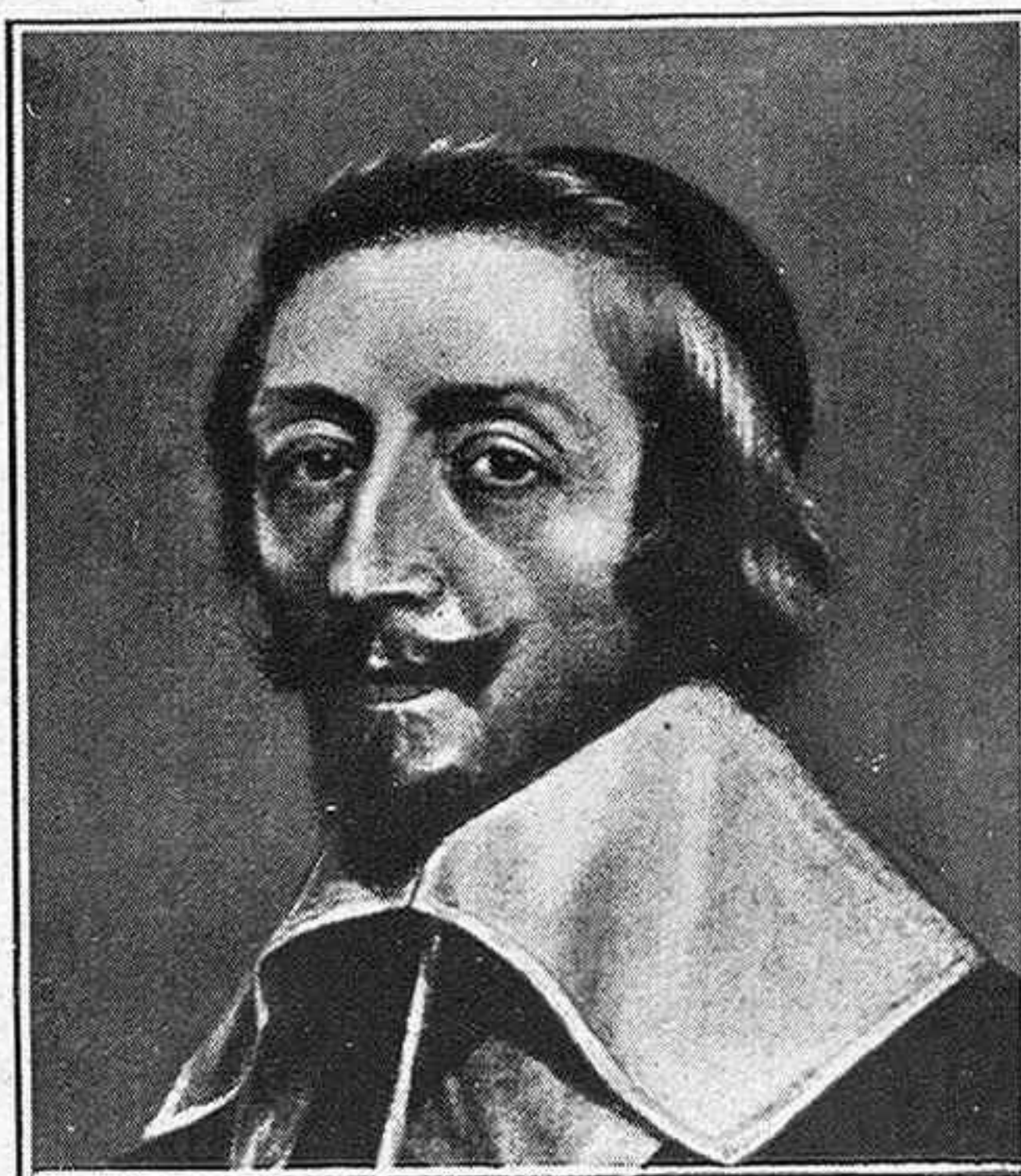
El se apresuró esta vez á contestar.

En vista de tan injustificados insultos rompía todo género de relaciones con la señorita y le participaba que bien meditado el caso no podía admitir la paternidad del ser aún no nacido con que ella pretendía obsequiarle.

Y el conde, para el cual la existencia de los amorosos duendes no era un misterio, daba sus razones:

Quien se ha sentado en una zarza, es difícil que pueda puntualizar qué espina le punzó.

José FERNÁNDEZ AMADOR DE LOS RÍOS



EL CARDENAL RICHELIEU

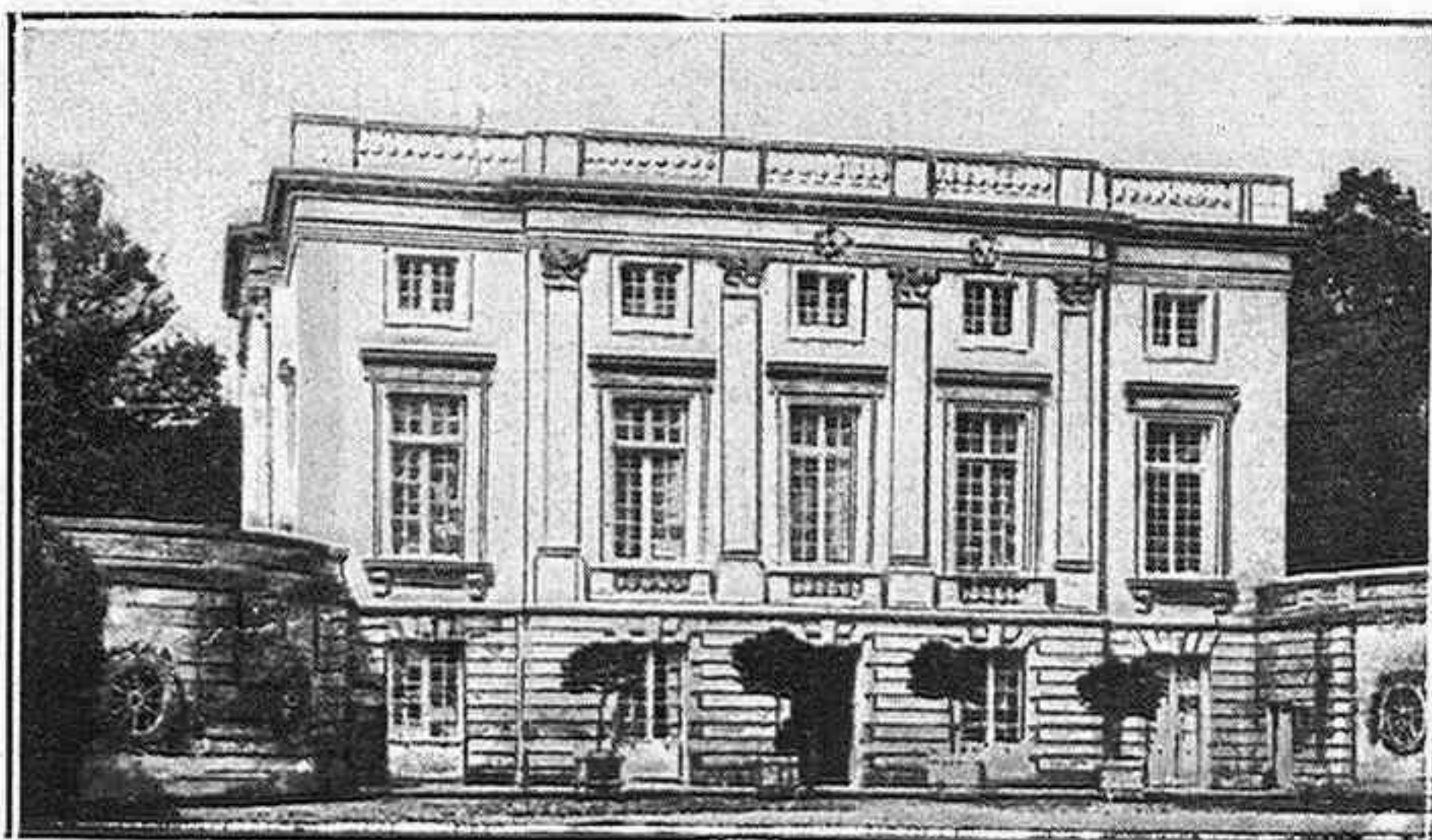
artista decidido á ofrecer bajo su fe de caballero, lo que estaba seguro de no cumplir.

Ella, porque siempre creemos con facilidad cuanto satisface nuestros deseos, no dudó de las palabras del príncipe. Gozosa rindióse inmediatamente, y aquel fué el más tierno y, al parecer, el más dichoso de los amantes, durante seis días. Al séptimo descansó; quiero decir que no pareció por el hotel ni por el camerino de la joven. En cambio la envió una preciosa caja de chinos que contenía 150 luises.

Imagínese el furor de la señorita Contat. Con igual violencia que Tarfe, agarró una pluma, y sin emplear cortesías eufemismos, escribió al perjurio devolviéndole su presente «porque sus anteriores amantes, gracias á Dios, la habían puesto en situación de poder rechazar mezquinos regalos.»

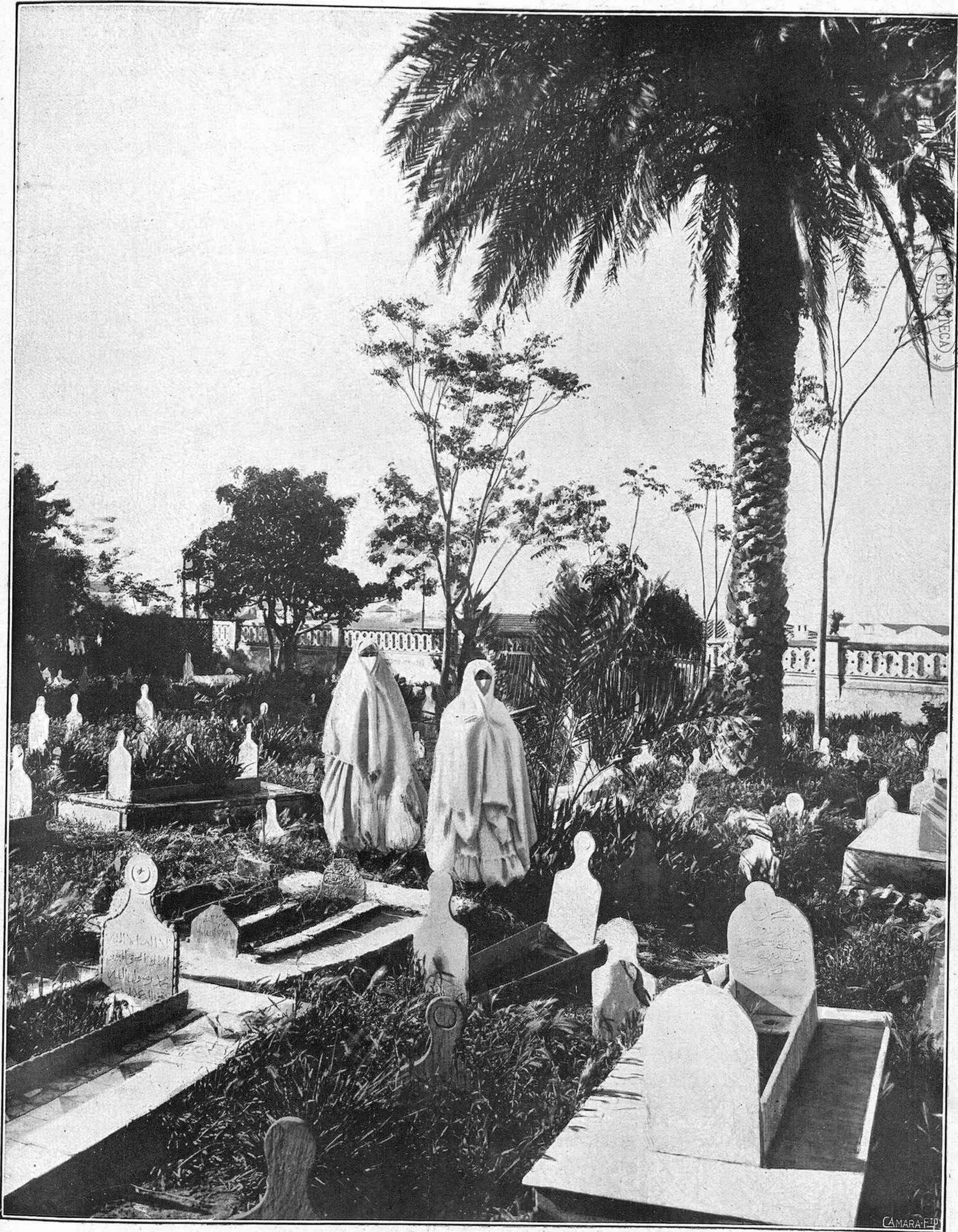
ooo

Esta carta comentada alegremente por los familiares de Trianón no recibió contestación du-



El pequeño Trianon

PANORAMAS ARGELINOS



UN CEMENTERIO MUSULMÁN, EN ARGEL

PÁGINAS POÉTICAS



ENSUEÑO ROTO

En un remoto ensueño me sonríes,
toda vestida de un albor lejano...
Tan solo entre la nieve de tu mano
sangra como una herida de rubíes...

Más blanca que los blancos alelís,
más vaga que el aliento de un pantano,
en un humo de nácar sobrehumano
hecha Luna, en la Luna te deslíes!...

Palideces, te esfumas y te alejas
en la blancura de lo Incognoscible,
disipándote en ella como un mito!...

Y cuando te disipas, sólo dejas,
en mis carnes, anhelos de imposible,
y en mi alma, nostalgias de infinito!

F. VILLAESPESA

DIBUJO DE MOYA DEL PINO

MOYA DEL PINO

CAMARÓN

LA ESFERA

ARTE FOTOGRAFICO



EL FAVORITO

Composición fotográfica de Francisco Gómez Durán



OFICIALES DE ESTADO MAYOR INGLÉS, ALOJADOS EN UN CÁSTILLO SEÑORIAL FRANCÉS, RECIBIENDO LAS ÚLTIMAS NOTICIAS DE UN COMBATE, TRAJIDAS POR UN MENSAJERO DESDE LA LÍNEA DE FUEGO

Dibujo de Matania

LA ESFERA

ESPAÑA MONUMENTAL Y ARTÍSTICA



PUERTA DE ENTRADA Á LA CATEDRAL DE ÁVILA, ABIERTA ENTRE LAS DOS TORRES
QUE LIMITAN LA FACHADA PRINCIPAL

Fot. López Beaubé

POR TIERRAS LUSITANAS



Un hermoso panorama de Cintra

LOS CASTILLOS DE CINTRA

Poor, paltry slaves! yet born amidst noblest scenes—
Why, Nature, waste thy wonders on such men?
Lo! Cintra's glorious Eden intervenes
In variegated maze of mount and glen.
Ah, me! what hand can pencil guide, or pen,
To follow half on which the eye dilates,
Trough views more dazzling unto mortal ken
Than those whereof such things the bard relates,
Who to the aw struck world unlock'd Elysium's gates?

«Child Harold's Pilgrimage.» LORD BYRON.

Cintra deja en el alma de los que una vez la visitan una impresión inolvidable, cuya *saudade* debe acompañarlos siempre, porque Cintra es uno de esos lugares idealmente fantásticos que hemos soñado alguna vez ante un paisaje de Van-der-Neer ó ante una descripción virgiliana. Es algo que supera á toda realidad; un esfuerzo de la naturaleza que quisiera sobrepasarse y superarse á sí misma. Aun después de conocer los paisajes más bellos de la tierra, Cintra sorprende con su grandiosidad. Richard Strauss confesaba que, aun habiendo viajado por Italia, Sicilia, Grecia y Egipto, no había visto nada comparable á Cintra, y creía reconocer en su parque el verdadero jardín de Klingsor, coronado por la cima del Santo Grial, en la cima de la montaña de *la Luna*, nombre primitivo de Cintra (Cynthia), donde la diosa Diana tuvo templo en la antigüedad.

La Luna preside en Cintra; es el suyo un paisaje lunar por su placidez, por su calma, por su melancolía, por su dulzura. Tiene, á pesar de su exuberancia, sosiego y suavidad de luna; en ese bosque magnífico que se anuncia desde que

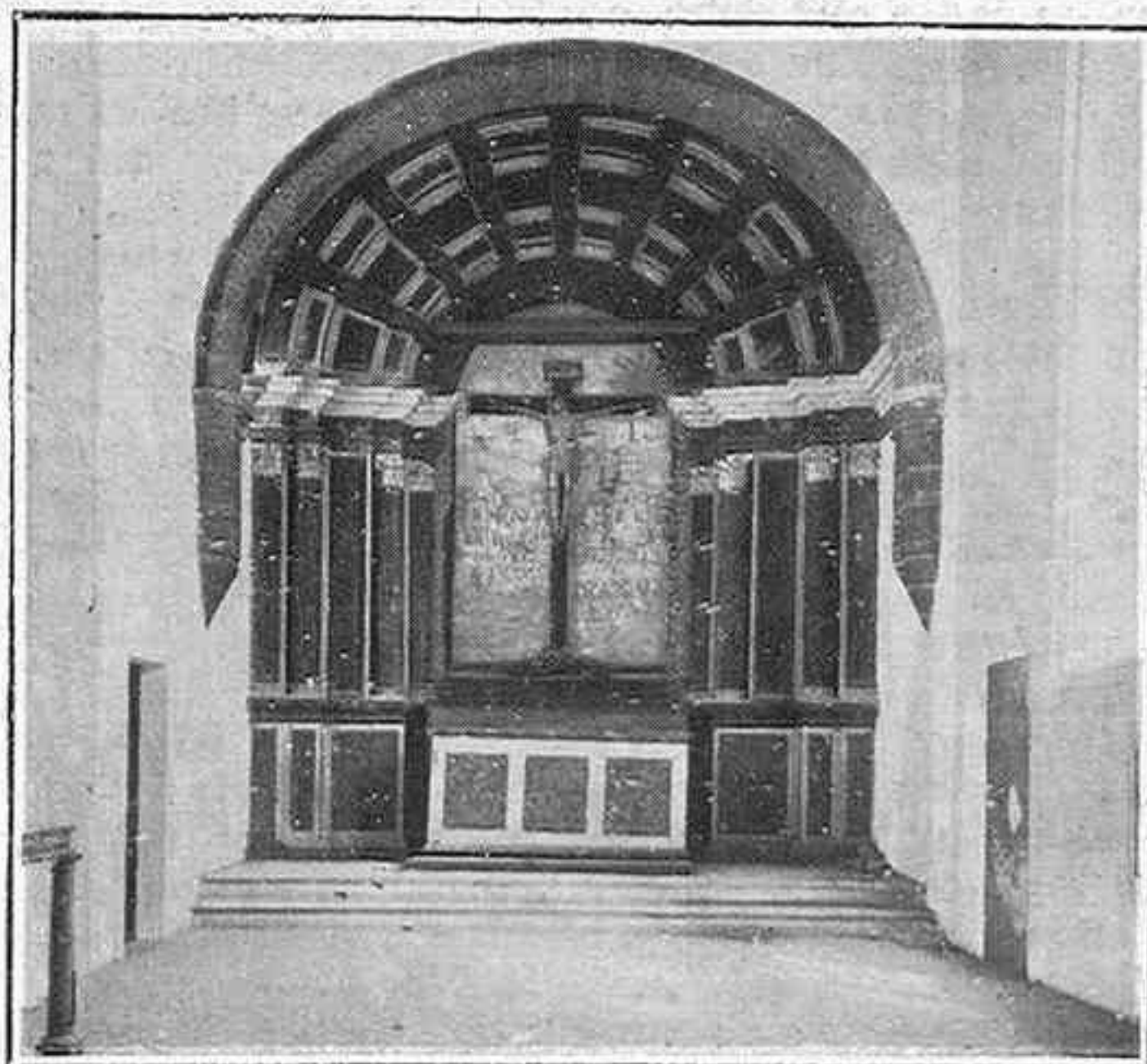
se sale de Lisboa, el sol penetra con suavidad, con delicadeza, y parece en su silencio estar poblado de esa armonía de las noches llenas de misterio, que se confunde con el silencio mismo. Cintra es lugar de paz y de reposo.

Se ve bien la predilección que todos los que la conocieron han sentido por Cintra. Aquí hay ruinas de ciudades primitivas y de templos ro-

manos. El edificio más antiguo que se conserva, el Castillo de los Moros, sobre uno de los picos del monte, puede formar una decoración de leyenda oriental, destacándose con sus viejos torreones ruinosos y sus almenas de piedra, del fondo azul del cielo en aquella inmensa llanura, que se extiende hasta la orilla del Atlántico, velada por tenues celajes de gasa los cuales le dan mayor idealidad y contribuyen á esa nota pacífica, tenue, mística que se respira en todo el paisaje.

Todos los alrededores, y el encantado pueblecillo de Cintra, están como cobijados en el regazo del monte. Villas, hoteles, quintas y palacios se vislumbran entre las frondas. En una de ellas habitó Lord Byron, ese amador de los bellos paisajes que cantó los mármoles de Venecia, el encanto de Pisa y la grandeza de Cintra, «el glorioso Edén». Los jardines de Cintra son realmente asombrosos; es bosque y jardín toda ella. No hay vegetación más espléndida en toda Europa, ni más exótica ni más tropical. La araucaria del Brasil, los eucaliptus y las leucodendras forman bosquecitos féricos entre los altos pinos, que se pierden en el aire de un modo que recuerda el bosque de nuestra Alhambra. Las fusias, las hortensias y los heliotropos mezclan sus flores con los jazmineros y los rosales; por todas partes hay lagos, estanques y corrientes de agua que cantan su canción cristalina y mimosa. Estos bosques necesitan los castillos como un coronamiento.

El más alto es el castillo de la Pena. Su nom-



Altar de la capilla del Palacio de Cintra





Vista de Cintra y del Palacio Real

bre parece profético cuando, recorriendo los salones, vemos las estancias de los fugitivos reyes D. Manuel y Doña Amelia tal como las dejaron cuando el 5 de Octubre de 1910 se proclamó la República en Portugal. Están allí las camas deshechas, la mesa de lectura con el periódico abierto; todo mudo y abandonado en la huida.

Sólo el castillo parece inmutable en su grandeza sobre su solio de rocas. Da la impresión de una ciudadela compuesta de numerosos edificios agrupados, de distintos estilos, en un conjunto armónico y pintoresco.

Este soberbio castillo está construido sobre los cimientos de un convento de Jerónimos, que eligieron ese apartado lugar de retiro para en-

viar al cielo sus plegarias. Desde ese pobre monasterio de madera divisó el rey Manuel I los galeones que volvían de las Indias después de abrir al mundo las puertas del Oriente, y en su memoria construyó el edificio en piedra, donde más tarde, extinguida la orden monacal Fernando II, hizo el nido de sus amores con la condesa Ellda, su esposa morganática.

En la fachada principal lucen hermosas muestras de la influencia que el descubrimiento de la India ejerció sobre la arquitectura portuguesa. Bajo este influjo nació el estilo *Manuelino*, que es un gótico portugués, un gótico de último período que se modifica con las tendencias del Renacimiento y transforma la curva ogival en el arco de vuelta entera. Pero lo que lo caracteriza en Portugal es la decoración, en la que entran manifestaciones de la fauna y de la flora marítima y de algunos ídolos y plantas indios, á los que los descubrimientos portugueses pusieron en evidencia. La cuerda, la esfera armilar y la Cruz de Cristo son símbolos que se repiten continuamente.

Este estilo manuelino puede decirse que es el último adiós del arte de la tradición ogival. No es un estilo que deba confundirse con el plateresco, al que se asemeja por la prodigalidad de la ornamentación. Así como el manuelino es la última fase del gótico, el plateresco hay quien lo considera como la primera fase del Renacimiento. El manuelino es indigno de Portugal; del plateresco, tan abundante en España, sólo se hallan escasos ejemplares, como los que existen en el convento de los Jerónimos de Lisboa, ejecutados en la época de la dominación de Felipe II, y por lo tanto de origen español. La diferencia entre los dos estilos es allí marcada, y se nota la superioridad del manuelino, viendo aquellas columnas que han roto el módulo clásico para elevarse audazmente y terminar en ese anillo que forma su extraño capitel, desdoblándose en las duras aristas de la bóveda para formar como un túnel de palmeras de piedra, de un encanto indescriptible y lleno de grandiosidad.

Pero el castillo más histórico de Cintra es el *Palacio Real* (hoy *Palacio Nacional*), que sirvió últimamente de morada á la reina Doña María Pía, cuya memoria es grata á los republicanos portugueses.

Este palacio ofrece una irregularidad elegante en su arquitectura, con sus altas chimeneas cónicas, como enormes panes de azúcar, y sus ventanas árabes. Ejerce además la sugestión de la historia, que hace pasar ante nuestros ojos la vida patriarcal y galante de los antiguos soberanos de Portugal. Tal vez allí, antes de que Juan I fijase en él su residencia, tuvieron los moros una Alhambra; parece revelarlo la disposición irregular del interior y el número de terrazas, parques y jardines. Este palacio ha sido morada veraniega de todos los reyes portugueses, entre los que se incluyen los tres Felipes de la casa de Austria, que fueron á la vez reyes de España.



Pintura al fresco del siglo XV, descubierta debajo de un altar en la capilla del Palacio de Cintra



Ventana de estilo gótico florido de la época de Alfonso V, descubierta en la capilla del Palacio de Cintra

ROSARIO DE AMOR Y DE DOLOR



BIBLIOTECA
MADRID

Fuiste una rosa en medio del camino;
en mi agitado mar, seguro puerto;
oasis y palmera en mi desierto
y descanso del pobre peregrino.

Sonrió la ternura en tu divino
rostro de virgen; fuiste el cielo abierto
á la fe y la esperanza, en el incierto
porvenir de mi trágico destino.

Tú fuiste el agua que brotó en la roca;
la calma de mi pena y mis enojos,
y la salud para mi mente loca.
Y en mi senda de espinas y de abrojos,
puso tu amor la fuente de tu boca
y el sereno remanso de tus ojos.

Fuiste rosa temprana. Tus colores,
que la traidora muerte ha marchitado,
eran un triunfo en el jardín lunado
donde trinan de amor mis ruiñeños.

De la suerte enemiga á los rigores
quedó mi pobre hogar abandonado:
mi corazón es un jardín cerrado
donde ha muerto el rosal de mis amores.

En tu boca pequeña y encendida,
toda mi vida ardiente y voluptuosa
como una abeja se quedó prendida;
más la muerte, celosa y envidiosa,
tronchó el esbelto tallo de tu vida,
breve como la vida de una rosa.

Muerta estabas; los besos no sentiste
que, loco de dolor, te dí al perderte;

la sensación helada de la muerte
fué todo lo que á mi ansia devolviste.

Por el recuerdo de esa noche triste
lloran mis ojos que no pueden verte,
y odio la tierra que logró tenerte
y envidio la mortaja que te viste.

Ya ni á la voz de mi dolor despierta
tu hermosura dormida en esta fosa;
pero en la tierra que á mi amor te esquiva,
brotará de tu pobre carne muerta
por cada beso que te dí, una rosa
con el aroma que exhalabas viva.

¡Ay, yo que nunca tuve primavera
la hallé en los besos de tu amor un día,
y me dieron tus labios ambrosía,
y perfumes me dió tu cabellera!

Eras la realidad de mi quimera,
suave consuelo en mi melancolía,
idea y ritmo de mi poesía
eras la dicha... ¡y fuiste pasajera!

Ante la injusta guerra de la suerte,
en vano á Dios resignación le pido,
en vano quiero estar tranquilo y fuerte:
perdí la juventud, pues que he perdido
tu dulce amor vencido por la muerte,
¡y vencedor en mi alma del olvido!

Ya de tus labios en la fuente pura,
no he de apagar la sed que me devora;

llena del llanto que mi pena llora,
mi vida es una copa de amargura.

De mi recuerdo en la tenaz locura,
surges como un fantasma, hora tras hora,
y eres la triste sombra de mi aurora
y el fuego fatuo de mi noche oscura.

¡Señor, Señor, piedad de mi quebranto!
Llévame ya, si tan severo humillas
el orgullo de haberla amado tanto,
que ya no puedo recobrar la calma,
recordando el abril de sus mejillas
en este invierno que me hiela el alma.

¡Muerta del corazón, muerta querida!
Aunque de ti me separó la suerte,
tan viva estás en mí, que sueño verte
en mi lecho de amor adormecida.

No temas, no, que el alma no te olvida:
tu recuerdo es tan hondo y es tan fuerte,
que eres toda la vida de mi muerte
y eres toda la muerte de mi vida.

Descansa en paz, bajo el azul sereno.
Seguiré siendo triste y siendo bueno
como tú me quisiste; y si á mi puerta
de un nuevo amor llega el mentido encanto,
yo sabré responder, deshecho en llanto,
¡que estoy enamorado de una muerta!

FELIPE SASSONE

Madrid, estio de 1915.

DIBUJO DE BARTOLOZZI

LO QUE FUÉ
EL BAILE DE FERNÁN NÚÑEZ

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)



EL DUQUE DE TAMAMES

del Arte, fué en aquella inolvidable noche albergue donde se citaron la hermosura, el ingenio, la riqueza, el buen gusto y la generosidad, y en concordia fascinadora hicieron alardes, que no se borrarán jamás de la memoria, aunque las crónicas anduviesen perezosas para recordarlos.

Era condición impuesta á cuantos estaban invitados por los duques, asistir al sarao con disfraz; de la condición, sólo estuvo excluido el Rey D. Alfonso XII, quien tomó parte en el baile vistiendo el uniforme de gala de Capitán general.

La Reina doña María Cristina lució un precioso vestido de dama del siglo XVIII, y la infanta doña Paz, que estaba á punto de casarse con el príncipe don Fernando de Baviera, otro atavío de la época de Luis XV. En el baile hubo más de cuatrocientos convidados y todos se presentaron engalanados con gusto y magnificencia.

El duque evocó la figura de Felipe II y la duquesa el traje de las mujeres que fueron asombro de la corte de Luis XIV. Era el de don Fernando de Baviera, correspondiente á la época de Carlos I de España, y los más linajudos próceres escogieron disfraces con arreglo á cuadros y estampas de antiguos tiempos.

Además desfilaron por las salas deslumbradoras comparsas brillantísimas. Una titulada Comedia del Arte, al frente de la cual iban la infanta doña Isabel, representando á Coralina y la infanta doña Eulalia á Colombina. El duque de Tamames y el marqués de la Mina, formaban



LA MARQUESA DE VALDEOLMO
antes condesa de Villagonzalo

EL 26 de Febrero de 1884 se celebró en Madrid, y en el palacio de Cervellón, el baile más famoso de la época; fiesta acaso no parecida á ninguna de las aristocráticas verificadas después. La señorial residencia de los duques de Fernán Núñez, que reúne junto á los recuerdos históricos las grandiosidades

con las augustas señoras dos parejas en la artística mascarada, donde figuraron con vestidos primorosos la duquesa de Alba, la condesa de Peña Ramiro, la señora de Silvela y la entonces señorita de Osuna, que fué después señora de Cánovas del Castillo. Además de la comparsa de la Comedia, hubo otra que rememoraba los esplendores cortesanos de Versalles en el período de Luis XV.

Hizo los honores á la familia Real, dentro del palacio, una compañía de lanzas del Regimiento fijo de Sicilia, compuesta por jóvenes aristocráticos, quienes ateniéndose á viejos documentos y figurines, resucitaron el ya extinguido cuerpo militar.

Vestían los soldados casaca blanca con vueltas encarnadas, calzón blanco, chupa y medias encarnadas; tocábanse con chambergo y en vez de fusiles tenían alabardas.

Los soldados del fijo de Sicilia dieron nota bizarra en el conjunto fastuoso de la fiesta, prolongada desde las primeras horas de la noche del 26, hasta que despuntaba el día 27. En la calle de Santa Isabel se agolpaba el gentío para contemplar á cuantos concurrían al baile; y se habló de él en Madrid, antes y después de celebrado, en las casas de todos, grandes, medianos y chicos. Aunque me tilden de maniático, diré que ya no pueden recrearse ni la vista ni el espíritu con fiestas como aquella de Fernán Núñez, donde el dinero se gastaba con agrado para el gusto artístico y con ventaja para el comercio y los trabajadores, siempre gananciosos con tales alardes.

Ahora se vive para y con el automóvil. Todo es viajar, ir de una parte á otra sin tiempo para proveer á espectáculos, donde la riqueza se convierte en servidora obediente del buen gusto. ¡Bailes soberbios, certámenes esplendorosos! ¿Quién los combina, cuando apenas se permanece en Madrid unos cuantos meses y el resto del año se pasa en el tragin de ir cruzando carreteras á fuerza de neumáticos y de gasolina, que por cierto cuestan un sentido?

En aquellos días hubo otra solemnidad, de carácter distinto de la celebrada en casa de los duques de Fernán Núñez. El Ateneo inauguró su nueva casa; el Rey pronunció un discurso; Cánovas del Castillo otro; Laureano Calderón leyó una memoria hermosísima en la sección de Ciencias, y Jacinto Octavio Picón otra no menos bella en la sección de Literatura.

Al trasladarse el Ateneo, desde la calle de la Montera á la del Prado, fué ganando en vivencia, pero acaso perdió un poco en entusiasmo. Se extinguieron lentamente las sesiones, en que contendían los oradores más famosos de la época; cesaron las veladas, donde brindaban el fruto de su ingenio los poetas más esclarecidos; se cerró la tribuna, donde impetuosos, arrogantes, amenazadores pedían los jóvenes puesto de lucha en el mundo, para ser luego en él gobernantes, literatos, sabios; en resumen, individualidades directoras de la vida nacional.

Recuerdo que al empezar el año 1884, comentamos mucho que Castelar y Cánovas pasearan juntos por el Retiro; extrañó el caso, por que aún siendo los inclitos personajes amigos desde la adolescencia, eran resueltos adversarios políticos.

Ahora eso no chocaría, por que los de un lado y otro platican á toda hora y con toda confianza, y á veces no en lugares tan inocentes, por lo públicos, como los frondosos del Parque de Madrid.

Don Eugenio Sellés estrenó aquel año en la Comedia una suya titulada *Las Vengadoras*, que es muy hermosa, pero que entonces se rechazó ¡por audaz! En cuanto á zarzuelas obtuvieron grandes ganancias con *El Reloj de Lucerna*, Marcos Zapata y Marqués, y en el Real cantaban *Los Hugonotes* la Theodorini y Massini. Recuerdo que éste, en la primera noche, mientras cantaba el famoso dúo del cuarto acto, al oír unos leves é injustos siseos, salió corriendo del escenario, dando por terminada la función.

Se produjo el consiguiente trastorno y el artista ofreció luego explicaciones del suceso, atribuyéndolo á repentina indisposición.

Gayarre nos abandonó aquel año por París, donde obtuvo el éxito merecido por sus cuali-



SS. AA. RR. LAS INFANTAS DOÑA ISABEL Y DOÑA EULALIA

dades singulares y hasta ahora no igualadas por nadie.

¡Qué voz la suya y qué talento el que servía con arte á los celestiales alardes de aquella voz!

En Variedades tuvimos revista de Lastra, Ruesga y Prieto, con música de Chueca y Valverde titulada *Vivitos y coleando*.

Todo Madrid asistió á las representaciones de tal pieza, donde se cantaba el estribillo popularizado durante algunos años:

— Cuatro boqueroncitos diéronme de comer y una sardina arenque me sirvió el café, y como me abrasara, agua por Dios pedí y un camarón me dijo: de eso sí que no hay aquí.

La política andaba bastante revuelta.

Se descubrió una conspiración zorrillista y metieron en la cárcel al brigadier Villacampa, á D. Santos Lahoz, personajes que ha tiempo desaparecieron del mundo, y á D. Valentín Morán, un dignísimo profesor de Matemáticas, que aún por fortuna vive, y que se alejó de ciertas luchas harto de consagrar á ellas talento y entusiasmo.

Y en tanto, Sagasta recibía el homenaje de sus leales, quienes después de la contienda contra los izquierdistas, ofrecieron á su jefe un album con firmas. Al entregárselo, pronunció un discurso D. Agustín de Laserna, el que después fué barón del Sacro Lirio, y á toda hora un parlamentario elocuente, instruido y animoso, que desertó de la vida, sin que en ella tuviese ocasión la justicia de acceder á legítimas aspiraciones, caso que revela cómo en la Tierra, eso de la distribución de los dones no es cosa tan equitativa como pregonan los afortunados.



EL MARQUÉS DE LA TORRECILLA
FOTS. DEBAS Y BARCIA

Por la transcripción,

J. FRANCO RODRÍGUEZ

EL ARTE CATALÁN CONTEMPORANEO
JUAN LLIMONA



El ilustre pintor D. Juan Llimona, en su estudio

FOT. SERRA

EN el Salón Vilches de la calle del Príncipe, se celebra actualmente una Exposición interesantísima. Tres artistas catalanes han reunido allí sus obras. Estos tres artistas tienen una reputación gloriosa y sólidamente afirmativa. Desde la Academia de Bellas Artes el uno; desde la Academia de San Lucas los otros dos, van moldeando las almas jóvenes, inculcándoles sus criterios lim-

pios y puros de la verdadera belleza. Estos tres artistas son: el pintor Félix Mestres Borrell, el pintor Juan Llimona y el escultor José Llimona.

Cuando nuestro viaje á Barcelona, visitamos sus estudios respectivos. Vimos todos los aspectos de su obra, los realizados y los embrionarios; dejamos vagar las horas oyéndoles defender sus sendas teorías estéticas y formamos el propósito de buscar ajenas simpatías para estos artistas que tanto se acercaron á la nuestra propia.

Ahora vienen ellos á Madrid. Desean que Madrid les conozca y les juzgue á ellos que tantos y tan altos triunfos han obtenido en Cataluña. Sucesivamente iremos reproduciendo y comentando sus obras. Empecemos hoy por Juan Llimona.

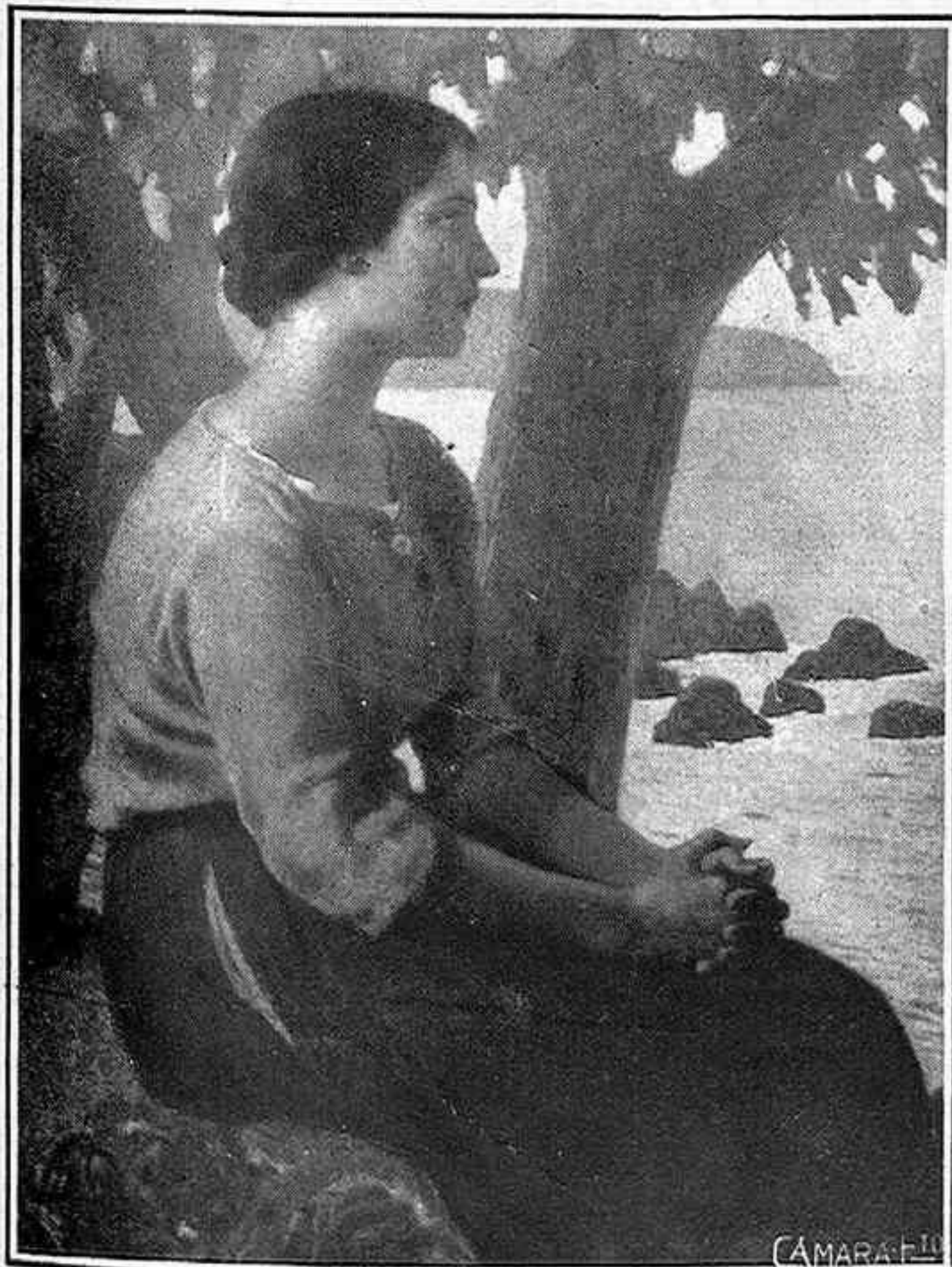
ooo

El nombre de Juan Llimona evoca, inmediatamente, figuras de mujer. Es un pintor de mujeres y de mujeres catalanas. Como las glosas de Xenius referentes á *La bien plantada* llegaron á formar un breviario de la raza, los cuadros y dibujos de Juan Llimona han llegado á formar un poema donde se canta á la mujer catalana.

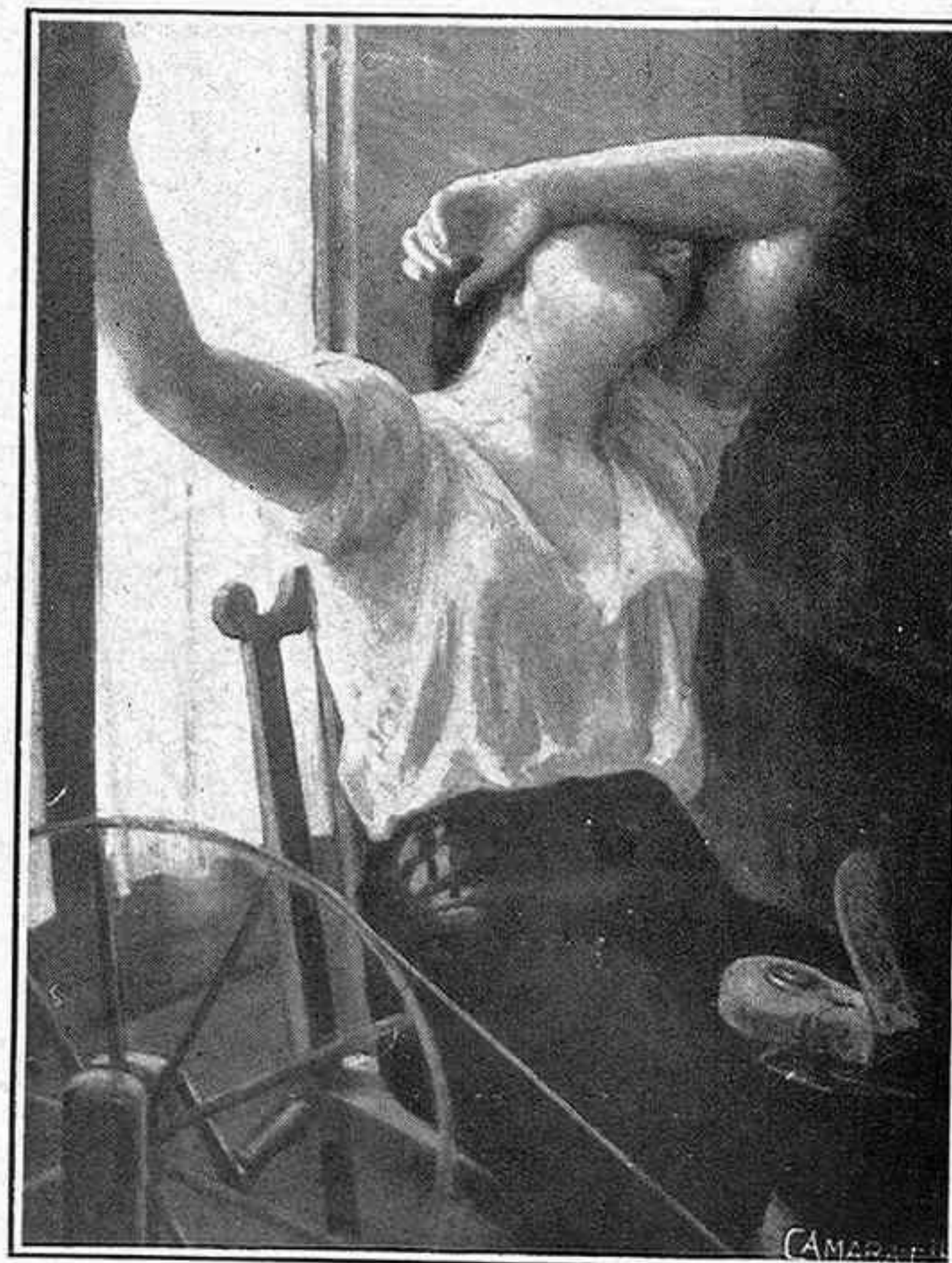
Hojeando las revistas de otro tiempo, de hace veintidós, veinte, quince años, encontramos estos dibujos al carbón de Juan Llimona, en el que siempre la mujer es el motivo de inspiración preferente. Mujeres castas y fuertes; pero tronchadas por el dolor, ennoblecidas por la melancolía ó soñolientas en la paz dulce hogareña.

No busquéis en Llimona otras mujeres. No la cortesana, ni la dama aristocrática, ni el desgarrado de las emplebeyecidas dentro de su populachera ignominia. No encontraréis á sus modelos favoritos estremecidos por una sensación de lujuria ó de vanidad. Tampoco en heroínas de renovadoras hazañas ó de excepcionales aventuras, empleó sus expertos pinceles. Todas ellas, aun las que la fatalidad asomara sobre los abismos trágicos, son las humildes, las demasiado cotidianas, las que siempre hallarán espejos donde verse exactamente reflejadas, en las campesinas, en las obreras de la ciu-

dad, en las montañesas, en las pescadoras. Porque Juan Llimona no se ha limitado á pintar la mujer catalana del trabajo y del limpio espíritu. Ha pintado también el ambiente que la cerca y la completa y la magnífica. Así, pues, Llimona es paisajista por la prolongación de amor á las siluetas humildes y castas. Unas veces su heroína, como en este emocionado y sugerido cuadro *Soledad*, yace aban-



"Contemplación", cuadro de D. Juan Llimona



"Margarita", cuadro de D. Juan Llimona

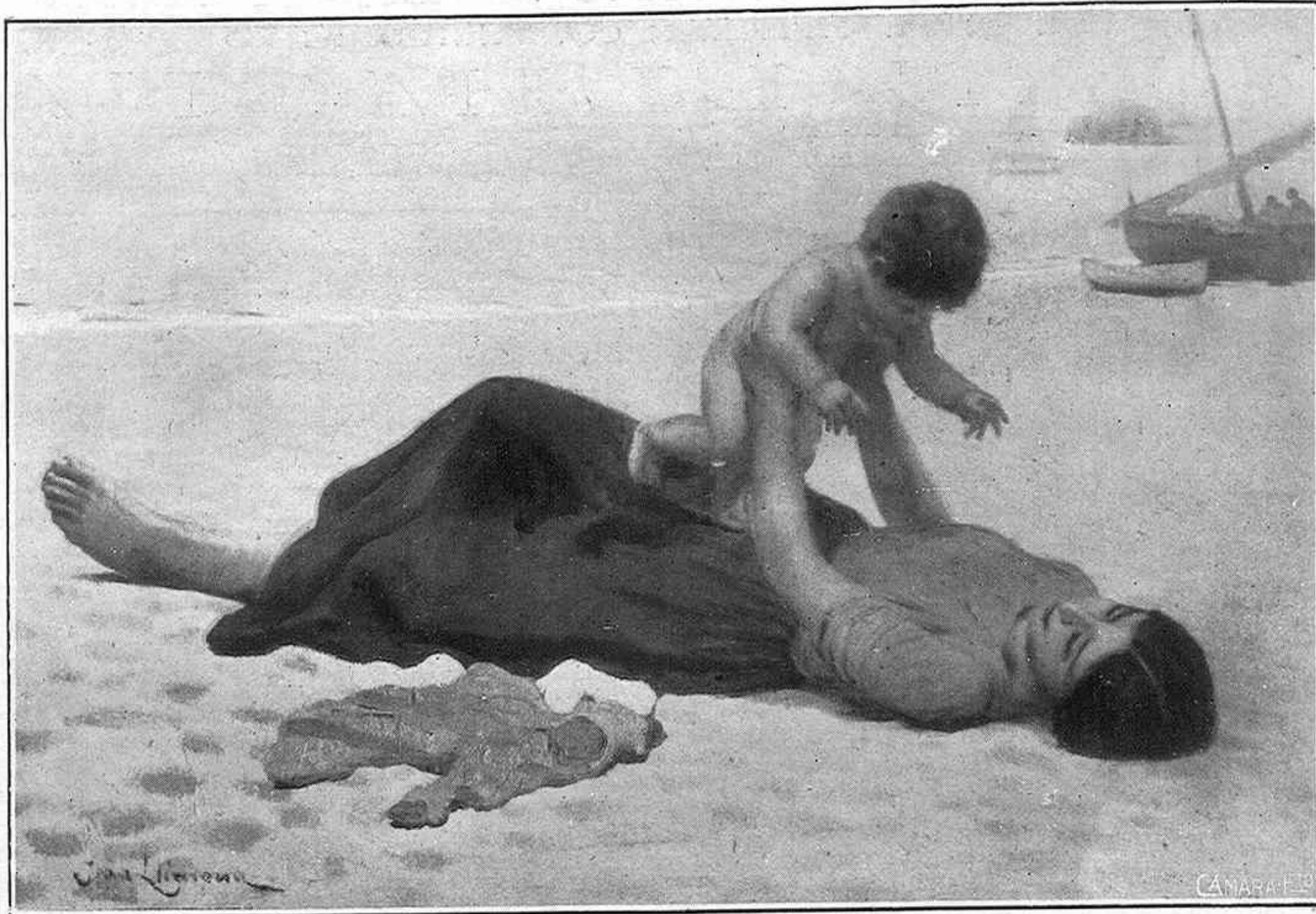
donada y plañidera sobre la arena de la playa, entre la hostilidad ingente de los acantilados, retorciéndose las manos de dolor, como indicándonos un vulgar y trágico episodio de la mar tragadora de hombres; otras veces, es una moza de perfil sereno y austero de medalla, de seno ampuloso y caderas macizas—prometedoras de la maternidad—, que interroga en lo alto del horizonte á las dos extensiones azules, pidiéndoles la silueta latina de una vela hinchada por el viento propicio. Otras veces, va descalza de pie y pierna, sobre los quebradizos espejos de los estuarios, encorvándose, como las otras espigadoras de la tierra, para sorprender los ágiles cangrejos y los pecillos inquietos y veloces...

Hermana de esta viuda de pescador, de esta novia de pescador, de esta hija de pescador, es la otra moza de la alta montaña catalana, que se cubre con una de las recias capas del Ampurdán, las que tienen severa caída de capas pluviales y custodian los rebaños de corderos poniendo á contraluz una silueta de égloga.

Hermana, igualmente, de la que en las masías blancas lanza el trigo al revoltijo de plumas y careos, y amasa el pan, y ordeña las vacas, y en las noches de invierno relee los libros que hablan de los viejos sonetos de las siembras, florecimientos y recolecciones...

Hermana también de la que en la ciudad llena los talleres y las fábricas, y que en los días de algarda no lanza piedras ni blasfemias, como los hombres sublevados, sino que ruega por ellos en la paz sentimental de la estancia, ante una Virgen de advocación catalana y con palabras que suenan á las bellas y sonoras palabras de Ausias March...

No temáis que estas figuras femeninas pasen de moda; que sus trajes ó sus peinados parezcan ri-



"En la playa", cuadro de D. Juan Llimona

dículos como esas otras de cuadros de pintores de mujeres elegantes. Llevan las ropas intercambiables y austeras, los corpiños ceñidos, las faldas amplias y, á lo sumo, el pañolillo popular sobre la cabeza peinada con las crenchas simétricas y el moño bajo. Porque son de ayer y de hoy estas mujeres. Su perfil sereno, sus ademanes vulgares, tienen una grandeza heredada en los siglos helénicos ó, mejor, de los primitivos del Cristianismo. Y siendo tan esencialmente de Cataluña, no sería difícil encontrarlas consonancias rítmicas y armónicas con las mujeres humildes de Castilla, de Vasconia, de Aragón, de Asturias, de Galicia...

Por eso el encanto de los cuadros de Juan Llimona despierta en nosotros, además del recuerdo de la admirable *Bien Plantada* de Xenius, el eco, dulcísimo y hondo, de los versos de Maragall y de

inesperados, surgen tonos enteros con la gracia angélica de los prerrafaelicos italianos: los oros, los cadmios, los carmines, los azules, son brillantes, jugosos y cantarines. Se comprende que Juan Llimona experimenta el goce de sumergirse en divinos diálogos con Dios. Y no sería extraño que este hombre de hoy, de nuestro siglo de automóviles, aeroplanos y guerra europea, se sintiera entonces en su estudio de la calle de Lauria, en Barcelona, un alma de monje florentino y se arrodillara solicitando la inspiración divina, antes de trazar sobre el blanco lienzo el boceto de un cuadro de exaltación y de éxtasis...

Verdaguer. Mutuas ilustraciones podrían ser las obras de los poetas con los dibujos y cuadros del pintor. Fundiéndose evocaciones pictóricas y poéticas evocaciones, darían la sensación más justa y representativa de *la dona*.

Sin embargo, por encima de la íntima analogía de la obra de Juan Llimona con las de escritores contemporáneos suyos, la identificación temperamental más clara é indudable es con Jacinto Verdaguer. Porque Juan Llimona es un católico convencido y reflexivamente exaltado. Es como un sacerdote laico, y sólo abandona los paisajes de la costa catalana ó de la alta montaña, para pintar cerúleas transparencias y ultraterrenos ambientes, y asciende de las femeninas creaciones á las imágenes de santas y de vírgenes. Entonces, su misma técnica se transfigura. Este pintor, cuya paleta es un poco «sorda», levemente sombría, enamorada de las notas frías, al llegar á los cuadros místicos adquiere calideces y bríos coloristas

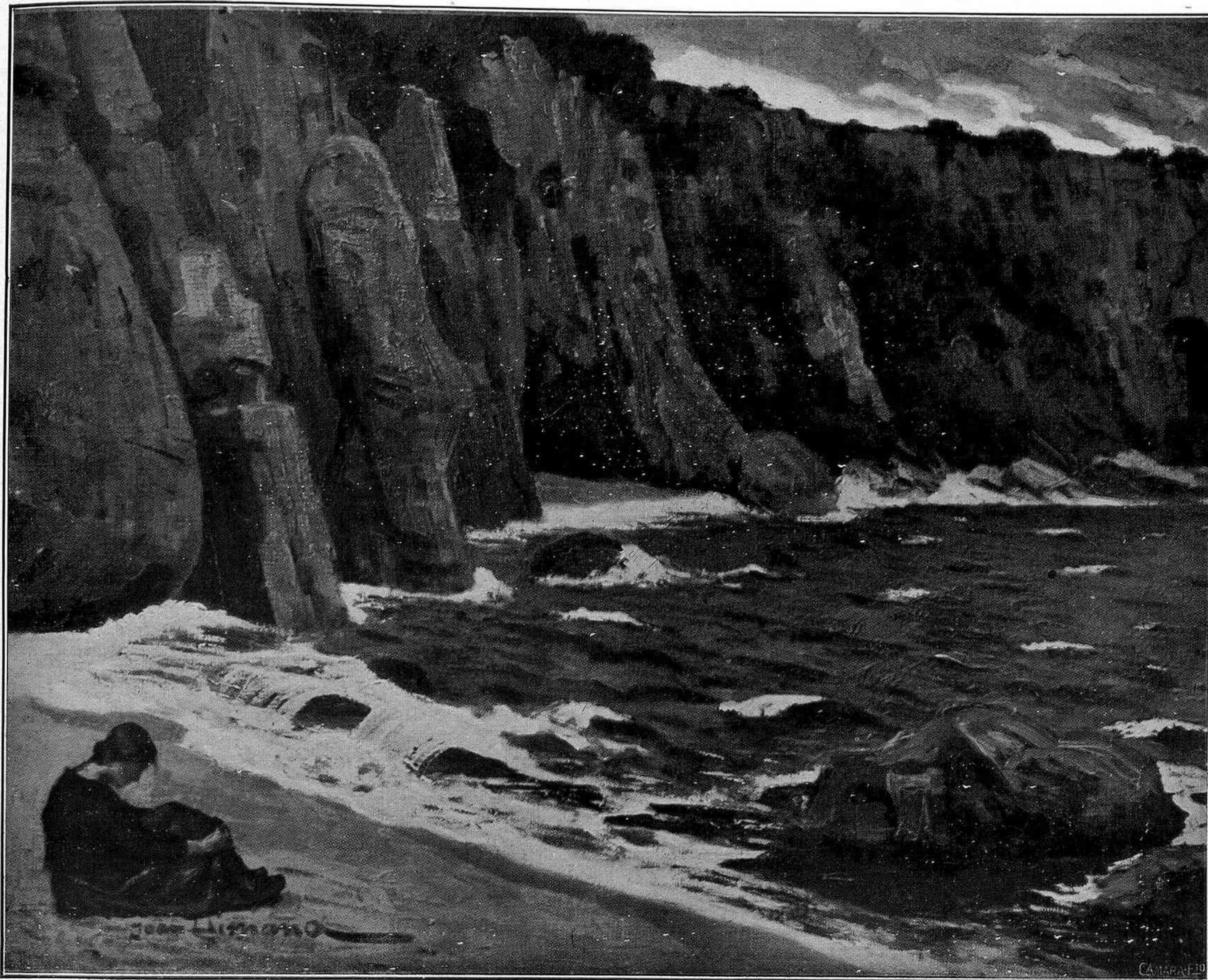


"Ensueños", cuadro de D. Juan Llimona



"Esposa y madre", cuadro de D. Juan Llimona

FOTS. SERRA



"Soledad", cuadro de Juan Llimona

Juan Llimona responde físicamente á su técnica pictórica y á su tendencia idealista. Es un hombre alto, recio, membrudo, con los bigotes y las pupilas grises, con el habla un poco áspera en los comienzos y cordialmente musical después, cuando ya le caldeó el fuego de la mutua simpatía.

A los demasiado transparentes, para los excesivamente elusivos, desconcierta Juan Llimona. Parece ajeno á los demás, encerrado en una cortesía huraña que deilene como un brazo extendido con la mano levantada. Un superficial tendría motivo para creer en esa leyenda de la sequedad desdeñosa atribuída á los catalanes por los que no se tomaron la molestia de comprenderles y estimarles como se merecen.

¿Cómo podría ser así el pintor de los lienzos apasionados, inflamados de sobrenatural amor, y de los otros tan cerca de la vida, tan ligados á los sentimientos contemporáneos, reveladores de una sensibilidad agudizada hasta un punto altamente fecundo?

Juan Llimona no fué un precoz de su arte. Empezó á pintar ya bien avanzada su juventud, cuando sólo le faltaban tres años para terminar la carrera de arquitecto. Abandonó la Arquitectura para acompañar á su hermano José, el escultor, que fué pensionado á Roma.

En Roma vivió Juan los tres años que duró la pensión de su hermano. Al volver á España expuso en Madrid en dos Exposiciones nacionales, obteniendo tercera y segunda medalla. También en Barcelona consiguió primera medalla. Pero esto no le interesa. Es hombre á quien no preocupan los éxitos oficiales. Va por la vida levemente absorto y desdeñoso...

Ha pintado una de las cúpulas del Real Monasterio de Montserrat, otra enorme en Vich, el techo del palacio de Justicia de Barcelona é in-



"Hastío", cuadro de Juan Llimona

numerables plafones y muros de iglesias y conventos.

En este aspecto de la pintura religiosa es donde más dulcemente vibra la sensibilidad de Llimona. Concibe á la manera de los antiguos maestros del género y adquiere, como digo antes, mayor brillantez y visualidad de colorido. Su misticismo, su serenidad estética, responde á un criterio afianzado cada vez más por el tiempo y ennoblecido por las adversidades de la vida. Llimona tiene ahora cincuenta y cuatro años... y ocho hijos, como añadió al preguntarle yo la edad y sonriendo, con una sonrisa bondadosa y patriarcal...

Por último, aún queda algo muy interesante que decir.

Juan Llimona, al venir á Madrid, trae, además de toda su obra pretérita de los cuadros sentimentales y plácidos, de las pinturas religiosas, de los admirables dibujos al carbón, tan característicos, su obra contemporánea y novísima: los paisajes.

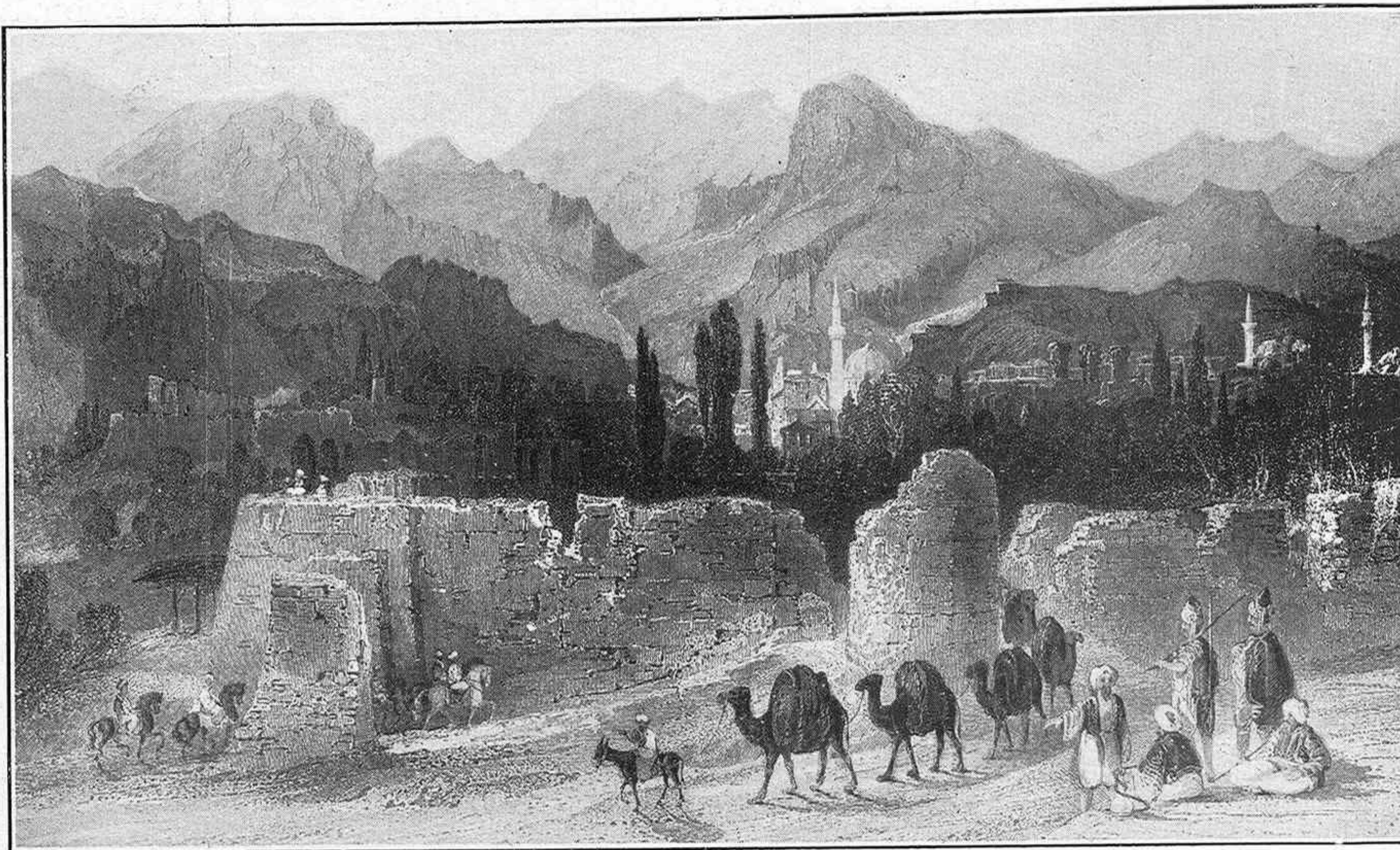
Juan Llimona, en el último tercio de su vida, vuelve los ojos á la naturaleza, se liberta de los espectáculos cotidianos y extiende su ansia de ideal que antes se refugiaba solamente en los místicos deliquios, á la contemplación de valles y cumbres y murmurar de ríos y de frondas y serenidades mediterráneas á través de los pinos de alta copa...

Hay en estos paisajes de Juan Llimona una frescura, una espontaneidad, una gracia comunicativa, que parecen realmente juveniles. Son de un encanto suave y quietador. Ante ellos, como ante sus pretéritas figuras de mujer, se aprende á amar y á admirar Cataluña, la siempre bella y la siempre grande...

SILVIO LAGO

LECCIONES DE LA GUERRA

LA RESURRECCIÓN DE ORIENTE



Ruinas del Templo cristiano de Filadelfia, una de las siete iglesias que cita San Juan en el Apocalipsis

Dormía el Oriente un sueño de siglos. Cansado de guerrear, poseído su espíritu por el fatalismo musulmán, enervado en la esclavitud y en la indolencia, incapaz ya para reconstruir sus ciudades arrasadas por la guerra, tributario de la civilización de Occidente que cada siglo se distanciaba más, sometido á una política de aniquilamiento en que fundaba su poderío la moderna Bizancio, lo que fué Fenicia y Nínive y Babilonia, lo que fué Frigia y Ligia, lo que fué Anatolia, desmayaba en un agotamiento aparente.

Había abandonado Europa al turco aquellas regiones y luego había gastado sus energías en seguir la marcha del sol hacia las nuevas tierras de América, pero en el fondo de nuestra civilización occidental, en el pensamiento de los sabios, en la acción de los grandes capitanes, palpitaba siempre la añoranza del Oriente, perdido para el catolicismo, envuelto en misterio, cercano á la barbarie, contemplando impasible las ruinas de sus maravillosos edificios, de sus ciudades portentosas que los occidentales no podemos imaginar siquiera. Nunca se siente Napoleón más grande que cuando se acerca á Oriente; cuando ve sus ejércitos al pie de las Pirámides; cuando se siente contemplado por Alejandro, por Mitrídates, por Leónidas; cuando cree que va á ser él quien zarandee y despierte á este mundo inmenso que duerme y que espera unas palabras misteriosas para volver á ser.

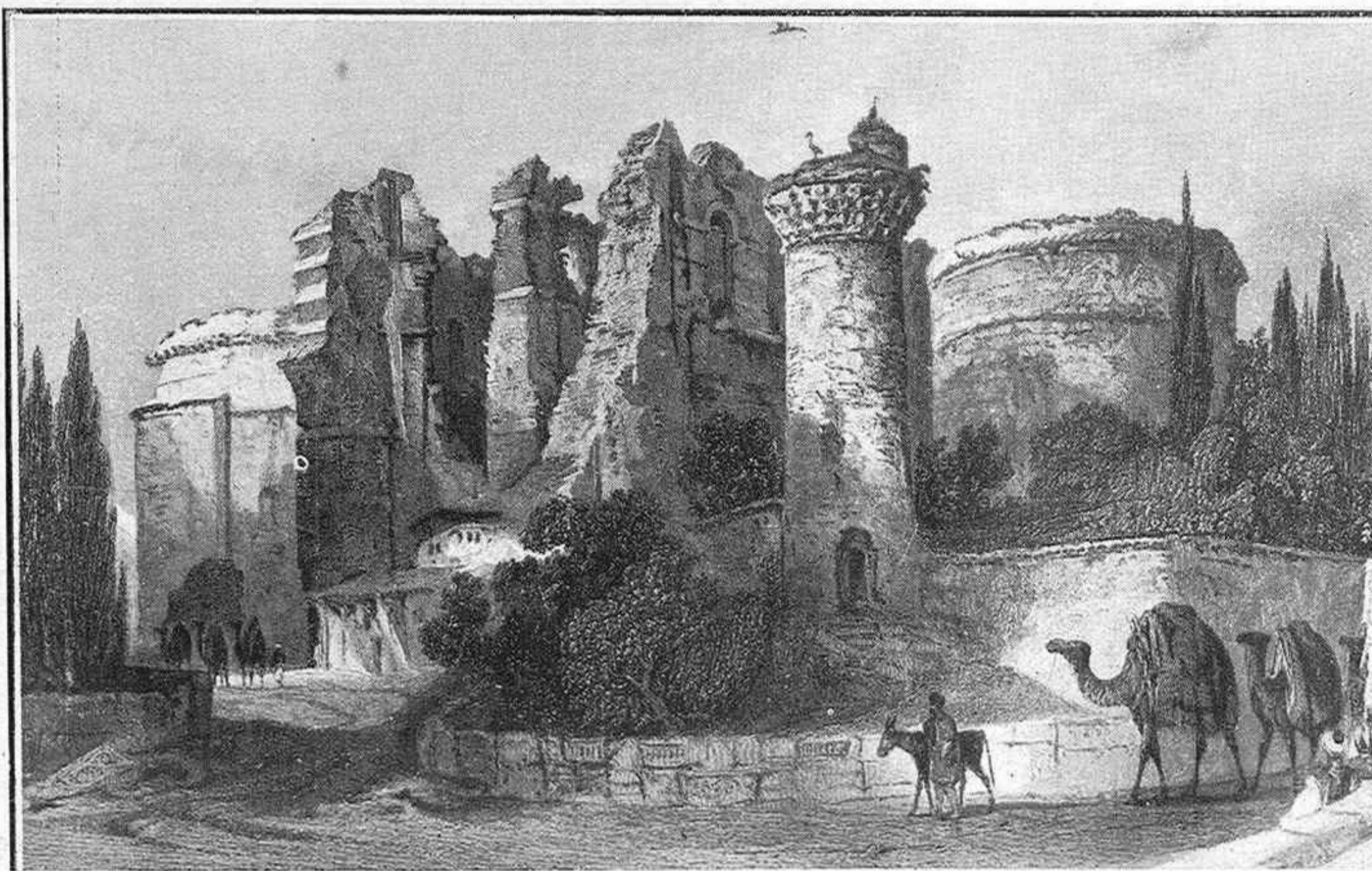
Constantemente, lo más grande del pensa-

miento occidental y lo más intenso de nuestra fe vuelve los ojos hacia la Tierra de promisión, que se nos ha escapado de las manos. ¡Tierra de promisión toda ella, no sólo Palestina, que quiere rescatar Pedro el Ermitaño y quiere vivir en espíritu Renan, sino toda Siria, toda Judea, toda Anatolia, donde estuvieron nuestros remotos antepasados, donde se forjaron todos los sentimientos que siguen conmoviendo á la especie humana, donde se encendió la luz que nos alumbra! Y allá van los arqueólogos á reconstituir entre las piedras destrozadas y los marfiles resquebrajados y los broncees carcomidos, las historias perdidas y los idiomas olvidados; y allá van los historiadores á reconstituir estos eslabones que faltan en la cadena de la historia humana, y allá van los teogestás á comprobar

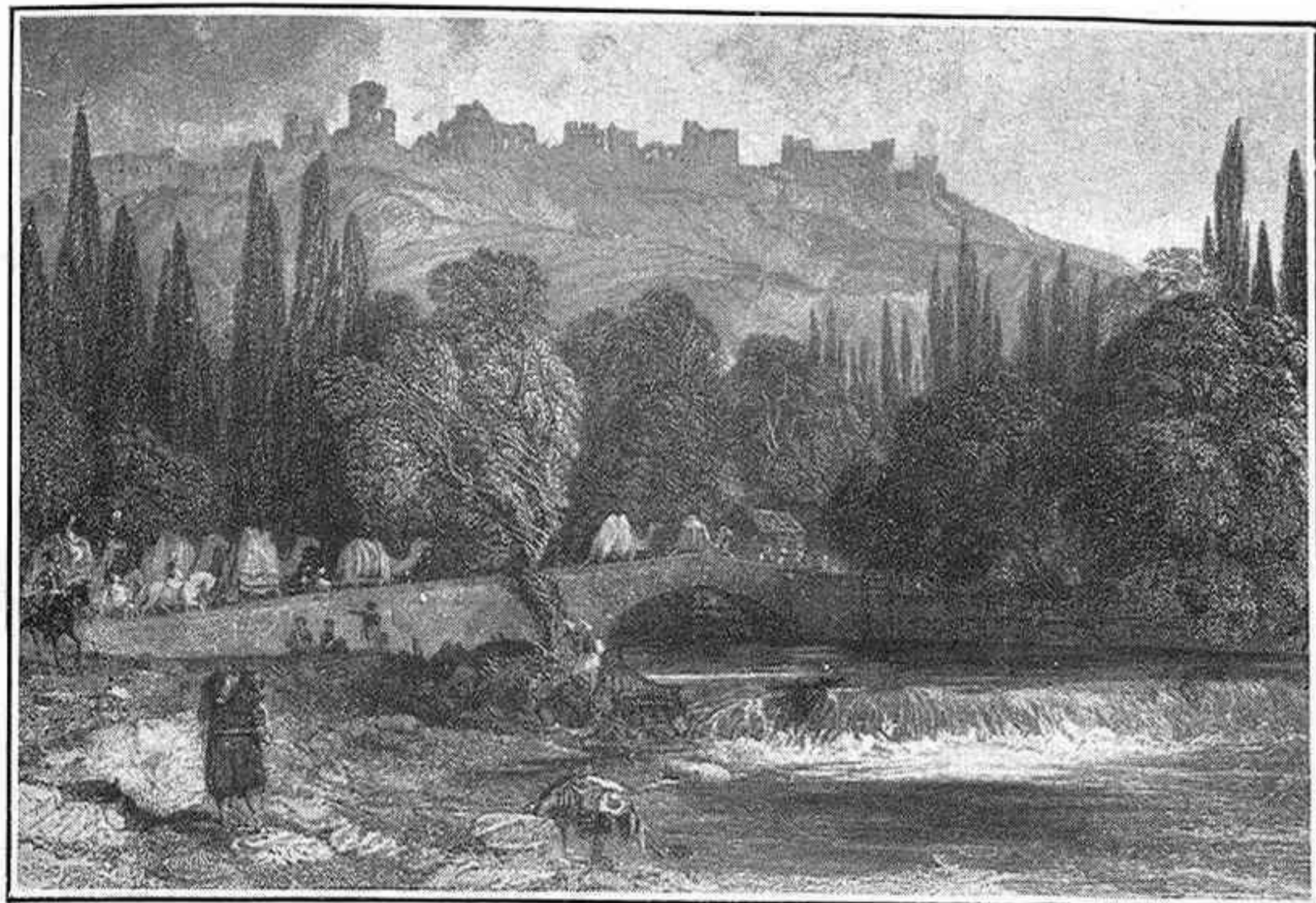
en las misteriosas inscripciones los relatos que la fe y la tradición nos enseñaran...!

Y, entre tanto, el Oriente dormía. Por encima del interés espiritual, del interés humano, que todavía es un interés demasiado grande para la pequeñez de nuestra raza egoísta, había un interés político que detenía las manos de Europa en esta gran empresa de reconstituir el mundo oriental. En su obra de la India, no quería Inglaterra vecinos molestos, y menos en las cercanías de Egipto. Daba miedo desalojar á los poderes retardatarios que esclavizaban el Oriente; desalojar al turco y al persa. Albania y Creta mismas, que eran como liminares de aquel mundo, parecían un semillero de discordias y daba miedo pensar que alguien pudiera poner las manos en el Asia Menor. Allí se hubiese desatado la llamada conflagración europea.

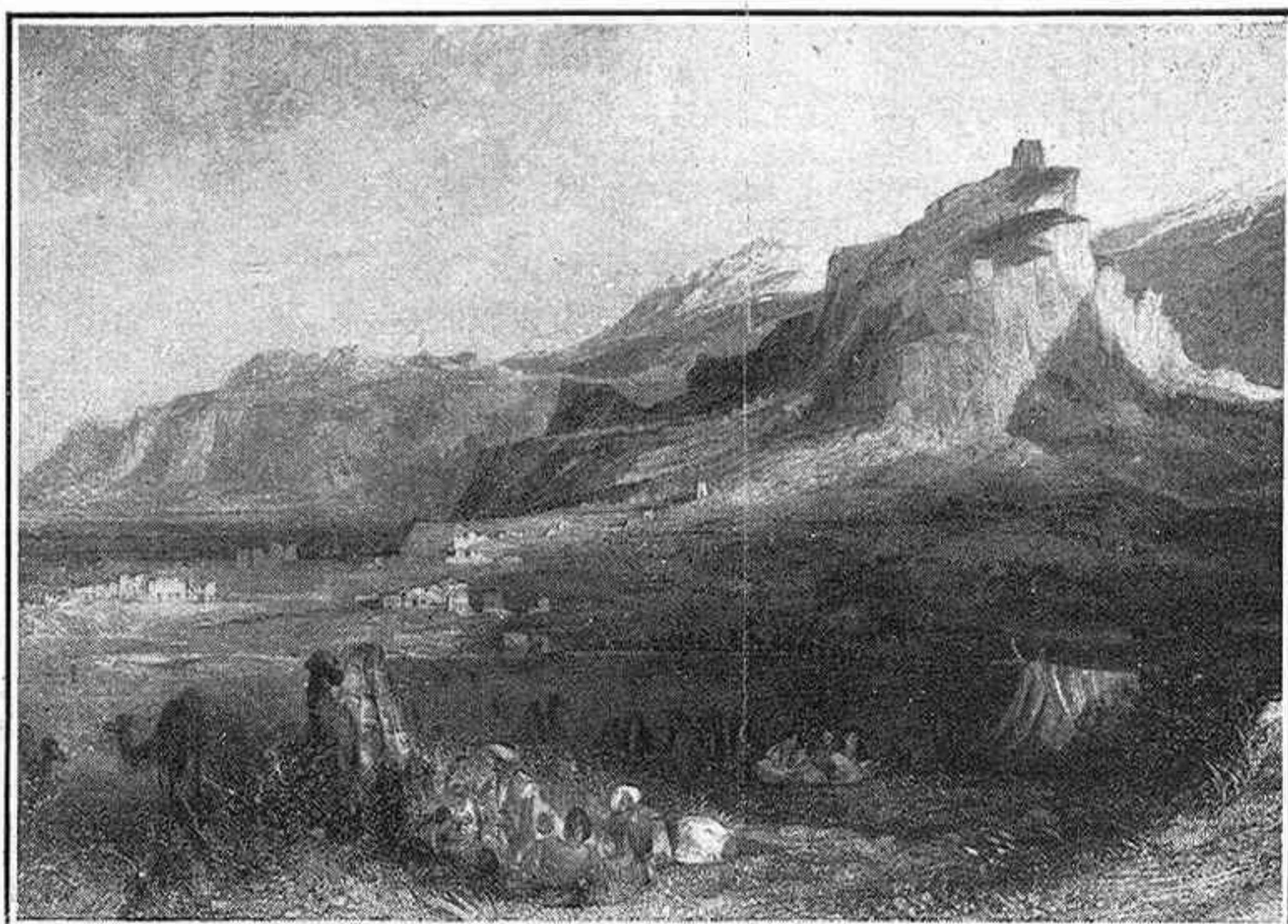
Pero, ahora, ya ese peligro ha pasado. Turbonada de horrores, de sangre y de fuego que está corriendo la Humanidad, y que por lo visto había de padecer forzosamente. Y, además, como si la añoranza del Oriente fuese una obsesión que padece el mundo occidental, planteada la guerra entre las potencias situadas más al Oeste, y comenzada en las orillas mismas del Atlántico, se va fatalmente hacia allá, donde el sol nace y hace estremecer el mar Egeo y retumba con sus cañonazos en las orillas del Asia Menor. Estamos despertando al Oriente. Podrá ocurrir que las razas oprimidas y embrutecidas resurjan y vean en el espejo de sus tierras fe-



Ruinas de la Iglesia de San Juan, en Pergamo



El castillo romano y las murallas ciclopeas, de Smirna



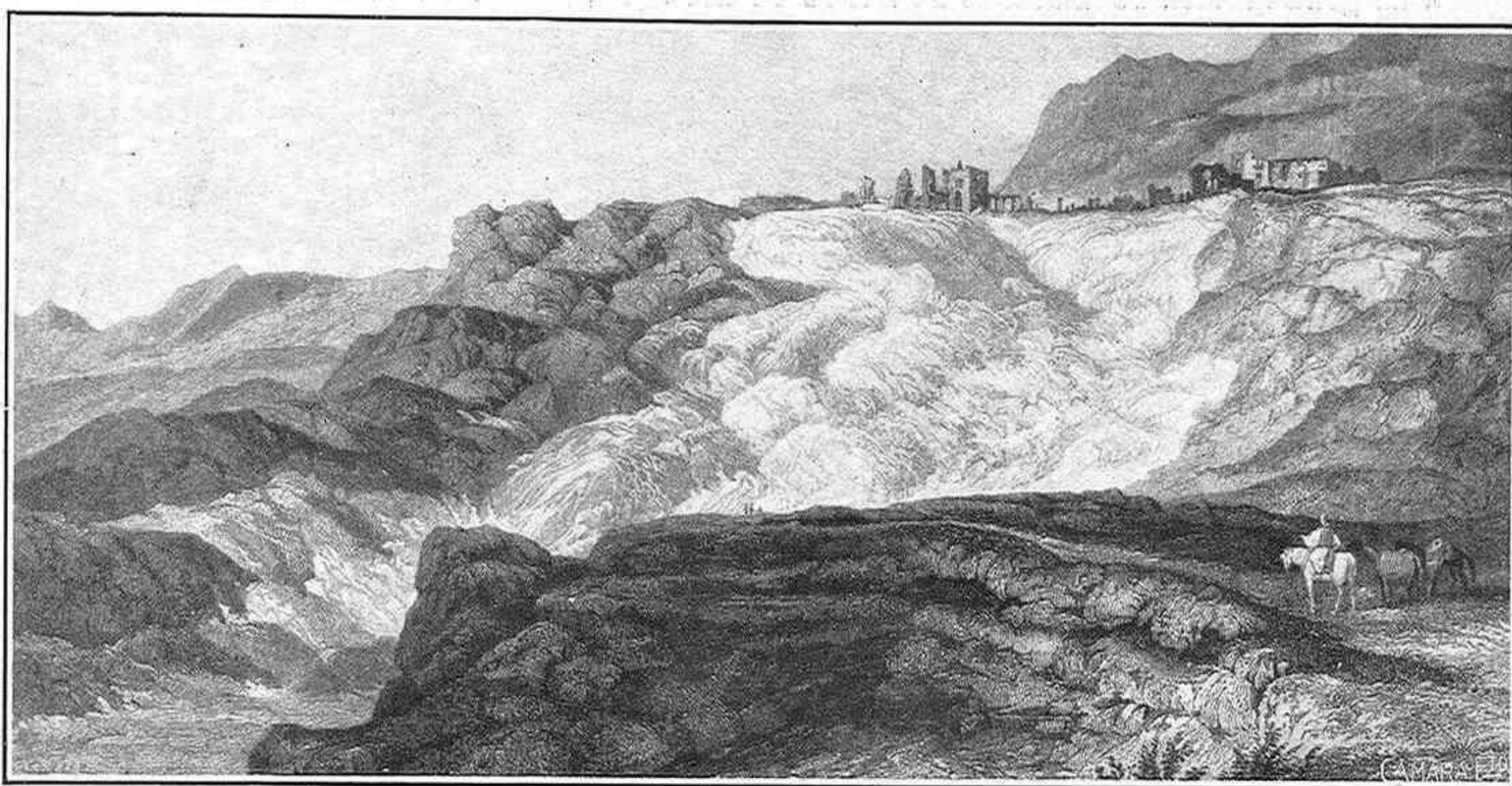
Ruinas de la Acropolis de Sardis, que fué residencia de los Reyes de Lidia

cundas y sus ruinas gloriosas de lo que fueron capaces sus antepasados.

Otras razas han despertado también. Del fondo de los desiertos surgieron los seljucidas, que en estas mismas tierras fundaron el sultanato de Ikonon. Razas muertas parecían los servios, los búlgaros y los rumanos cuando Turquía los tenía por súbditos suyos.

Este milagro puede realizarlo la guerra actual. Si la guerra sigue en Oriente, si penetra en el Asia Menor, si se extiende por las tierras que fueron Ponto y Bitinia y Capadocia, los ejércitos expedicionarios advertirán al llegar á donde estuvieron Babilonia y Nínive que no hay en el mundo tierras más feraces, campiñas más ricas y, luego, sentirán toda la veneración del misterio que envuelve á las viejas ruinas, de cuya existencia esplendorosa quedó testimonio en las Antiguas y en las Nuevas Escrituras.

¡Oh, Acrópolis de Sardis, donde tuvieron su trono los reyes de Lydia, ciudad á la que llamaron segunda Roma los historiadores que la conocieron! Esparcidas están sobre tus senderos las rotas columnas de mármol del templo de Cibele y los bloques admirables que sostenían la tumba colosal del padre de Creso, comparable sólo á las Pirámides de Egipto y á los monumentos de Babilonia. Y sobre estos restos del paganismo repercuten las palabras que Juan el Evangelista pone en labios del Hijo del Hombre cuando aparece ante él y le dice: «Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin; escribe esto que ves y envía lo que has escrito á las siete iglesias de Asia: á Efeso, á Esmirna, á Pergamo, á Thyatiro, á Sardis, á Filadelfia y á Lao-



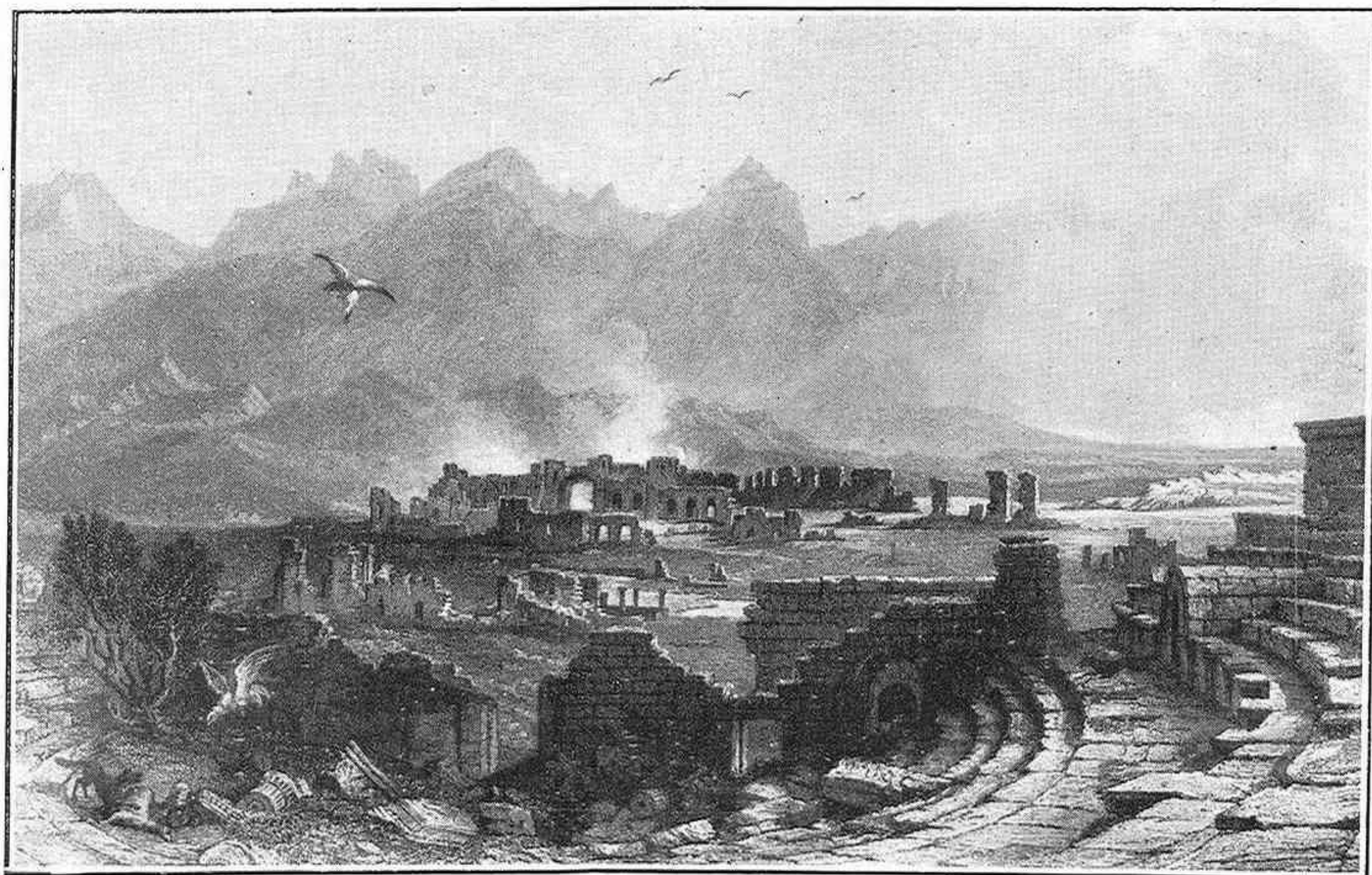
Ruinas de Hierápolis, cerca de Laodicea

dicca». Y están allí las huellas de la gran transformación que Jesús había visto, porque lo mismo que en Sardis cayeron los ídolos hechos pedazos y los himnos sublimes de Isaías y de David substituyeron á los cantos paganos y al vocerío de las saturnales, en Hierápolis, la ciudad santa, se hundió el triple arco de triunfo que maravilló á tantas generaciones y se resquebra-

los hombres, se hundió el templo de Esculapio y la Acrópolis gloriosa y la fuente poética, á cuyo lado se durmió Alejandro, y las murallas ciclopeas que sirvieron de cimiento á la ciudadela y el teatro coronado de estatuas gigantes y el templo de Júpiter y el de Apolo y el de Cibele y el de Homero, á quien se admira como poeta y se adora como dios, y la tumba grandiosa de Tántalo el insaciado. Y en Rodas cae el formidable coloso...

Y luego, sobre las ruinas de este mundo pagano visteis alzarse las iglesias de San Juan y las que levantó el emperador Teodosio y las que amparó Constantino, y todo esto se hundió también, se hizo añicos, se hizo polvo!

Mundo misterioso, preñado de vida, donde nacieron las mitologías y las religiones y los idiomas y la civilización, que el hombre no había de agotar jamás, ¡quién sabe si esta conmoción del Occidente trae tu resurrección y has de alzarte de nuevo, grande y glorioso, para infundir á la Humanidad, desde el fondo del Mediterráneo, tu fe llena de espiritualidad!

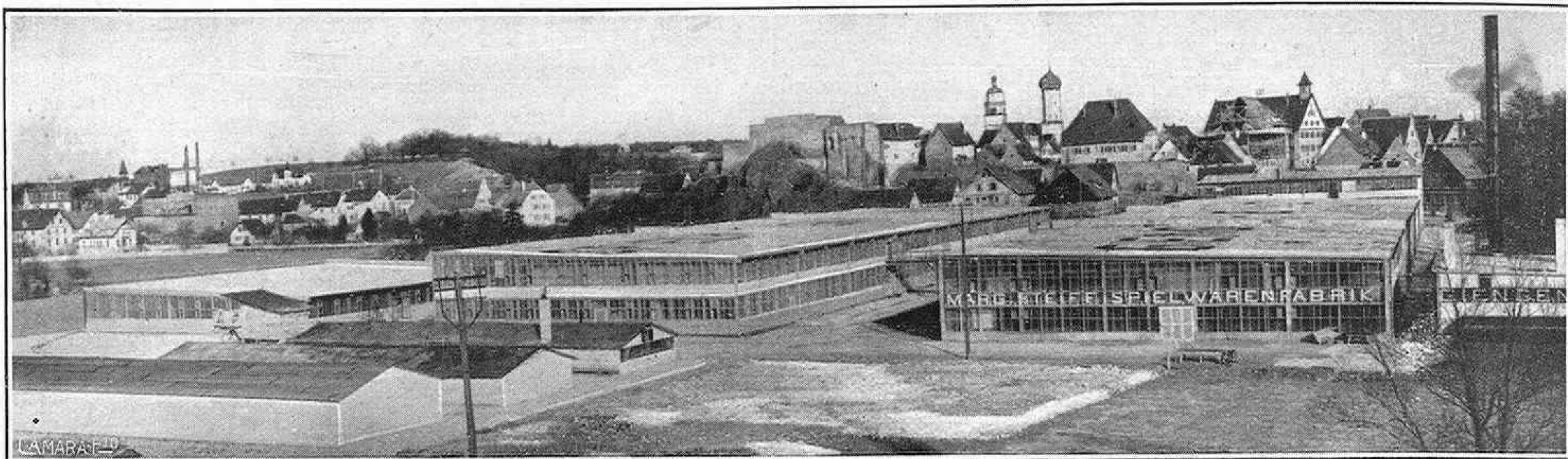


Ruinas de Hierápolis, vistas desde el Teatro Griego

MÍNIMO ESPAÑOL

MADRID

LA FILANTROPÍA, PRODUCTORA DE UNA GRAN INDUSTRIA
LOS MUÑECOS DE FIELTRO



Una gran fábrica de muñecos de fieltro en Giengen, población del Sur de Alemania

En los escaparates de los comercios de juguetes, donde habreis tenido que llegar arrastrados por la mano de vuestros hijos, ó de algún pequeño de la familia, ó donde alguna vez, si desconocéis esta fuerza tan poderosa, os habrá detenido la curiosidad, seguramente han llamado vuestra atención y os han hecho sonreír esos graciosísimos muñecos de fieltro que en ingeniosa y graciosa caricatura reproducen facciones, actitudes y gestos de personas y de animales con tan donosa perfección que no parece sino que están copiados de modelos vivientes, copias en que las exageraciones dan la nota del más sano y gentil de los humorismos.



Y contemplando estas admirables caricaturas de trapo habreis pensado cómo puede llegarse, en una industria que no tiene otro objeto que la pueril distracción y encanto de la infancia, objeto al parecer poco importante, y que es uno de los más nobles y de los más santos, á un grado tal de sutileza artística, á una tan refinada perfección.

Yo confieso que admirando la variedad de tipos, todos á cual más cómicos, que se ofrecen en un escaparate, he permanecido unos cuantos minutos en contemplación deleitosa y he sentido curiosidad por conocer el origen de esa genial idea que sin duda se

debió al privilegiado cerebro, á la inventiva extraordinaria de uno de esos fabricantes de juguetes que tantos prodigios discurren para lograr el fin de encantar á los niños, hartó más hermoso y loable que el de asombrar á los hombres creando poderosos y estupendos aparatos de destrucción, enormes y aterradoras máquinas de guerra... Una feliz casualidad me ha permitido conocer algunos pormenores relacionados con este asunto, y juzgándolos muy curiosos voy á referirlos aquí.

Hace veinte años no existía esa industria de los muñecos de fieltro, ni se había presentado siquiera. Casi todas las grandes fábricas dedicábanse preferentemente á la construcción de juguetes mecánicos, en los que se hacían verdaderas preciosidades.

En Giengen, una pintoresca población del Sur de Alemania, vivía una mujer humilde que, por encontrarse imposibilitada para el trabajo, y sintiendo por los niños un afecto especial, llamábalos junto á sí para dis-

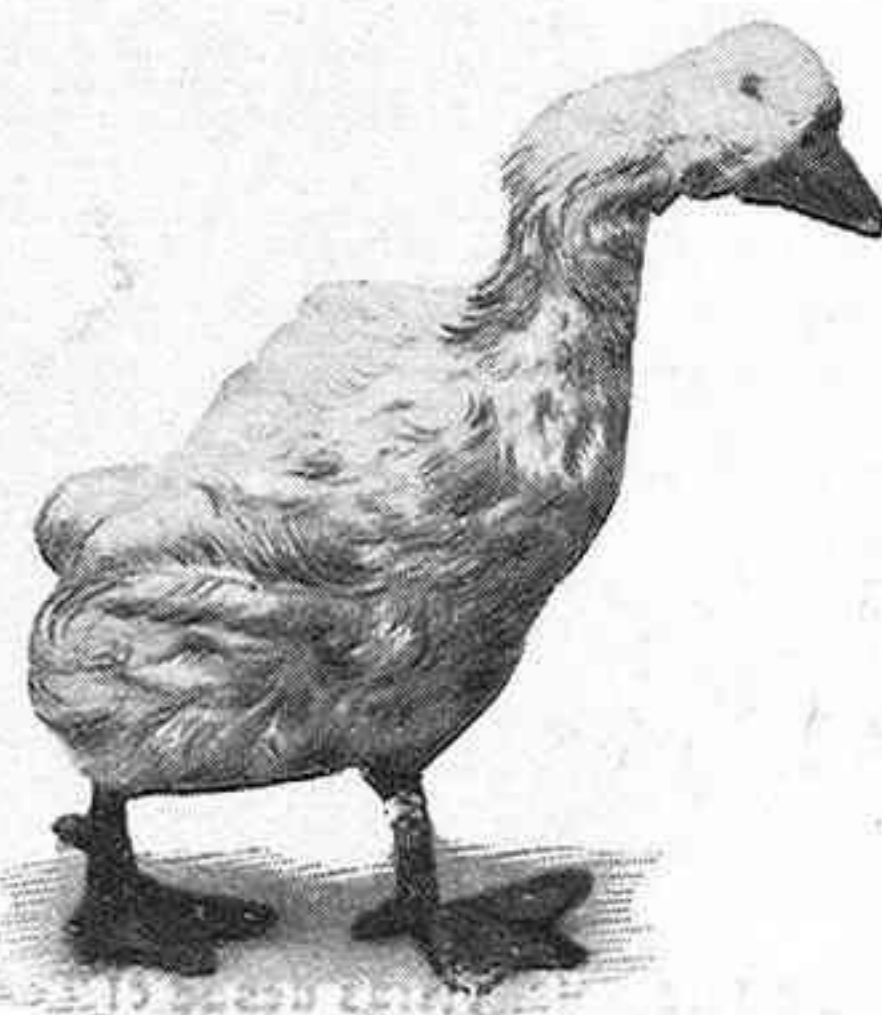


MARGARITA STEIFF
 Inventora de los muñecos de fieltro

fábrica de paños, que los mismos chicos llevaban muchas veces en los bolsillos.

Tal empeño puso y tal disposición tenía para este trabajo aquella bondadosa mujer, y tanta maña fué adquiriendo de día en día, conforme fabricaba muñecos y muñecos para satisfacer los insaciables deseos de sus amiguitos, que, habiendo sido ya objeto de la admiración de muchas personas aquellos curiosos ejemplares de un arte industrial hasta entonces desconocido, llegó también á manos de uno de esos hombres sagaces que supo ver un negocio en lo que hasta entonces no había tenido otro fin más práctico que proporcionar una distracción á unas cuantas criaturas.

Aconsejada por aquel comerciante, y esperanzada con la idea de poder ser útil á los suyos, aquella mujer trató de perfeccionar su trabajo. Poco tiempo después, las ingeniosas imitaciones de personas y de animales fabricadas por Margarita Steiff, exhibíanse en los escaparates de algunos comercios. La aceptación que desde los primeros momentos obtuvieron obligaron á la constructora á montar un pequeño taller. Fué creciendo la industria, llovieron los pedidos y se hizo necesario construir una fábrica en toda regla. Los muñecos de paño, cada vez en mayor cantidad, cada vez más perfectos, pasaron la frontera, y finalmente, aquella distracción en la que hace pocos años ocupábase una mujer sin más objeto que deleitar á unos cuantos niños y pagarles las horas de alegría que le proporcionaban con su presencia, llegó á constituir una industria tan importante que en ella se ocupaban más de dos mil obreros.



traerse y distraerlos contándoles cuentos é historietas que los retenían largas horas en torno del sillón en que la pobre impedida pasaba su existencia.

Margarita Steiff tenía cada día un auditorio más numeroso; pero ni la dulzura de su voz, ni la afabilidad de su sonrisa, ni su ingenio para dar nueva forma á los cuentos ya repetidos habrían de obrar el milagro de cautivar siempre á los chiquillos, cuya ansiosa curiosidad pronto dejaría de encontrar atractivos en aquellos relatos y habría de buscar en otra parte la satisfacción de su inquietud y de su insaciable afán de saber cosas nuevas.

Pensando de qué medios se podría valer para procurar un deleite á los niños que los retuviera á su lado, y no disponiendo de otros medios, ocurriósele confeccionar muñecos, aprovechando para ello los recortes inútiles de una cercana



JUAN BALAGUER

POR TIERRAS DE LEYENDA
LA INFANTERÍA ESPAÑOLA



“El marqués de Spinola recibiendo las llaves de Juliers, de manos del gobernador de aquella plaza holandesa, en 1622”, cuadro de José Leonardo

La heroica Infantería española, gala y prez del Ejército, espejo de lealtad y gallardía, celebra la fiesta de su Santa Patrona la Purísima Concepción. Es la virgen inmortal de Murillo, la del óvalo divino, los ojos de cielo y las manos transparentes, que reina sobre un trono de nubes donde un coro de ángeles canta su soberana majestad.

Estos infantes de hoy son hermanos de aquellos otros que en días alumbrados por un sol sin ocaso clavaron los estandartes españoles en fortalezas jamás holladas, vencidas y ganadas entonces por el recio tronar de los arcabuces y el vigoroso empuje de las picas. Son herederos de los que fueron vencedores en Gante y en Amberes, en Rimberg y Maestrich, allí donde llegaron con el prestigio de la gloria militar y las gracias de su cortesanía, siendo á un tiempo guerreros y galanes.

España, vieja y florida, pródiga de su vida como un hidalgo que derrocha su caudal, paseó por el mundo á sus infantes, como sus galeones por todos los mares del planeta, comprando la victoria con el precio de su sangre. Los soldados de los Tercios fueron hombres que vivieron para la guerra, la aventura y el amor, famosos por sus empresas, generosos con el vencido, corteses con las mozas y heroicos hasta en su caída en Rocroy. Fueron el pregón de la España audaz y conquistadora porque llevaron siempre en el corazón un afán de lucha y en los labios la flor de una palabra madrigal.

Eran lujosos y liberales, como quien sabe que tiene más valor la gloria que los doblones. Vestidos de seda y grana, con el majo chambergo lleno de plumas y al cinto la tizona, fueron orgullo de España y de su rey, tormento de las mozas y envidia de galanes. Hubo un tercio que ganó el sobrenombre de *los señores* merced al gentil atavío de sus soldados. Así pudo Farnesio hacer alarde de riquezas en Meaux, siendo como eran sus infantes la flor y nata de los soldados españoles.

La historia de los Tercios más parece le-

yenda ideada por un poeta que narración de hechos reales. Hazañas son las suyas que grabaron el nombre de España con letras de oro y sangre. Los infantes de hoy son hermanos de los de ayer. Por eso España fía en ellos y les rinde homenaje. Porque vienen de aquellos que sólo con la muerte pudieron ver cómo se ponía en Flandes el sol.

ooo

Sobre la tierra que fué teatro de las hazañas de los Tercios españoles han clavado sus garras las águilas germanas. Amberes, Gante, Brujas, Namur y otras ciudades, gimen bajo el yugo extranjero y esperan días venturosos para desplegar al aire la bandera del rey, caballeroso y vencido.

Flandes es tierra de recuerdos para España, porque los nombres de sus pueblos son de altísima significación en nuestra historia militar y porque en sus campos corrió á raudales la sangre española. Amberes, Lovaina, Gante, tienen páginas inmóviles en nuestra leyenda. ¡Amberes! La ciudad del Escalda fué testigo de la empresa más memorable de todo el siglo xvi.

Hasta nosotros ha llegado la gallarda frase con que Farnesio empeñó su palabra ante los muros de la heroica ciudad: «O Amberes acaba con mi vida, ó yo acabo con Amberes.»

Farnesio fué quien acabó con la plaza tras de una épica lucha al frente de los Tercios, después de un asedio de pocos meses y á la vista de la escuadra holandesa, lanzando con asombro de Europa el atrevido puente con que cerró el paso á la corriente del Escalda.

La hazaña de Farnesio en Amberes tuvo muchos ejemplos en Flandes, y los laureles de la ciudad del Escalda se hermanaron con otros conseguidos tras de sangrientas luchas. Por eso decir Flandes es evocar las múltiples proezas del Duque de Alba y de Mondragón. Por eso decir Flandes es dar vida á los héroes que enaltecieron á la raza mientras España se desangraba y se disponía á vivir á la sombra de sus castillos y blasones como un hidalgo venido á menos.

Fué antaño también Flandes tierra de audacia y de leyenda y en ella buscaron ancho campo donde lucir su ingenio y su valor soldados, aventureros y galanes cuyos hechos tienen vida inmortal en dramas y romances caballerescos. D. Luis Mejía buscó en tierra flamenca lances de guerra y amor y entró á saco en Gante, formando parte de una cuadrilla de bandoleros, el palacio episcopal. De Flandes volvió, cruzado el pecho con la banda azul de capitán, Diego Martínez, el burlador de Inés de Vargas, aquel á quien el Cristo de la Vega, en Toledo, acusó de perjuro, desclavando una mano para ser testigo de un juramento no cumplido. Bajo el sol de Flandes pasearon muchas veces su capa remendada y gloriosa los viejos segundones.

Al cabo de los siglos, los soldados alemanes fijan su planta donde pusieron la suya los soldados de nuestros Tercios, y el mismo empeño que Farnesio puso en ganar Amberes para España, pone el Kaiser en conservar sus fuertes para la corona de Germania. Donde tuvo sus garras el león español clavan sus uñas hoy las águilas teutonas, mientras las iglesias y los museos, reliquias de la piedad, de la tradición y del arte, se agrietan y derrumban entre nubes de polvo.

Flandes, Flandes... En sus fortalezas y en sus murallas ondeó nuestra bandera y por sus campos llevaron nuestros capitanes la flor de sus ejércitos. En su suelo floreció muchas primaveras la rosa de la hidalguía militar española, que perdura en los infantes de hoy. A la sombra de los muros de Amberes imaginó el poeta al valeroso capitán que sella la nobleza de su corazón entregando á los soldados del Archiduque la espada rota por su propio esfuerzo.

¿Quién no ha leído alguna vez los galanos versos?

Nunca traiciones
 hizo esta espada; pero está partida;
 con ella rota, rota va mi vida.
 Disponga el cielo de mi suerte ahora...
 ¡España y yo somos así, señora!

José MONTERO

La Casa de los "SEÑORES COMAS Y C.^a", de Barcelona

QUE en una ciudad eminentemente comercial como Barcelona, donde tantos establecimientos rivalizan por obtener el primer puesto en lujo y riqueza, resulte suntuoso el que poseen los Sres. Comas y C.^a en el núm. 2 del Paseo de Gracia, es un verdadero triunfo.

La exquisita unión que en esta casa reina entre el arte y el buen gusto, absorbe la atención del visitante, sorprendido al recorrer las diferentes secciones instaladas con tal elegancia y confort, que pueden competir sin desventaja con las de los mejores similares del extranjero.

La sección de sastrería, precioso salón circundado por departamentos primorosos, donde se efectúan los trabajos de medida y prueba, y la de artículos de viaje, ambas innovaciones y ampliación de la casa, son tan perfectas, que asombra la esplendidez de su presentación. La Sala-Exposición atesora una preciosa colección de objetos de arte. En su centro hay una vitrina con bellísimas figuras de



Vista exterior de los grandes almacenes de los "Señores Comas y C.^a", instalados en el Paseo de Gracia, 2, y Ronda de San Pedro, 1

marfil y bronce de un gusto exquisito, y contigua á esta sala pudimos recrearnos contemplando un boudoir que encierra verdaderos primores artísticos para regalos.

Pero lo que sorprende más que las riquezas allí reunidas y el acierto de la *mise en scène* es la gigantesca labor realizada por el Sr. Comas durante una vida consagrada al trabajo. Comenzó en la modesta calle de Escudillers hace veintiocho años, y á los ocho de establecerse trasladó su comercio á la de Fernando, sitio más en armonía con sus gustos y necesidades comerciales; pero aún este marco resultó mezquino ante el enorme desarrollo que alcanzó la casa, y dió el paso final ocupando el

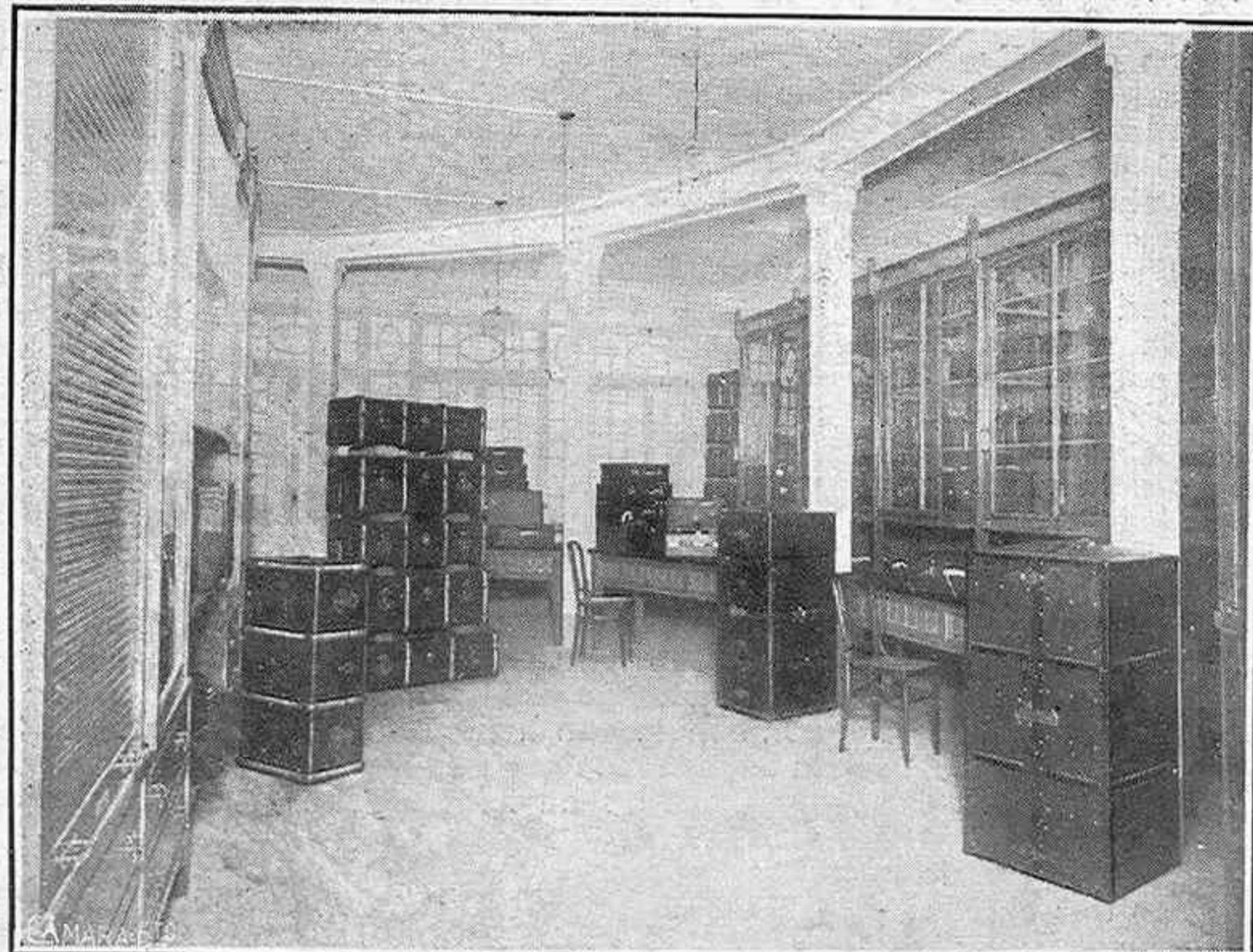
punto más culminante que puede obtener un industrial en Barcelona: el actual local del Paseo de Gracia, núm. 2. Los Sres. Comas y C.^a merecen por su labor, muy justamente, todas las alabanzas que la realidad mercantil denuestra con el favor creciente que el público les dispensa.



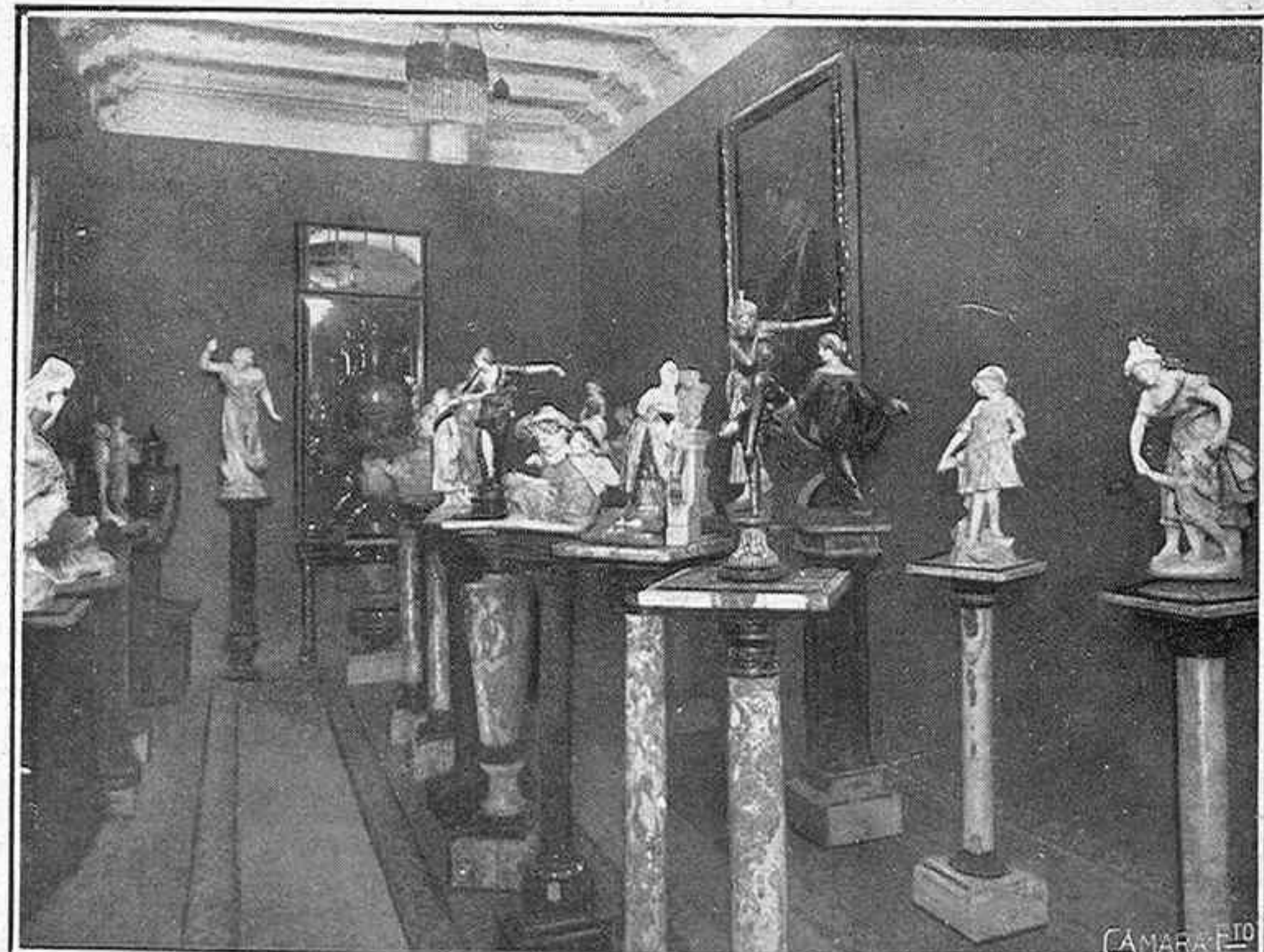
Una vista interior del gran comercio de los "Señores Comas y C.^a"



Sección de sastrería en la importante casa de los "Señores Comas y C.^a"



Sección de artículos de viaje



Sección de objetos de arte

FOTS. BALLELL

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

NO ABUSE DE SU MEMORIA

UTILICE SIEMPRE NUESTRA PLUMA-FUENTE Y "LAPICERO CERVANTES, NÚM. 2"



ESTA PLUMA ES EL IDEAL REALIZADO. Su doble aplicación y constante utilidad se aprecia con sólo considerar la importancia de su empleo. Nuestra pluma-fuente «CERVANTES, NUMERO 2» es la **UNICA** en su clase. Ninguna más sencilla, ninguna más resistente; no hay otra más perfecta y económica. Nuestro estuche se compone de pluma-fuente, con pluma de oro de 14 quilates, lapicero con seis minas de recambio y anillo de sujeción (metal inalterable), que imposibilita la pérdida del portapluma. Todo ello acompañado de un cuentagotas para llenar cómodamente el depósito de tinta.

Precio único en toda España, 8 pesetas

Pida y examine nuestra pluma-fuente «CERVANTES, NUMERO 2», que se vende en todas las librerías, papelerías y objetos de escritorio, ó, directamente, á nuestros agentes.

EN MADRID: Librería editorial de San Martín, Puerta del Sol, 6. (Sucursal Palace Hotel), Perlado Páez y C.^a, Arenal, 11. Librería.

EN BARCELONA: D. Ramón Castellón, Pasaje Comercio, 2. (Exclusivo para Cataluña, Baleares y Canarias.)

DEPÓSITO GENERAL

HABANA: Ricardo Veloso, Librería Cervantes, Gaimao, 62. Precio en la Habana, Pesos 1,50 moneda nacional, y pesos 1,60 en las demás poblaciones de la isla y extranjero, franco de portes y certificado.

NOTA.—Nuestros agentes atenderán todo pedido franco de portes y certificado, contra envío del importe correspondiente.

Calzados LA IMPERIAL

Puerta Sol y Plaza Progreso



Como este modelo, en box-calf, negro y charol, á 16 y 18 pesetas. Pedid catálogo. Apartado 559. Madrid.



IODASA BELLOT

para curar el reumatismo, Arterioesclerosis (vejez prematura), Artritis, Escrófula, Obesidad, Bronquitis crónica, Asma; como depurativo eficaz y para prevenir congestiones.
4,50 pts. frasco en todas las Farmacias.
Por mayor: F. BELLOT, MARTÍN DE LOS HEROS, 63; Hijos C. Ulzurrun; Pérez, Martín; etc.

ORO Y PERLAS

Plata, platino, galones y piedras finas, pagamos su valor. Venta alhajas de ocasión, cubiertos, bandejas, toda clase objetos en plata ley al peso.

PÉREZ HERMANOS

Zaragoza, 9, y Fresa, 2
TELÉFONO NÚM. 2.449

Lea Ud. los viernes
la revista ilustrada

NUEVO MUNDO

FERROCARRILES DEL NORTE

Servicio de trenes entre Tolosa, San Sebastián, Hendaya, Bayona y viceversa, para el invierno próximo

La Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España ha publicado en una tarjeta, esmeradamente impresa por la Sociedad Española de Artes Gráficas, los horarios de trenes que han de regir durante el próximo invierno entre las estaciones de Tolosa, San Sebastián, Hendaya, Bayona y viceversa.

También se incluyen en dicha tarjeta los servicios diarios de trenes entre las estaciones de Biarritz-Ville á la Négresse y viceversa.

La expresada tarjeta-horario es utilísima por todos conceptos, y será muy bien acogida por el infinito número de personas á quienes interesan los cómodos y bien organizados trenes establecidos entre los puntos mencionados.

COMPRE USTED
LOS MIÉRCOLES

MUNDO GRÁFICO

REVISTA POPULAR
::: ILUSTRADA :::

20 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA

COMPAÑÍA COLONIAL

CHOCOLATES, CAFÉS, TÉS © MADRID

MÁQUINAS DE HACER HIELO

Hospitales ◊ Sanatorios ◊ Laboratorios

Gran surtido de máquinas caseras capaces de congelar dos litros de agua en tres minutos.

PRECIO: 250 PESETAS

José N. de Urgoiti, Florida, 8, Madrid

MAQUINARIA

Si necesitan buena maquinaria de construcción inglesa ó norteamericana, no dejen de pedir presupuestos á

JOSÉ N. DE URGOITI

Ingeniero Civil y Mecánico

MADRID ◊ 8, Florida, 8 ◊ MADRID



EDUARDO SCHILLING

(Sociedad en Comandita)

ARMAS, ARTÍCULOS DE VIAJE
EFECTOS PARA TODOS LOS SPORTS

Fabricantes de las renombradas ELLOPETAS, marca "JABALÍ"

MADRID BARCELONA VALENCIA
Alcalá, 14 Fernando, 23 Paz, núm. 13

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la
LIBRERÍA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6 MADRID

EL CHOPO CANADIENSE



Si plantáis chopos canadienses en vuestros sotos improductivos, en las lindes de terrenos sueltos y en las orillas de los ríos y arroyos, y el precio de transporte de la madera desde vuestras fincas á una fábrica de papel no excede de 10 pesetas la tonelada, cada planta os producirá, á los doce años, un mínimo de 6 pesetas.

Leed los números 95, 97, 99 y 101 de LA ESFERA y pedid informes á

D. ANTONIO GANUZA, Echaide, 7, San Sebastián